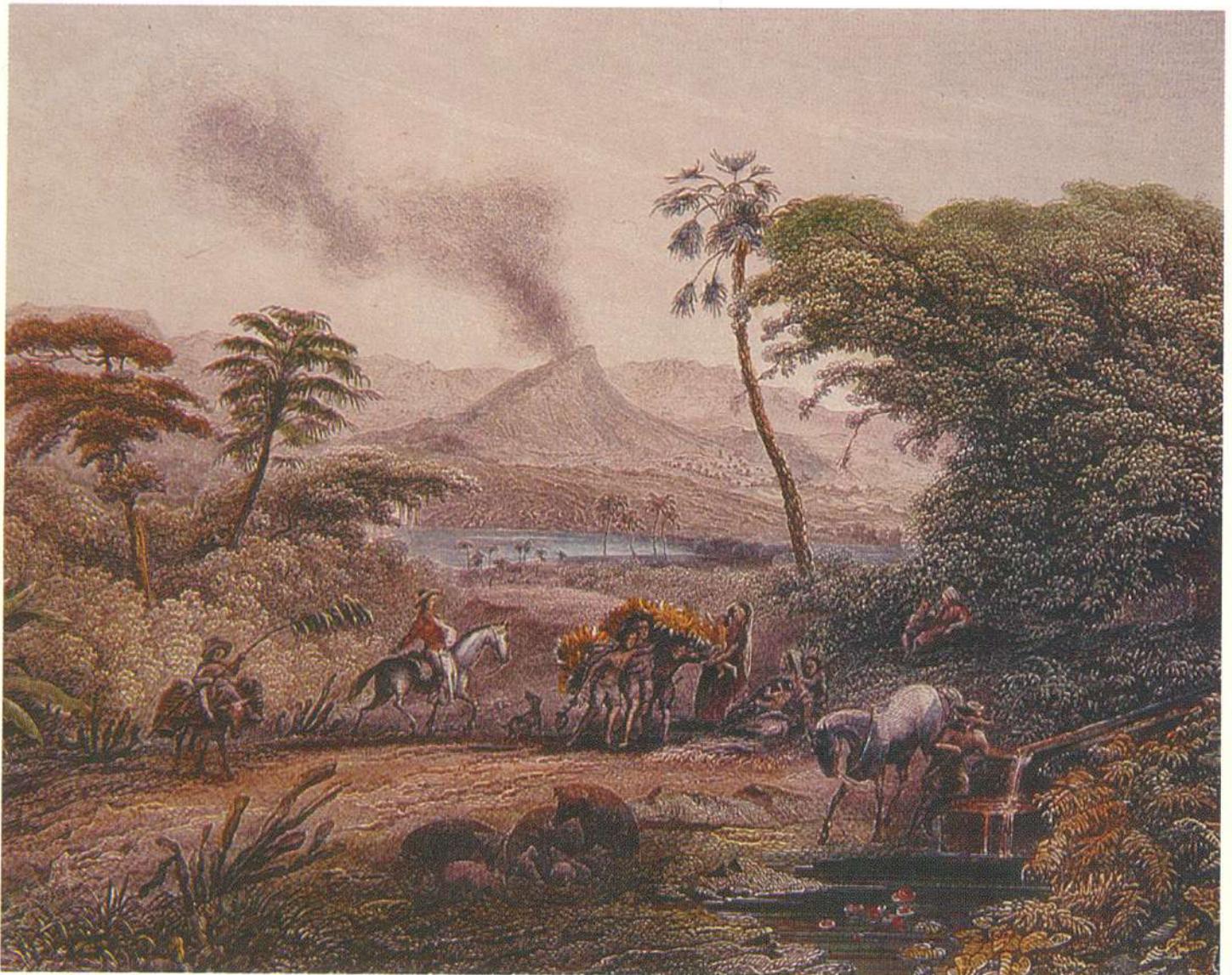




TZINTZUN 24

Revista de Estudios Históricos

Morelia, Michoacán, México, julio-diciembre de 1996



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo



TZINTZUN

Revista de Estudios Históricos 24, julio-diciembre de 1996

Director
Gerardo Sánchez Díaz

Consejo Editorial
Raúl Arreola Cortés, María Teresa Cortés Zavala, Alvaro Matute, Heriberto Moreno
García (†), José Alfredo Uribe Salas, José Napoleón Guzmán Avila,
Ricardo León Alanís, María del Rosario Rodríguez Díaz,
Eduardo Miranda Arrieta.

Comité Asesor Internacional
Francisco Pérez Guzmán (Cuba), Aristides Medina Rubio (Venezuela),
Angel Israel Rivera Ortiz (Puerto Rico), Juan Muñoz (Chile),
Francisco González Casasnovas (España), Jorge Núñez Sánchez (Ecuador).

PRESENTACIÓN	5
ARTÍCULOS	
Alberto Saladino García LOS LIBROS CIENTÍFICOS DEL SIGLO XVIII NOVOHISPANO	7
Silvia Figueroa Zamudio LAS OBRAS CIENTÍFICAS PUBLICADAS EN MICHOACÁN EN EL SIGLO XIX, FRENTE AL PROYECTO DEL CATÁLOGO INTERNACIONAL DE LA REAL SOCIEDAD DE LONDRES	26
Carlos Juárez Nieto JUAN BENITO DÍAZ DE GAMARRA, UN CIENTÍFICO MICHOACANO DEL SIGLO XVIII	38
Juvenal Jaramillo Magaña ALEJANDRO DE HUMBOLDT Y SU PASO POR MICHOACÁN	47

Juan José Saldaña LOS HISTORIADORES DE LA CIENCIA Y MICHOACÁN: NICOLÁS LEÓN Y ENRIQUE BELTRÁN	58
Antonio Lafuente ENTRE SAN JERÓNIMO Y <i>EL PRÍNCIPE</i> : LOS CIENTÍFICOS ANTE SU IMAGEN Y SU PÚBLICO	73
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE Luis Miguel García Mora RAFAEL MARÍA DE LABRA Y LA UTOPIA COLONIAL (ESBOZO BIOGRÁFICO)	91
María del Rosario Rodríguez Díaz CUBA EN LA ÓPTICA IMPERIALISTA DE ALFRED THAYER MAHAN	103
Margarita Espinosa Blas LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA DE 1898 EN LA CARICATURA DE <i>EL HIJO DEL AHUIZOTE</i>	114
ARCHIVOS Y DOCUMENTOS María Luisa Rodríguez-Sala UN DOCUMENTO INÉDITO PARA LA HISTORIA DE LA CIENCIA EN MÉXICO: LA OBSERVACIÓN DEL ECLIPSE DE LUNA DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1584	131
RESEÑAS Jorge Orozco Flores MORELOS: EN LOS CAMINOS DE LA HISTORIA Y LA LITERATURA	140
Moisés Guzmán Pérez MORELOS: UNA NUEVA VISIÓN DE SU VIDA ACADÉMICA Y REVOLUCIONARIA	143
Eduardo N. Mijangos Díaz PORFIRIATO Y REVOLUCIÓN EN MICHOACÁN. TESTIMONIO DE UNA ÉPOCA	147
UN AÑO DE ACTIVIDADES ININTERRUMPIDAS	153
NOTAS NECROLÓGICAS	158
PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS	166
NUESTROS COLABORADORES	173

PRESENTACIÓN

El Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, nuevamente fue el marco propicio para que más de un centenar de científicos mexicanos y extranjeros se reunieran, en esta ocasión en el V Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología y el Primer Simposio Internacional México-España, bajo el tema: “Los científicos del exilio español”.

Durante los últimos días de agosto, del 25 al 29, pudimos constatar la calidad de docenas de trabajos presentados en diversos bloques temáticos: medición estadística, formación de comunidades científicas: la medicina, la biología, la astronomía; las fuentes para la historia de la ciencia y de la tecnología, las tecnologías tradicionales, las instituciones científicas; epistemología y filosofía de la historia de la ciencia; las comunidades científicas y organización de la ciencia en el siglo XIX; historia de la veterinaria en México y muchos aspectos más entre los cuales tuvieron especial significado para los michoacanos además de la sesión en homenaje dedicada al Dr. Jerzy Rzedowski Rotter, ilustre botánico que desde hace casi dos décadas vive en Michoacán, lugar donde ha realizado un sinnúmero de investigaciones florísticas que lo han colocado entre los científicos más destacados en esta área a nivel mundial.

Una segunda cuestión digna de destacar de este evento científico fueron los trabajos discutidos en una mesa especial denominada “Científicos michoacanos”, en este foro se dieron cita varios investigadores nicolaitas para poner a consideración de los asistentes varios aspectos del rico pasado

científico de Michoacán; se hizo hincapié en las contribuciones registradas en el siglo XIX, se vió la figura de Benito Díaz de Gamarra, el paso de Alejandro de Humboldt por esta región y un recuento acerca de las obras científicas publicadas en Michoacán durante dicha centuria.

Algunas de las temáticas expuestas en el V Congreso de historia de la Ciencia las recoge este número de *Tzintzun* 24, además que publica un recuento de los libros científicos del siglo XVIII que se guardan en varias bibliotecas mexicanas; las figuras de dos historiadores de la ciencia, como lo fueron Nicolás León y Enrique Beltrán son rescatadas aquí por el doctor Juan José Saldaña. Por su parte, Antonio Lafuente hace un pormenorizado análisis crítico de los científicos ante su imagen y su público en este convulso fin de siglo.

Como es costumbre, de acuerdo a la estructura de la revista, en su apartado de América Latina y el Caribe, dentro de la amplia gama de trabajos que se pueden tratar en esta sección, por esta ocasión se rescata la figura de Rafael María de Labra, antiesclavista español que luchó por la abolición de la esclavitud en América. Asimismo, se analiza a la isla de Cuba bajo la óptica imperialista del pensador norteamericano Alfred Thayer Mahan, mientras que la guerra hispano-norteamericana de 1898 es vista aquí a través de las agudas caricaturas publicadas en *El hijo del Ahuizote*.

El próximo año, el Instituto de Investigaciones Históricas cumplirá su primera década de vida, con este hecho 1997 marcará el inicio de una serie de renovaciones que forman parte de un proyecto académico contemplado a largo plazo por nuestro Instituto, deseamos que lo que está por venir establezca un hito no sólo en la Casa de Hidalgo sino en nuestra sociedad, tan necesitada de detenerse a ver hacia su pasado para fincar sobre bases más sólidas el camino al porvenir.

Este año que concluye, además de éxitos, lamentablemente deja también grandes pérdidas entre la comunidad de historiadores mexicanos, todos sentimos la ausencia de dos estudiosos de la historia: Roberto Moreno de los Arcos y Heriberto Moreno García; vaya un reconocimiento a la rica trayectoria de ambos maestros y amigos que dejan huella y un largo camino que recorrer.

Morelia, Mich., diciembre de 1996

ARTÍCULOS

LIBROS CIENTÍFICOS DEL SIGLO XVIII NOVOHISPANO*

Alberto Saladino García

Precisiones

Este Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología representa un verdadero reto para enriquecer la labor bibliográfica que han desplegado personajes de la talla de Nicolás León, en particular por efectuarse en la entidad que lo vio nacer. Pienso que la mejor manera de rendirle tributo es continuando su obra, por lo que en virtud de mi interés particular de inventariar la bibliografía de contenidos científicos que circuló o se imprimió en Nueva España durante el siglo XVIII, período que priorizó este ilustre michoacano, lo intento cumplir humildemente.

Además este evento, de significativa importancia académica, me permite plantear en voz alta algunas reflexiones que posibiliten la discusión en torno a la necesaria relación entre quienes realizamos actividades fundamentalmente de investigación documental y quienes son los responsables de

* Conferencia magistral dictada el 27 de agosto de 1996, en el marco del V Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología.

administrar, organizar, conservar, incrementar acervos y dar servicios bibliográficos. En tal sentido, debe entenderse como impronta la intensificación de diálogo entre académicos dedicados a la investigación y académicos encargados de bibliotecas y centros de información, para bien del desarrollo cultural, en general, y de los estudios de historia de la ciencia mexicana, en particular.

Mi cometido por externar ciertos datos y consideraciones sobre las actividades que se efectúan en torno de los recipiendarios de informaciones se ampara en el hecho de que durante mi actual año sabático, que está a punto de fenecer, lo aproveché para visitar casi todas las bibliotecas que funcionan en el Estado de México; las principales bibliotecas de las ciudades de México y Puebla que albergan libros de la época colonial, y por la revisión de fondos antiguos de ocho países latinoamericanos, específicamente sobre el siglo XVIII, con la modesta intención de formar la primera *Bibliografía sobre ciencias durante la Ilustración latinoamericana*.

Claro que ahora sólo me referiré a los libros de contenidos científicos que llegaron a Nueva España o se escribieron aquí pero se editaron en Europa, así como los libros que escritos aquí o en el Viejo Mundo se editaron en las prensas de las ciudades de esta colonia española.

Para el efecto, esta exposición contendrá tres partes: en la primera hablaré del libro y sus fuentes; en la segunda enlistaré una muestra de libros que abordan temas de diferentes ramas científicas, y en la tercera expondré algunas reflexiones sobre los problemas de consulta en las bibliotecas de los libros antiguos.

Fuentes bibliográficas

El elemento esencial para la elaboración de bibliografías lo constituye el libro, y el espacio privilegiado para su realización, la biblioteca. Por consiguiente, resulta pertinente trazar, en grandes líneas, la conceptualización del libro y de la biblioteca para comprender sus roles y así destacar la importancia de las bibliografías como medios imprescindibles en la investigación.

El libro como conjunto de hojas impresas cubiertos por pastas de múltiples formas y diseños es muy reciente; con su presentación moderna es como llegó a los territorios americanos. Consecuentemente, en la historia latinoamericana

sólo es factible hablar de libros de contenidos científicos a partir de la llegada de los europeos.

Diversas concepciones se han desarrollado sobre el libro, y de manera indiscutible se le reconoce como sintetizador de conocimientos, de cosmovisiones, de interpretaciones, de investigaciones, de pensamientos de individuos y sociedades, por lo que le es indiscutible percibirse como símbolo y motor del avance cultural. Siendo un producto histórico, referirse a él implica tenerlo como real expresión de la laboriosidad gnoseológica de millones de seres a través de centenares de años.¹

Como producto de letrados, el libro es un artículo reservado a élites, cuyos efectos han generado repercusiones profundas como, por citar un caso, las transformaciones en los hábitos y condiciones del trabajo intelectual;² lo cual ha respaldado apreciaciones de la naturaleza siguiente: habersele erigido en valor en sí mismo, pues todas las culturas lo presentan como el principal objeto materializador de la racionalidad, real impulsor de cambios y carente de fronteras por los alcances de sus contenidos.

Los mismos escritores han establecido que elogiar el libro equivale a hacer el más alto elogio a la vida, porque el libro traduce la vida en eterna, la inmortaliza; es el instrumento del hombre que recoge el pasado, diagnostica el presente y pronostica el porvenir, en síntesis, el libro es signo de vida.³

Para las sociedades en general, y para los estudiosos y los bibliotecólogos, en particular, el libro ha desempeñado diversos roles epistemológicos, tales como el ser compilador de saberes; sistematizador de informaciones; material de inapreciable valor educativo; instrumento fehaciente de actualización; estimulador de pesquisas; motor del avance de conocimientos; forjador de conciencias. Es un elemento cuya virtuosidad le es connatural.

El libro también ha cumplido otras funciones sociales: a) las de carácter económico al ser concebido como bien de consumo, en torno al cual se desarrollan industrias como la del papel o de servicios, pues así lo corroboran los casos de las imprentas y las librerías y b) las de carácter cultural, entre las que tenemos sobre todo las bibliotecas, que deben ser conceptuadas como

¹ De la Torre Villar, Ernesto. *Breve historia del libro en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, p. 17.

² Febvre, Lucien e Henri-Jean Martin. *O aparecimento do livro*. São Paulo, Editora Universidade Estadual Paulista, 1992, p. 13.

³ Valle, Rafael Heliodoro y otros. *Vida y pasión del libro*. México, Departamento del Distrito Federal, 1944.

los espacios físicos que reúnen y preservan los libros y textos relacionados, de temática general o especializada. Por lo cual debe aclararse que la llamada biblioteca virtual, en estricto sentido no es biblioteca, pues a lo sumo cumple sólo la función de bibliografía.

Las bibliotecas novohispanas tienen como origen los primeros acervos de carácter privado que conjuntaron estudiosos, tanto religiosos como laicos, a partir del siglo XVI; a ellos les siguieron las que por necesidades pedagógicas surgieron en conventos, colegios, seminarios y universidades, de entre ellas deben destacarse la Biblioteca Palafoxiana establecida en el siglo XVII en la ciudad de Puebla de los Angeles.

Conviene recordar que la fundación de bibliotecas públicas en el siglo XVIII es producto y símbolo de la renovación cultural que prohió la ilustración, por lo cual puede identificarse a la biblioteca en general y a la de carácter público en particular como una institución por antonomasia, en el sentido de ser el espacio construido por las sociedades para ejercitar el intelecto.

Una de las características de las bibliotecas más importantes de México, estriba en que casi todas cuentan con fondos antiguos, compuestos por cientos y en algunos casos miles de ejemplares publicados durante la época colonial tanto en ciudades importantes del virreinato como en ciudades europeas. Hay casos de bibliotecas que tienen riquezas bibliográficas que sólo permite el acceso a investigadores, lo cual muestra la estima y cuidado de sus fondos y las ha convertido, en los hechos, en bibliotecas especializadas; en otros casos con espacios exclusivos, dentro del conjunto de sus instalaciones, para atender a interesados en consultar este tipo de textos.

Destacan por sus acervos para la investigación sobre la época colonial: las bibliotecas Pública Central del Estado de México, en Toluca; y la del Museo Nacional del Virreinato de Tepotzotlán; la Biblioteca Lafragua de la Universidad Autónoma de Puebla; la rica y bella Biblioteca Palafoxiana en la ciudad de Puebla; la Biblioteca Nacional de México, la Biblioteca del Palacio de Minería, la Biblioteca "Dr. Nicolás León" de la Facultad de Medicina, y otras varias bibliotecas de la Universidad Nacional Autónoma de México; la Biblioteca de El Colegio de México; la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología; la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex, etc.

En esos y otros fondos públicos como privados, se resguardan fuentes fundamentales para enriquecer el conocimiento del pasado mexicano, pero

también contribuyen, indudablemente, las bibliografías que destacan las riquezas históricas, las que por cierto permiten rescatar el significado original de biblioteca. Recuérdese que durante la época colonial se empleó la palabra librería para designar los espacios que hoy denominamos biblioteca y este término fue empleado para referirse a la bibliografía.

Entonces las bibliotecas de antaño o bibliografías actuales son instrumentos que facilitan la actividad investigativa por cuanto depuran informaciones; la presentan sistematizada y ordenada; generalmente es selectiva como especializada. Son producto de una labor ardua, que no puede dejarse en manos de empíricos, sino como tarea de profesionales de la bibliotecología. La realización de bibliografías representa la intersección entre investigadores de cualquier área del conocimiento e investigadores de las ciencias de la información.

No son meros catálogos o lista de libros, toda vez que exigen una preparación como investigadores que lleve a sus realizadores a considerar diversos aspectos: desde la determinación de las disciplinas, periodos, trascendencia, datos de los libros, hasta la pertinencia o no de la descripción de contenidos, etc. O sea, las bibliografías son trabajos de investigación de gran valor para promover y facilitar nuevas y rigurosas investigaciones.

Las llamadas bibliotecas de antaño o bibliografías actuales que han abierto camino para continuarlas son diversas y tienen antecedentes que provienen de la época colonial. Para ejemplificarlo señalaré los casos de aquéllas que permiten respaldar el mejor conocimiento de nuestro pasado científico. Me referiré, entonces, sólo a las bibliografías que tienen importancia de primer orden para impulsar el acrecentamiento de la historia de la ciencia mexicana durante el siglo XVIII.

Las bibliografías, siendo productos de investigación, son sustentos encomiables para aportar nuevas explicaciones y progresos de los distintos saberes racionales. Sobre el siglo XVIII novohispano, las bibliografías que pueden ser tenidas como fuentes para impulsar la investigación en historia y filosofía de la ciencia y que son insustituibles, ya que aportan testimonios de libros que no se encuentran en los fondos reservados del país, es que deben consignarse, recordarse.

El antecedente, digno de mención, por pionero en el mundo iberoamericano, es el trabajo de Nicolás Antonio (1617-1684), quien en el año de 1672 dio a luz la *Bibliotheca hispana*, en dos volúmenes, redactada en latín, con la cual

se convirtió en el iniciador de la recuperación de la conciencia de historiar la producción cultural. Quizá por ello ha existido una pretensión recurrente de corregirlo, aumentarlo o superarlo. Además debe señalarse que su obra fue reeditada un siglo después como *Bibliotheca hispana nova* (Madrid, 1788), por haber sido concebida como pionera y prototípica.

Además de tal antecedente, el espíritu de los tiempos, como se decía en el siglo XVIII, permitió la implosión de magnas obras que propugnaron por sintetizar los saberes conseguidos, pues a dicha centuria le caracteriza el intento de autoconciencia y de orden. En tal sentido, los mejores testimonios lo proporcionan los diccionarios publicados en Inglaterra y Francia desde principios del Siglo de las Luces, cuyo caso contundente lo representó la *Enciclopedia, o diccionario razonado de ciencias, de artes y técnicas* que emprendieron Denis Diderot y Jean Lerond d' Alembert.

La obra del peninsular Antonio León y Pinelo, *Epítome de la bibliotheca oriental y occidental, náutica y geográfica... que se contiene los escritores de geografía de todos los reinos, y señoríos del mundo y viajes diversos, y sus apéndices*, impreso en Madrid en la oficina de Francisco Martínez Abad, entre los años 1737-1738, en tres volúmenes, el segundo tomo está dedicado a registrar autores, comentadores y traductores sobre la historia del descubrimiento y conquista de América y Filipinas. Es, por tanto, el primer esbozo orientado a señalar estudios sobre la historia, la geografía y la náutica americanas.

De las diversas motivaciones de Juan José Eguiara y Eguren para escribir y publicar la *Bibliotheca mexicana* (México, Imprenta Mexicana, 1755), las que apunta Vicente López en su “Diálogo abrilero”, las sintetizan paradigmáticamente: “la intención y propósito del autor, no sólo de escribir sobre los escritos y libros de los esclarecidos varones de América, sino también de sus proezas extremas y preclaras, de sus hechos, de su nobleza y sus virtudes. A lo cual, no fue arrastrado por un prejuicio personal o por inclinación suya, mas por consejo y exhortación de los sabios. Existe... (además) una gran diferencia entre esta Biblioteca y la de los escritores del Viejo Mundo, ya que los sujetos de quienes aquellas tratan y cuyos escritos enumeran, son de todos conocidos, ilustres, cuyas vidas y hechos no yacen en la oscuridad, sino en el mero día de la luz de Europa. En cambio, la noticia de los ingenios de América es todavía para muchos incierta y escasa; porque los que nos llegan de Europa para comerciar y trocar, mientras aquí hacen su negocio y ponen todo su afán en la granjería y en el logro que han de sacar,

pasan por alto cualesquiera asuntos de letras, que es cosa que no saben ni dormidos ni despiertos”.⁴

La revisión de su obra lleva a apuntar que fue verdaderamente ejemplar, por lo cual es del todo justificado que algunos estudiosos no hayan dudado en considerarla como el libro más importante de criollo alguno durante el siglo de las luces novohispano, en particular porque quiso presentar el primer panorama histórico de la cultura colonial; no obstante que sólo editó un tomo de su vasto proyecto.

Con una pretensión enciclopédica para dar a conocer la situación de las colonias americanas en casi todos sus aspectos, Antonio de Alcedo emprendió la redacción del *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*. Es a saber: de los Reinos del Perú, Nueva España, Tierra firme, Chile y Nuevo Reino de Granada. Con la descripción de sus provincias, naciones, ciudades, villas, pueblos, ríos, montes, costas, puertos, islas, arzobispados, obispados, audiencias, virreinos, gobiernos, corregimientos y fortalezas, frutos y producciones; con expresión de sus descubridores, conquistadores y fundadores; conventos y religiones; erección de sus catedrales y obispos que ha habido en ellas. Y noticia de los sucesos más notables de varios lugares: incendios, terremotos, sitios, e invasiones que han experimentado; y hombres ilustres que han producido; publicado en Madrid en la Imprenta de Blas Román en el año de 1788, en cinco tomos, escrita en castellano.

El barroco título da cuenta del ambicioso proyecto que concretó, gracias al cual pueden efectuarse análisis de diverso tipo para entender la realidad cultural, geográfica, histórica y natural de las colonias iberoamericanas de los siglos XVI-XVIII, entre ellas de Nueva España.

Para continuar la obra de Eguiara, José Mariano Berinstain Romero y Martín de Sousa elaboró la *Biblioteca hispanoamericana septentrional o Catálogo y noticia de los literatos que o nacidos, o educados, o florecientes en la América Septentrional española han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa*; apareció en México, en tres tomos, durante el periodo de luchas independentistas, ya en la segunda década de la centuria pasada, pero que fue iniciada a fines del siglo XVIII. Para el efecto obtuvo

⁴ López, Vicente. “Diálogo brasileño”, en: Juan José Eguiara y Eguren. *Bibliotheca mexicana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, tomo I, pp. 31-32.

informaciones de las ciudades de Puebla, Valladolid, Guadalajara, y revisó las 16 librerías -bibliotecas- existentes entonces en la ciudad de México. Además de tomar como modelo la obra de Nicolás Antonio, no la quiso redactar en latín porque pensaba que ya no era tiempo de seguir agravando al castellano y en tanto que su interés no fue dejar una obra sólo para especialistas.⁵

Otras virtudes de esta obra son: haberla ordenado alfabéticamente por apellidos; intentó vindicar a América de las acusaciones y denigraciones de diversos autores europeos, e inventarió a 3,687 escritores, una verdadera proeza. Debe observarse como la máxima obra del siglo XIX novohispano, sobre bibliografía del período colonial.

En el siglo XX se ha continuado esa labor de enriquecimiento del conocimiento de las obras escritas y publicadas en territorios americanos durante la dicha centuria. Los casos más importantes son los de: José Toribio Medina con su *Biblioteca hispanoamericana (1493-1810)* (Santiago de Chile, Impreso en la casa del autor, 1898-1907); Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* (México), Imprenta de Francisco Díaz de León, 1902-1908); José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española* (Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1940); Antonio Palau y Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano. Bibliografía general española e hispano-americana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos* (Barcelona, Imprenta de José Ma. Viader, 1948); y recientes aportaciones de colegas dedicados a cultivar la historia de la ciencia.

Este breve recordatorio de bibliografías del o sobre el siglo XVIII tiene el interés de manifestar su significado fundamental para efectuar investigaciones sobre historia y filosofía de la ciencia mexicana. Pero no sólo los he querido destacar por cuanto manifiestan propósitos, informaciones sistematizadas, contextualizadas, ubicadas y descripciones de libros que existieron o permanecen en bibliotecas públicas o privadas en nuestro país. Pienso, insisto, que pueden servir de base para emularlas, en virtud de la existencia de problemas de organización y servicio de algunas bibliotecas que poseen acervos coloniales, lo que dificulta el trabajo de los historiadores, pero sobre

⁵ Berinstáin de Souza, José Mariano. *Biblioteca hispanoamericana septentrional...* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, tomo I, pp. ii-iii.

todo porque son incipientes las bibliografías de contenidos científicos del siglo XVIII novohispano y, obviamente, latinoamericano.

Libros de contenidos científicos

Para proporcionar una muestra de los libros de contenidos científicos que se encuentran albergados en acervos de las mencionadas bibliotecas mexicanas, tanto impresas en Europa como, sobre todo, las producidas en Nueva España, procederé en los términos siguientes: primero apuntaré cantidades aproximadas de los libros editados durante el siglo XVIII que llegaron a tierras americanas y sirvieron de fuentes en el cultivo de los saberes racionales, en particular, de los conocimientos de la ciencia moderna, enlistando algunos de los títulos más representativos de una docena de ramas científicas. Después relacionaré libros escritos y publicados en estas tierras americanas.

Ravilla Barrientes, Juan Antonio. *Astronomía americana septentrional regulada al meridiano de la Puebla ciudad de los Angeles*. Puebla, Imprenta de la viuda de Miguel de Ortega y Bonilla, 1752, la cual se encuentra en la biblioteca del Centro de Estudios Históricos de ConduMex.

Medina, José Mario de. *Juicio de cometas, determinado por los dos, que prometen Ubifiton para el año de 58, y Christiani Wolfi para el presente de 54*. Puebla, Imprenta de la viuda de Miguel de Ortega y Bonilla, 1754, en la biblioteca del Centro de Estudios Históricos de ConduMex.

Buenaventura, Francisco de Ossorio. *Astronómica y harmonica mano: que con brevedad y claridad y perpetuamente señala en una sola letra de una corona todas las fiestas, y demás días movibles*. México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1757, 30 pp., en la biblioteca del Centro de Estudios Históricos de ConduMex.

León y Gama, Antonio. *Descripción orthográfica universal del eclipse de sol del día 24 de junio de 1778*. México, Imprenta Nueva Matritense de Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1778, xxiv pp., citada por Nicolás León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*. México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1902, tomo I.

D'Aueroche, Chappe. *A voyage to California, to observe the transit of Venus*. London, By Monsieur De Cassini, 1778, 215 pp., en la biblioteca del Centro de Estudios Históricos de ConduMex.

Zúñiga y Ontiveros, Felipe de. *Ephemeris trigésima quarta, calculada y pronosticada al meridiano de México para el año del Señor de 1786*. México, Imprenta del autor, 1785, xxxviii-p/s/n, en la biblioteca del Centro de Estudios Históricos de ConduMex.

León y Gama, Antonio. *Disertación física sobre la materia y formación de las auroras boreales, que con ocasión de la que apareció en México y otros lugares de la Nueva España el día 14 de noviembre de 1789*. México, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1790, 37 pp., enlistado por Nicolás León (*Op. Cit.*).

Rangel, Dimas. *Discurso físico sobre la formación de las auroras boreales*. México, Oficina de Joseph de Jauregui, 1790, vii pp., referido por Nicolás León (*Op. Cit.*).

León y Gama, Antonio. *Saggio dell'astronomia cronologia e mitologia degli antichi messicanis*. Roma, Presso il Salomoni, 1804, xii-184 pp., en la biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

En relación a los títulos de matemáticas importados, éstos casi alcanzaron el medio centenar. Destacan:

Euclides. *Elementos geométricos*. Amberes, 1708, 2 tomos, en la Biblioteca Palafoxiana Puig,

Andrés. *Arithmética especulativa y práctica, y arte de álgebra*, 3ª reimpresión, Barcelona, Rafael Figueró, 1715, 548 pp., en la Biblioteca Pública Central del Estado de México.

Isaac Newton, *Método de fluxiones...* Paris, Chez De Bure, 1740, en las Bibliotecas Lafragua y otra edición de 1760 en la Pública Central del Estado de México.

Bails, Benito. *Elementos de matemáticas*. Madrid, Joaquín Ibarra, 1779, en la Biblioteca del Palacio de Minería.

De los textos de matemáticas publicados en Nueva España cabe apuntar sólo dos, uno del siglo XVIII y otro, pequeñísimo, aparecido poco antes del inicio de las luchas independentistas, a saber:

Bartolache, José Ignacio. *Lecciones de matemáticas que en la Real Universidad de México dictaba D...* México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1769, en la Biblioteca Nacional.

Camacho, Sebastián. *Mathemat. et physicae*. Puebla, Typis Petri de la Rosa, 1808, viii hojas, en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Acerca de los libros de física llegados de Europa alcanzaron los treinta títulos, destacando los que cito:

Newton, Isaac. *Principia matemática de filosofía natural*. Lausannae & Geneve, Apud Marcum-Michaellem Bousquet & Sociorum, 1744, 423 pp., en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Des'Aguiers, J.T. *Curso de fisica experimental*. París, Jacques Rollin, 1751, también en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Nollet, Juan Antonio. *Lecciones de fisica experimental*, 7ª edición, París, 1768-1771, en la Biblioteca del Palacio de Minería.

D'Alembert. *Tratado del equilibrio y del movimiento de los fluidos*. París, 1770, en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Sigaud Lafond, José Aignan. *Elementos de fisica teórica y experimental*. Madrid, Imprenta Real, 1787, en las Bibliotecas del Palacio de Minería, y otra edición (1792) en la Palafoxiana.

De los títulos novohispanos sobre esta materia enlisto los siguientes:

Alzate y Ramírez, José Antonio. *Descripción del barreno inglés, instrumento muy útil y necesario para los mineros y labradores*. México, Imprenta de Joseph Jauregui, 1770, 10 pp., en la Biblioteca Nacional.

Díaz de Gamarra y Dávalos, Benito. *Elementa recentioris philosophiae*. México, Imprenta de Joseph Jauregui, 1774, 265 pp., en la Biblioteca Nacional.

Díaz de Gamarra y Dávalos, Benito. *Academias filosóficas que se han de tener públicamente en el Colegio de San Francisco de Sales*. México, Imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1774, 15 pp., mencionado por Nicolás León (*Op. Cit.*).

Pastor Morales, Juan. *Conclusiones de fisica que en la R. y P. Universidad de México defenderá...* México, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1798, ii-xiii pp., en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Con relación a los libros de *química* que nutrieron de informaciones cultivadas en Europa a los estudiosos novohispanos y que sobrepasaron los cuarenta títulos, ejemplifico con:

Boerhaave, Armando. *Elementos de química...* París, C. Haak, 1752, en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Shaw, Peter. *Chemical lectures...* París, Chez Jean Thomas Herisant, 1759, 471 pp., en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Baumé, Antonio. *Manual de química...* 2ª edición, París, Diodot, 1765, xvi-501 pp., en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Macquer, *Diccionario de química...* París, Nauchatez, 1789, 4 volúmenes, en las Bibliotecas Palafoxiana y del Palacio de Minería.

Fourcroy, Antonio Francisco. *Elementos de historia natural y de química*. París, Cuchet, 1786, en Bibliotecas del Palacio de Minería y, otra edición de 1795, en la Palafoxiana.

Lavoisier, Antonio Lorenzo. *Tratado elemental de química*. Madrid, Imprenta Real, 1798, xxx-256 pp., en la Biblioteca Palafoxiana.

Por diversas razones, la producción de textos sobre química fue de las más importantes durante el siglo XVIII en Nueva España. Entre ellos están:

Navarrete, Francisco Antonio. *Relación peregrina de la agua corriente, que para beber y vivir goza la muy noble leal y florida ciudad de Santiago de Querétaro*. México, Joseph Bernardo del Hoyal, 1739, 163 pp., en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de ConduMex.

Berdugo, Nicolás. *Reducciones de plata y oro*. México, Imprenta de Doña María de Rivera, 1752, 324 pp., apuntado por Nicolás León (*Op. Cit.*).

Ordoñez Montalvo, Juan. *Arte o nuevo modo de beneficiar los metales de oro y plata, y de plata con ley de oro, por azogue...* México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1758, 65 pp., relacionado por Nicolás León (*Op. Cit.*).

Beaumont, Pablo de la Purísima Concepción. *Tratado de la agua mineral caliente de San Bartholomé*. México, Joseph Antonio de Hoyal, 1772, xii-111 pp., en las Bibliotecas Nacional y del Centro de Estudios Históricos de ConduMex.

Sarría, Francisco Javier de. *Ensayo de metalurgia o Descripción por mayor de las catorce materias metálicas, del modo de ensayarlas, del laborio de las minas, y del beneficio de los frutos minerales de la plata*. México, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1784, xiv-137 pp., en las Bibliotecas Nacional, del Palacio de Minería y del Centro de Estudios Históricos de ConduMex.

Velázquez de León, Joaquín y Lucas de Lasaga. *Análisis de las aguas de Cuincho*. México, 1790, en la Biblioteca Nacional.

Sarría, Francisco Javier de. *Suplemento al Ensayo de metalurgia*. México, Imprenta de Felipe Zúñiga y Ontiveros, 1791, 104 pp., en la Biblioteca Nacional.

Lavoisier, Antonio Lorenzo. *Tratado elemental de química*. Traducción de Vicente Cervantes, México, Imprenta de Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1797, 264 pp., en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Garcés y Eguía, José. *Nueva teórica y práctica del beneficio de los metales de oro y plata por fundición y amalgamación*. México, Oficina de Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1802, 168, pp., en Bibliotecas Nacional y del Palacio de Minería.

Dietrich, Luis y Karsten Gustavo. *Tablas mineralógicas dispuestas según los descubrimientos más recientes e ilustradas con notas*. Traducción de Andrés Manuel del Río, México,

Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros, 1804, 96 pp., en Bibliotecas Nacional y del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Elhuyar, Fausto de. *Contestación de la Vindicación y respuesta, que el capitán del navio de la Real Armada don Joaquín de Zavaus, dio al Suplemento del Diario de México del viernes 8 de noviembre de 1805*. México, Oficina de Mariano Zúñiga y Ontiveros, 1807, 45 pp., en la Biblioteca Nacional.

Con respecto a los libros de las ramas de la *historia natural* puede señalarse que llegaron decenas de títulos, entre los cuales destacan las obras de los naturalistas más connotados del siglo XVIII europeo que trabajaron cuestiones botánicas y mineralógicas, principalmente, los cuales pueden ser ejemplificados con los casos que enlisto:

Botánica:

Pluche, Abad M. *Espectáculo de la naturaleza...* Traducción de Esteban de Terreros y Pando, Madrid, Oficina de Gabriel Ramírez, 1752-1755, 17 volúmenes, en la Biblioteca Pública Central del Estado de México.

Duhamel du Monceau, Henri Louis. *Physica de los árboles...* Traducción de Casimiro Gómez de Ortega, Madrid, Joaquín Ibarra, 1772, 2 volúmenes, en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Leclerc, Jean Louis, Conde de Buffon. *Historia natural*. Varios volúmenes, Madrid, 1773, en la Biblioteca Pública Central del Estado de México.

Lineo, Carlos. *Parte práctica de botánica...* Varios volúmenes, Madrid, Imprenta Real, 1784-1788, en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Cavanilles, Iosephi. *Icones et descriptiones plantarum...* Matriti, Ex Regia Typographia, 1791, en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Mineralogía:

Gimma, Giacinto. *Della storia naturale delle gemme, delle pietre, e di tutti minerali, ouvero della fisica sotterranea*, Napili, Stampeña di G. Muzio, 1730, 551 pp., en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Gostchalk Wallerius, Jean. *Mineralogie ou description générale des substances du regne*

mineral. París, Chez Durand et Dissot, 1753, tomo I, 569 pp., en la Biblioteca del Palacio de Minería.

Los libros publicados en América o que tratan sobre la naturaleza de esta región tenemos:

Botánica:

Hernández, Francisco. *De historia plantarum Novae Hispaniae*. Matriti, Ex Typographia Ibarrae Heredum, 1790, 3 tomos, en las Bibliotecas Nacional y del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Cervantes, Vicente. *Exercicios públicos de botánica...* México, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1792-1794, en la Biblioteca Nacional.

Mineralogía:

Río, Andrés Manuel del. *Elementos de oritognosia*. México, 1799-1805, en Biblioteca Nacional.

Dietrich, Luis y Gustavo Karsten. *Tablas mineralógicas dispuestas según los últimos descubrimientos más recientes e ilustradas con notas*. Traducción de Andrés Manuel del Río, México, Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros, 1804, 96 pp., en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Sobre los libros llegados a Nueva España acerca de tópicos de *geografía*, y que los considero como prototípicos están:

Dufresnoy, Lenglet. *Método para estudiar la geografía*. París, 1742, en la Biblioteca Palafoxiana.

Murillo Velarde, Pedro. *Geografía histórica*. Madrid, 1752, varios volúmenes, en la Biblioteca Palafoxiana.

Croix, Nicollé de la. *Geografía moderna*, Madrid, 1779, en la Biblioteca Palafoxiana.

Capmany y de Montaplau, Antonio de. *Diccionario geográfico universal que comprende la descripción de las cuatro partes del mundo*, 4ª edición, 3 volúmenes, Madrid, M. Escribano,

1783, en la Biblioteca del Palacio de Minería de la Universidad Nacional Autónoma de México.

De la amplísima bibliografía americana o de europeos sobre esta región de tópicos de geografía acoto:

Villaseñor y Sánchez, José Antonio. *Theatro Americano. Descripción general de los reinos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones*. México, Viuda de Joseph Bernardo de Hogal, 1746, 2 tomos, en las Bibliotecas Nacional y del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Cuevas Aguirre y Espinosa, Joseph F. de. *Extracto de los autos de diligencias y reconocimientos de los rios, lagunas, vertientes y desagües de la capital de México y su valle...* México, Joseph Bernardo de Hogal, 1748, 71 pp. en las Bibliotecas Nacional y del Palacio de Minería.

Venegas, Miguel. *Noticias de la California, y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*. Madrid, Viuda de Manuel Fernández, 1757, 3 tomos, en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Alzate, José Antonio. *Observaciones meteorológicas de los últimos nueve meses del año de mil setecientos sesenta y nueve. Hechas en esta ciudad de México*. México, José de Jauregui, 1770, en la Biblioteca Nacional de México.

Castera, Ignacio de. *Plano geométrico de la Imperial, Noble y Leal ciudad de México...* Madrid, Tomás de López, 1785, en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Con relación a los títulos de *medicina* importados, unos trescientos títulos se localizan en las bibliotecas mexicanas mencionadas, lo que implica la existencia de un acervo privilegiado para revisar cualquier tipo de cuestiones relativas a la historia de la ciencia. Entre lo más representativo consigno:

Beaumont, Blassi. *Exercitaciones anatómicas, y esenciales operaciones de cirugía, con un breve resumen de los instrumentos y vendages...* Madrid, Imprenta del Convento de Nuestra Señora de la Merced, 1728, 458pp., en la Biblioteca Histórica Nicolás León de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Martínez, Martín. *Medicina sceptica*, 3ª impresión, Madrid, Imprenta Real, 1748, 2 tomos, en las Bibliotecas Pública Central del Estado de México e Histórica Nicolás León de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Hipócrates. *Las obras más selectas*, 2ª edición, Madrid, Viuda de Ibarra, 1770, 280 pp., en la Biblioteca Histórica Nicolás León de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Tissot. *Aviso al pueblo acerca de su salud o Tratado de las enfermedades más frecuentes de las gentes del campo*. 6ª edición, traducción de Juan Galisteo y Xiorro, Madrid, Viuda e hijo de Marín, 1795, 646 pp., en la Biblioteca Pública Central del Estado de México.

Brown, Juan. *Elementos de medicina*, Madrid, 1800, en la Biblioteca Lafragua de la Universidad Autónoma de Puebla.

Sobre los libros de medicina escritos, traducidos e impresos o que abordan tópicos americanos, conservados, transcribo los siguientes:

Esteyneffer, Juan de. *Florilegio de todas las enfermedades...* México, Herederos de Juan José Guillena Carrascoso, 1719, 521 pp., en la Biblioteca del Centro de Estudios de Condumex.

Salgado, Marcos José. *Cursos médicos mexicanos*. México, 1727, 2 tomos, en la Biblioteca Lafragua de la Universidad Autónoma de Puebla.

Malpica Diosdado, José Francisco. *Alexipharmaco de la salud, antídoto de la enfermedad, favorable dietético instrumento de la vida...* México, Colegio Real y más antiguo de San Ildefonso, 1751, 180 pp., en la Biblioteca Nacional.

Bartolache, José Ignacio. *Instrucción que puede servir para que se cure a los enfermos de las viruelas epidémicas...* México, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1779, 19 pp., en las Bibliotecas Nacional e Histórica Nicolás León de la Universidad Nacional Autónoma de México.

León y Gama, Antonio de. *Instrucción sobre el remedio de las lagartijas nuevamente descubierto para la curación del cancro y otras enfermedades...* México, Felipe de Zúñiga, 1782, 59 pp., en las Bibliotecas Nacional y del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Xavier Balmis, Francisco. *Demostración de las virtudes nuevamente descubiertas en las raíces de dos plantas de Nueva España, especies de ágave y de begonia...* Madrid, Viuda de Joaquín Ibarra, 1794, 347 pp., en las Bibliotecas del Museo Nacional de Antropología y Pública Central del Estado de México.

Gil, Francisco. *Disertación físico-médica en la cual se prescribe un método seguro para preservar a los pueblos de viruelas hasta lograr la completa extinción de ellas en todo el reino*. Reimpresión, México, Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1796, 92 pp., en la Biblioteca Nacional.

Brown, Juan. *Epítome de los elementos de medicina*. Traducción de Juan Antonio Riaño y prólogo de José Mariano Moziño, Puebla, Oficina de Pedro de la Rosa, 1802, 118 pp., en las Bibliotecas Palafoxiana y del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

_____. *Elementos de medicina... ampliados por Joseph Mariano Moziño*. México, Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1803, en la Biblioteca Nacional de México.

Morales, José. *Cartilla de vacunar, con un prólogo para desengaño público*. Puebla de los Angeles, Pedro de la Rosa, 1805, xx pp., en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Medina, Antonio. *Cartilla nueva, útil y necesaria para instruirse las matronas que vulgarmente se llaman comadres, en el oficio de partear*. México, Oficina de María Fernández de Jauregui, 1806, xxvii pp., en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Los títulos de temas de *ciencias sociales* que vinieron a enriquecer la cultura novohispana y, por cierto, ayudaron a forjar la conciencia social, fueron varios, entre los cuales cito:

Pinelo, León. *Eptome de la Biblioteca Oriental y Occidental, náutica y geográfica*. 2ª edición, Madrid, Francisco Martínez, 1737-1738, 3 volúmenes, en las Bibliotecas Nacional, del Museo Nacional de Antropología y del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Feijóo y Montenegro, Benito Jerónimo. *Theatro crítico*, 1751, 3 volúmenes, en las Bibliotecas Nacional, Museo Nacional de Antropología y del Palacio de Minería.

Nicolás Antonio. *Bibliotheca hispana Nova...*, Matriti, Joachimum de Ibarra Typographum regium 1783-1788, 2 tomos, en las Bibliotecas Nacional y del Centro de Estudios Condumex.

También en Nueva España se escribieron y editaron textos de tales rubros, al grado de poder ser ejemplificados.

Solís, Antonio. *Historia de la conquista de México...* Venecia, 1715, 624 pp., en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Boturini Benaduci, Lorenzo. *Ideas de una nueva Historia general de la América Septentrional...* Madrid, Juan de Zúñiga, 1746, 96 pp., en la Biblioteca Nacional.

Eguiara y Eguren, Juan José de. *Bibliotheca mexicana*. México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1755, en la Biblioteca Nacional.

Orrió, Francisco Xavier Alexo de. *Solución del gran problema acerca de la población de las Américas*. México, Herederos de María de Rivera, 1763, 72 pp., en las Bibliotecas Nacional y del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Granados y Galvez, José Joaquín. *Tardes americanas...* México, Nueva Imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1778, 540 pp., en Biblioteca Nacional.

Alcedo, Antonio de. *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América...*, Madrid, Benito Cano, 1786, cinco tomos, en las Bibliotecas Nacional y del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

León y Gama, Antonio. *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México se hallara en ella en el año de 1790*. México, Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1792, 124 pp., en las Bibliotecas Nacional y de El Colegio de México.

Campo y Rivas, Antonio del. *Compendio histórico de la fundación, progresos y estado actual de la ciudad de Cártago en la provincia de Popayán en el Nuevo Reino de Granada de la América Meridional...* Guadalajara, Oficina de Mariano Valdés Téllez Girón, 1803, en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Heredia y Sarmiento, José Ignacio. *Resumen histórico de las principales naciones que poblaron el País de Anahuac o Virreinato de Nueva España*. México, María Fernández Jauregui, 1803, 155 pp., en la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos de Condumex.

Retos

Hurgar en los acervos de la época colonial existentes en México representa todo un reto para los historiadores, pues ahí existe un mundo de información, en su inmensa mayoría inédito. De las diversas especialidades de la historia, es la historia de la ciencia la que quizá requiere con mayor urgencia de catálogos y bibliografías para acercarse a los contenidos de los textos de entonces, con el propósito de esclarecer con mayor rigor e informaciones la situación de los saberes racionales.

En efecto, tenemos que seguir buscando textos escritos y editados en América, pero también se nos presenta la tarea de revisar las fuentes que permitieron sustentar sus contenidos. De los libros importados del siglo XVIII están llenos los estantes de varias bibliotecas, por lo que existe materia prima ilimitada para nuestra labor, que debiera empezar con la clasificación de esas bibliografías.

Reitero, el principal reto de los historiadores de la ciencia latinoamericana, consiste en ayudar a organizar los acervos antiguos para lograr que sus servicios sean profesionales: en la mayoría de las bibliotecas latinoamericanas, los acervos antiguos se encuentran poco organizados. Existen casos en los que no hay catálogos por lo que sólo algunas personas conocen las existencias y

a veces los manejan a discreción, lo cual no puede seguir siendo la norma, pues se traduce en imposibilidad para apoyar trabajos de investigación y en explicación de la merma de acervos.

Las consecuencias loables que implicarán la organización de nuestros acervos y la elaboración de bibliografías serán: facilitar la investigación en todas las áreas del conocimiento; generar las condiciones para promover salas o bibliotecas especializadas; divulgar los acervos existentes; ayudar a defender nuestra riqueza cultural mediante el control de los repositorios; aportar elementos para plantear la pertinencia de recuperar material disperso por bibliotecas de otros países y facilitar su divulgación.

En esta época tan proclive a emular las cuestiones financieras, finalizo mi exhorto, con el señalamiento de que la investigación bibliográfica debe llevarnos a elaborar, con los instrumentos de la tecnología más avanzada, bancos de libros antiguos; pues así contribuiríamos a la labor del bibliógrafo y haríamos brillar la del bibliófilo, sobre todo cuando el libro, producto y base de la mayoría de nuestras investigaciones, parece estar siendo amenazado en su forma tradicional.

LAS OBRAS CIENTÍFICAS PUBLICADAS EN MICHOACÁN EN EL SIGLO XIX, FRENTE AL PROYECTO DEL CATÁLOGO INTERNACIONAL DE LA REAL SOCIEDAD DE LONDRES

Silvia Figueroa Zamudio *

El panorama científico y cultural de Michoacán, se vió sensiblemente transformado a partir del año de 1830, en que por iniciativa del doctor Juan Manuel González Urueña se abrió una Cátedra Médica en la ciudad de Morelia. A este hecho le seguirían acontecimientos tan relevantes para el fortalecimiento de la ciencia en Michoacán como la apertura del Colegio de San Nicolás en 1847 y la instauración en él de una Cátedra de Derecho Civil y otra de Derecho Canónico, con lo que se sentaron las primeras bases para la formación de las escuelas profesionales en la entidad. De esta manera, el Colegio de San Nicolás además de tener bajo su responsabilidad la instrucción secundaria y preparatoria, fue el eje regulador de la educación profesional en la entidad.

Consecuentemente las actividades académicas generadas en torno al Colegio, hicieron que esta institución funcionara, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, como elemento aglutinador de los intelectuales michoacanos interesados en conocer los avances científicos del mundo, preocupados en aplicar ese conocimiento para resolver los problemas propios

* Becaria de Conacyt.

de su entorno. De esta manera, en Michoacán se escribieron y publicaron un considerable número de trabajos sobre matemáticas, botánica, medicina, química, zoología, astronomía, geografía, historia natural e hidrografía. Estas aportaciones, en su mayoría, quedaron dispersas en libros, periódicos, boletines, anales y otros medios de la época, editados en Michoacán.

Por ello, no es de extrañar el interés que en los últimos años de siglo despertó entre la comunidad científica de la entidad la posibilidad de ver reunidos en una magna obra de carácter mundial, los resúmenes de estos trabajos que de otra manera quedaban destinados al conocimiento casi exclusivo de los mismos michoacanos. Al efecto, durante los últimos meses de 1895, la Sociedad Real de Londres invitó a los gobiernos de las entonces consideradas “naciones civilizadas del mundo”, a participar en una Conferencia Internacional sobre Bibliografía Científica, a celebrarse en julio del año siguiente. Este evento tenía como propósito fundamental lograr la colaboración de los gobiernos para realizar el primer Catálogo General de Literatura Científica;¹ con la intención de difundir entre los estudiosos los conocimientos científicos más destacados de la época generados en el mundo, reunidos a través de datos precisos, oportunos y metódicos.

La idea de formar un catálogo surgió en Glasgow, en 1855, a propuesta del doctor Joseph Henry secretario del Instituto Smithsonian de Washington, quien sugirió la creación de un Catálogo de Memorias Filosóficas. Posteriormente, se propuso incluir en él a las ciencias físicas y matemáticas, excluyendo a las naturales, dado que ya se había iniciado uno específico en el ramo. En 1858, la Sociedad Real determinó tomar a su cargo la iniciativa, haciéndola extensiva a las ciencias naturales. Las intenciones iniciales de la Sociedad Real no pasaban de formar un catálogo manuscrito para uso propio, pero ante el interés que despertaba la obra, en 1864 los promotores solicitaron el apoyo del gobierno británico para su publicación. Tres años más tarde, aparecía el primer volumen del *Catalogue of Scientific Papers*, compiled by de Royal Society of London.

La obra finalmente quedó dividida en doce volúmenes divididos en tres series; la primera se compone por seis tomos en los que se registra lo editado entre los años 1800 y 1863; la segunda encierra en tres volúmenes las

¹ Archivo Histórico del Poder Ejecutivo de Michoacán, en adelante AHPEM. “Carta del Secretario de Justicia e Instrucción Pública de México don Joaquín Baranda al gobernador de Michoacán”, ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, ff. 2-3.

publicaciones del decenio comprendido entre 1864 y 1873, en tanto que la tercera concentra en tres cuerpos el material de periódicos de ciencia impresos en el decenio de 1874 a 1883. No se consideraron en este trabajo, libros separados, sino únicamente los artículos aparecidos en periódicos científicos.

Frente a este resultado tan exitoso, la Sociedad Real de Londres se propuso una empresa mucho más ambiciosa: elaborar un catálogo científico internacional ordenado por materias y autores por lo que surgió la idea de convocar a una Conferencia Internacional, bajo las siguientes consideraciones: “La Sociedad Real ha venido publicando un catálogo de periódicos científicos arreglado por los nombres de los autores... pero la tarea de compilar y dar a luz un catálogo más completo porque se arreglaría sistemáticamente no solo conforme a los nombres de los autores sino también a los asuntos de que se trate, es una tarea demasiado laboriosa... que solamente podría terminarse con buen éxito apelando a la cooperación internacional.

El registro en el catálogo se limitaría a los periódicos y obras que traten de la ciencia pura y aplicada en el sentido inglés de la palabra ‘ciencia’ con exclusión de todas las obras literarias o filosóficas”.²

México recibió a tiempo la invitación para participar en el proyecto, lo que representó para el gobierno de nuestro país la primera oportunidad de tomar parte en un evento científico al lado de las consideradas naciones modernas del mundo, por lo que de inmediato, nombró como su delegado al doctor Francisco del Paso y Troncoso,³ quien tenía tiempo radicando en Florencia, comisionado por el gobierno mexicano para localizar y copiar en bibliotecas, archivos y museos europeos, documentos importantes para la historia nacional. Para el efecto, del Paso y Troncoso recibió por conducto del embajador de México en Inglaterra, la comisión oficial y una cantidad de dinero equivalente a quinientos pesos oro, para cubrir los gastos de traslado de Florencia a Londres y la correspondiente manutención durante los meses que duró la Conferencia.

² Lafuente, Ramiro. *Un Mundo poco visible: Imprenta y Bibliotecas en México durante el siglo XIX*. México, UNAM, 1992, pp. 113-114.

³ Francisco del Paso y Troncoso, nació en Veracruz el 8 de octubre de 1842, estudió medicina en la ciudad de México donde se tituló con la tesis *Historia de la Medicina en México*, tema que lo llevó al estudio de temas históricos y arqueológicos llegando a publicar una buena cantidad de artículos especializados en este campo. En 1889 ocupó la dirección del Museo Nacional, donde fortaleció la biblioteca y estableció un taller tipográfico. En 1892 logró que el gobierno mexicano lo comisionara para localizar y copiar documentos importantes para la historia nacional resguardados en archivos y bibliotecas de Europa, murió en Florencia en 1916.

De entre los principales acuerdos a que llegaron los delegados de las diversas naciones que participaron en este evento, destacan la decisión de compilar y publicar un doble catálogo de literatura científica, dispuesto por materia y por autores, mejorando el editado por la Sociedad Real, que comprendía sólo autores. En el nuevo proyecto, el contenido no se limitaría a los artículos científicos insertos en los periódicos de ciencias, sino que abarcaría también folletos, memorias y libros, que respondieran a este criterio.

La forma de publicación sería de dos maneras: en libro y en cédulas. Las cédulas se elaborarían conteniendo cada una en artículo separado, de tal suerte que cada cédula pareciera una prueba de imprenta, para facilitar al coleccionista la separación por secciones científicas. De esta manera los suscriptores tendrían la ventaja de recibir únicamente las cédulas de la disciplina de su interés. Esta forma se respetaría para la modalidad en libro.

También se acordó que el catálogo se ocuparía de trabajos sobre ciencias puras y se publicaría en inglés, quedando establecido que los nombres de autores y títulos de las obras incluidas se conservarían en el idioma original en que fueron escritos. De esta manera las materias, que se contemplarían serían las siguientes:

1. Matemáticas, astronomía, meteorología, física, cristalografía y química.
2. Geografía, física y matemáticas.
3. Mineralogía, geología y petrología, paleontología, zoología y botánica.
4. Anatomía, fisiología y farmacología, patología general y experimental, psicología experimental y antropología.⁴

Quedó establecido que las ciencias aplicadas quedaban excluidas del catálogo, tales como medicina práctica, ingeniería, agricultura, etc. Los participantes acordaron la creación de dos organismos que funcionarían como Centros Científicos Internacionales: uno para la administración del Catálogo, con el nombre de Consejo Internacional y otro para la edición del mismo, al que se le llamaría Oficina Central Internacional.

⁴ AHPPEM, ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, f. 5.

Con base en la experiencia obtenida en el catálogo londinense, donde el trabajo resultó arduo y en ocasiones imperfecto, la Sociedad Real propuso que el gobierno de cada país participante se responsabilizara de la formación de un catálogo nacional, siguiendo una matriz que ellos establecerían desde Londres.

Cada nación, quedó comprometida a comunicar a más tardar el primero de enero de 1898 su decisión de participar o no en el proyecto. En caso afirmativo, el gobierno quedaba obligado a organizar a la brevedad posible una Junta Nacional de Literatura Científica, encargada de recopilar la bibliografía, clasificarla según las reglas del Consejo Internacional y enviarla a la Sociedad Real de Londres, que tenía el derecho de aprobar o no los trabajos recibidos.⁵

A pesar del interés mostrado ante esta iniciativa el gobierno de México no respondía con prontitud a su representante, por lo que Francisco del Paso en extensa carta fechada en Florencia el 20 de noviembre 1897, dirigida al Secretario de Justicia e Instrucción Pública Joaquín Baranda, le comunicaba que era urgente para los organizadores saber si México estaba dispuesto a colaborar en el proyecto, y que por la premura del tiempo nuestro país estaba por el momento exento de organizar la Junta Nacional de Literatura Científica, pero que resultaba conveniente que el gobierno mexicano aceptara la invitación que se le hacía para participar en el proyecto, para corresponder a la distinción de que había sido objeto al ser llamado a una conferencia donde estarían representadas las naciones más cultas del mundo civilizado, además -argüía del Paso- había otras razones que hacían urgente la respuesta: como lo eran las de cortesía, decoro, conveniencia y estímulo. “De cortesía y decoro, para el gobierno mexicano; de conveniencia, para la nación y de estímulo, para los hombres de ciencia”.⁶

En opinión de del Paso y Troncoso, la abstención de México se podía interpretar en el escenario internacional como una manifestación de impotencia, lo que no sería decoroso para nuestro gobierno ya que en ese caso, el país quedaba bajo la tutela científica de la Oficina Central de la Conferencia, quien

⁵ AHPEM. “Informe de los principales acuerdos de la Conferencia Internacional de Londres rendido por el delegado de México don Francisco del Paso y Troncoso”, ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, f. 45v.

⁶ AHPEM. “Carta de Francisco del Paso y Troncoso al Secretario de Justicia e Instrucción Pública de México, fechada en Florencia el 20 de noviembre de 1897” (Impresa), ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, ff. 6-6v.

haría el trabajo que correspondía a los mexicanos, como lo preveían los estatutos, con lo que nuestra literatura científica, seguramente quedaría registrada de un modo deficiente.

El delegado mexicano, pensaba que no era posible que el país desaprovechara la oportunidad de participar en una obra conjunta con los científicos de renombre internacional y echando mano a toda su persuasión, decía: “Es conveniente para la nación, a mi modo de ver, que mida sus propias fuerzas y aprenda a conocerse por lo que produce. Tal vez el ensayo de registrar nosotros mismos nuestra literatura científica nos de la medida de lo que realmente valemos: si el resultado es bueno, será para nosotros motivo de íntima satisfacción: si no lo fuere tanto, pondremos entonces el remedio, y en un segundo ensayo recogeremos ya frutos más óptimos. A la vista salta que los hombres de ciencia tendrán estímulo tan luego como se convenzan de que sus producciones, si son estimables, no quedarán ignoradas del mundo civilizado, como ha sucedido hasta hace poco; y que sus nombres se verán anotados en el mismo registro que contendrá los de los sabios más eminentes de ambos hemisferios: todos pugnarán por hacerse dignos de semejante honra, y no dudo que sus trabajos irán adquiriendo cada día más importancia”.⁷

Seguramente que el amplio conocimiento que tenía Troncoso del medio científico mexicano, lo llevó a recomendar al Secretario de Instrucción Pública, la creación de un Instituto Bibliográfico anexo a la Biblioteca Nacional, para que bajo su responsabilidad se organizara la Junta Nacional de Literatura Científica, integrada por un representante de la Academia de ciencias Exactas, Físicas y Naturales, otro de la Sociedad de Geografía y Estadística, de uno más la Sociedad de Historia Natural y otro de la Academia de Medicina además del director de la biblioteca que sería a su vez el encargado de presidir el nuevo organismo. Y así, con cinco individuos, cuatro de ellos científicos y el otro bibliotecario, -continuaba Troncoso- “se podrán iniciar en el Instituto los trabajos requeridos para nuestra cooperación internacional”.⁸

De esta manera, el 5 de diciembre de 1898 quedó formada la Junta Nacional de Literatura Científica, bajo la presidencia de Joaquín Baranda, Secretario de Justicia e Instrucción Pública. En la reunión constitutiva se acordó invitar a los miembros de las sociedades “Antonio Alzate” y a la de

⁷ *Idem.*

⁸ *Idem.*

Ingenieros y Arquitectos de México, además de solicitar a los gobernadores de los estados de la federación que formaran a la brevedad posible, una Junta Local encargada de hacer el levantamiento de los trabajos estatales y los remitieran a la Junta Nacional, para proceder a la formación del catálogo general.

En respuesta a este comunicado, los gobiernos de los estados procedieron, entre enero y marzo de 1899, a nombrar sus respectivas juntas. Por alguna razón que desconocemos en Michoacán se ignoró este requerimiento, por lo que el 21 de marzo de ese año, el gobernador recibió un recordatorio del gobierno federal indicándole que para poder cumplir con el compromiso convenido, la Junta Nacional necesitaba el catálogo michoacano antes del mes de mayo de ese año.

El gobernador de Michoacán don Aristeo Mercado procedió a comisionar a los licenciados Luis González Gutiérrez⁹ y Mariano de Jesús Torres.¹⁰ En la carta de comisión, Aristeo Mercado les decía a cada uno de los comisionados que estaba “seguro de que la reconocida aptitud de usted, su amor a la ciencia y su constante laboriosidad serán parte para que acepte este nombramiento que le permitirá prestar a la Real Sociedad de Ciencias un importante servicio por los muchos datos que Usted ha sabido reunir en su biblioteca particular y en las diferentes publicaciones periódicas de que es Usted autor”.¹¹

Por su parte, Mariano de Jesús Torres el 25 de marzo de 1899 escribía al secretario del Despacho Luis B. Valdés: “tengo la honra de manifestarle, que con mucho gusto acepto tal nombramiento, tanto por obsequiar los deseos del Señor Gobernador, a quien sinceramente estimo como funcionario y como

⁹ Luis González Gutiérrez. Nació en Morelia el 29 de diciembre de 1835, realizó sus estudios de abogado en el Colegio Seminario de Morelia, fue catedrático del Colegio de San Nicolás donde impartió los cursos de Etimología Latina, Derecho Canónico, Física, Cosmografía, Literatura e Historia Universal, ocupó en varias ocasiones la regencia del plantel. Presidió la junta organizadora del Estado para la Exposición Universal de París y la Internacional de Chicago de 1889 a 1892. Desempeñó la Secretaría de Gobierno en 1855, 1867 y 1871; la de la Junta Directora de Estudios en 1857; la de la Inspección de Instrucción Pública en 1860, 1861 y 1863. Murió en Morelia el 10 de diciembre de 1903.

¹⁰ Mariano de Jesús Torres. Nació en Morelia el 17 de abril de 1838, estudió en el Colegio Seminario de Morelia y en el Colegio de San Nicolás donde concluyó los estudios de abogado, titulándose el 19 de julio de 1862 en Guadalajara. Periodista y escritor prolífico, autor del *Diccionario histórico, biográfico, geográfico, estadístico, botánico, mineralógico y zoológico de Michoacán* y de la *Historia Civil y eclesiástica de Michoacán. Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*. Murió en Morelia en 1921.

¹¹ AHPPEM, ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, ff. 8-10v.

particular, como por tratarse de un asunto de utilidad general y de honra para nuestro Estado”.¹²

Los resultados no tardaron en llegar y un par de meses más tarde, el gobernador Mercado tenía en sus manos el ansiado catálogo. Para su elaboración, los autores se apegaron en todo momento a las instrucciones impresas que les proporcionó la Junta Nacional, lo que motivó para desilusión de muchos, que la mayor parte de la producción bibliográfica de Michoacán quedara fuera de la recopilación, como lo señalan los miembros de la comisión, quienes en cierta medida buscando justificar lo reducido de la lista, escriben al gobernador: “Aún cuando Michoacán ha sido fecundo en producciones literarias de diversos géneros, con las que podría formarse un catálogo de mucha mayor extensión, hemos tenido que concretarnos a las materias que se enumeran en las instrucciones de que hemos hablado, y como sobre este punto es muy reducido el número de obras que se han publicado, aparece muy diminuta la lista que de ellas hemos logrado formar”.¹³

Por lo tanto y siguiendo los criterios establecidos por la Conferencia Internacional de Literatura Científica de Londres, la producción de los michoacanos hasta el año de 1899 quedó reducida a treinta y cuatro trabajos, agrupados de la siguiente manera: En matemáticas quedaron incluidos diecisiete libros de aritmética escritos por Vicente Lora, Antonio Quiroz, Víctor Huerta, Francisco Carrillo, Gregorio Alvarez, Prisciliano Peguero, Ramón Baquero, Julio Medina y Camilo García, además de otro que fue preparado por una comisión de profesores nombrada por el gobierno del Estado, a los que debemos agregar los cinco estudios dedicados al sistema métrico decimal, escritos por Ramón Baquero, Jesús Olvera, Francisco Pérez Páramo, José María Jurado y Octaviano Aviña, hijo; además de un trabajo que sobre pantometría publicó Santos Degollado. En tanto que de álgebra fue considerado el *Tratado de Álgebra, Geometría y Trigonometría*, de Prisciliano Peguero.

En botánica se incluyeron nueve ensayos de los que destacan tres del doctor Miguel Tena. El primero de ellos se imprimió en 1892 con el nombre de: *Calendario botánico de Michoacán*, a este trabajo le siguieron, *Calendario perpetuo botánico e Informe sobre los vegetales del estado*. A esta obra se

¹² AHPM, ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, ff. 10-10v.

¹³ AHPM. “Carta de Luis González Gutiérrez y Mariano de Jesús Torres al Secretario del Despacho”, Morelia, mayo 20 de 1899, ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, f. 12.

sumaron dos trabajos del doctor Crescencio García: *Botánica y Noticia sobre el camote del cerro*, publicada en 1872. De la vasta obra de Nicolás León fueron seleccionados dos trabajos, unas notas que el maestro preparó para sus clases de botánica en la Academia de Niñas publicadas en 1889, a las que llamó: *Notas de botánica. Extracto de las lecciones orales hechas a las alumnas de la Cátedra de Botánica de la Academia de Niñas del Estado de Michoacán de Ocampo* y las *Notas de técnica microscópica*. En tanto que de Mariano de Jesús Torres, La botánica puesta al alcance de las señoritas (publicada en *La Aurora Literaria*) y Lecciones teórico prácticas de Floricultura para las señoritas (inserta en *La Lira Michoacana*).

En química quedaron contemplados tres trabajos de Cirilo González: *Tablas de análisis químicos*, *Ligeros apuntes de química* y *Ligeros apuntes hidrológicos de algunos manantiales que existen en las cercanías de Morelia*. En medicina fueron seleccionados, el libro de *Anatomía* escrito por el doctor Juan Manuel González Uruuña en 1834, el *Resumen de anatomía descriptiva y topográfica* del doctor Antonio Trujillo y *Elementos de patología general*, del doctor González Uruuña.

En tanto que el *Boletín* del Observatorio Meteorológico del Colegio Seminario de Morelia, se incluyó en el ramo de meteorología y en astronomía el *Método general para predecir los tipos de las faces de un eclipse lunar*, de José María Chacón.¹⁴

Con base en los anteriores datos, podemos afirmar que la mayor aportación de los científicos michoacanos del siglo XIX, según los parámetros dictados desde Londres, radicó en el campo de las matemáticas, disciplina que destaca con diecisiete trabajos catalogados. Con esta cifra estamos hablando del cincuenta por ciento del total de las obras contempladas, distribuidas de la siguiente manera: diez escritos sobre aritmética; cinco sobre el sistema métrico decimal; uno de pantometría que preparó Santos Degollado y el *Tratado de álgebra, geometría y trigonometría* de Prisciliano Peguero.

Por la cantidad de publicaciones recogidas, a las matemáticas le siguió la botánica. En esta rama los científicos michoacanos aportaron nueve ensayos: tres el doctor Miguel Tena, dos Crescencio García y dos el doctor Nicolás León, a los que habrían de sumarse los dos que sobre el cultivo de flores dedicó a las señoritas michoacanas el licenciado y periodista Mariano de Jesús

¹⁴ AHPHM. "Catálogo de las obras de autores michoacanos formado por comisión que sirvió conferir el Gobierno del Estado", ramo de Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, ff. 13-14.

Torres. Cirilo González aportó tres estudios de química, mientras que igual número de trabajos quedaron incluidos en el caso de la medicina, a los que debemos añadir uno en meteorología y otros en astronomía.

Por otra parte, creemos de justicia destacar la participación que tuvieron los médicos en la generación y difusión del conocimiento científico en Michoacán a lo largo del siglo XIX; baste revisar la lista anterior para darnos cuenta de que al menos la mitad de los ensayos seleccionados fueron producto del trabajo paciente y continuo de los doctores: Miguel Tena, Crescencio García, Juan Manuel González Urueña, Nicolás León, Cirilo González y Antonio Trujillo.

Pero, volviendo al destino del catálogo, a pesar de las dificultades que enfrentó la Comisión Bibliográfica de Michoacán, finalmente pudo cumplir con su comisión dentro del plazo señalado, lo que permitió que don Aristeo Mercado lo enviara oportunamente a la Junta Nacional de Bibliografía Científica, no sin advertir que lo reducido del mismo, obedecía a que los miembros de la comisión se habían apegado a las instrucciones recibidas “por lo cual aparece muy diminuta la lista que de ellas se ha podido formar, procurando siempre que el referido catálogo sea lo más completo posible para que satisfaga el objeto que se propone la Academia de Ciencias de Londres”.¹⁵

Por su parte, el gobierno mexicano procedió a formar el Catálogo Nacional con los materiales recabados en los estados de Campeche, Colima, Chiapas, Chihuahua, Guerrero, Jalisco, Michoacán, Nuevo León, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora, Tabasco, Veracruz y Zacatecas, entre otros y los envió a Londres, donde quedaron en custodia de la Sociedad Real que nunca pudo cumplir con el compromiso de su publicación.¹⁶

Sin embargo, podemos afirmar que esta experiencia dejó resultados positivos para los científicos de nuestro país, quienes empujados tal vez por el sentimiento que les produjo ver la mayor parte de su trabajo hecha simplemente a un lado, se dispusieron a completar y perfeccionar la obra emprendida. Para tal efecto, organizaron a partir de 1899, un Instituto Bibliográfico Mexicano que respondía en todo a la propuesta inicial de Francisco del Paso y Troncoso; el nuevo organismo de acuerdo a sus bases

¹⁵ AHPM. “Oficio del Gobernador de Michoacán don Aristeo Mercado al Presidente de la Junta Nacional de Bibliografía Científica, del 24 de mayo de 1899”, ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, ff.16-17.

¹⁶ Al respecto ver: Ramiro Lafuente. *Op. Cit.*, p.123.

constitutivas surgió como una corporación anexa a la Biblioteca Nacional, con el objeto de formar la bibliografía general de México, escrita por mexicanos o por autores extranjeros e impresas en el país; en este levantamiento quedarían incluidos libros, folletos, artículos literarios, científicos, históricos, etc.¹⁷

El 6 de octubre de 1899, Joaquín Baranda solicitaba al gobernante michoacano que de acuerdo a lo estipulado en el apartado VIII de las bases constitutivas, propusiera a tres personas para integrar la junta local respectiva. En respuesta, Aristeo Mercado envió los nombres de los licenciados Mariano de Jesús Torres, Melchor Ocampo Manzo y Jesús M. Olvera, quienes en junio de 1900 tenían en su poder el documento que los acreditaba como integrantes de esa organización.

De esta manera los miembros de la Junta Bibliográfica de Michoacán, se reunieron a partir de esa fecha los sábados a las diez de la mañana con el objeto de seleccionar, analizar y discutir las obras que catalogaban con base en el Sistema Decimal de Dewey, aprendido por don Mariano de Jesús cuando trabajó en el catálogo científico michoacano. Con estos materiales en unos años, el licenciado Torres, presidente de la junta, había logrado reunir tal cantidad de fichas que decidió utilizarlas en un *Diccionario histórico, geográfico, biográfico, estadístico, botánico, mineralógico y zoológico de Michoacán*, que fue armando por entregas. El primer número apareció el 5 de marzo de 1905, era un folletito compuesto por ocho páginas en cuarto menor, en columna doble de breviario con su cubierta de papel, esta presentación no varió a lo largo de los diez años siguientes y llegó a completar tres gruesos tomos: el primero abarca de la A a la D y está integrado por 460 páginas; el segundo continua de la E a la M en 496 páginas, en tanto que el tercer tomo incluye de la N a la Z en 458 páginas. Esta ardua labor se realizó sin más aliciente -dice el autor- que ser útil al estado que lo vio nacer.¹⁸

Con esta magna obra Mariano de Jesús Torres, logra superar el sentimiento de ver reducida la aportación de los michoacanos al conocimiento universal en treinta y cuatro trabajos. Al entregar la relación encomendada, él mismo

¹⁷ AHPEM. "Bases Constitutivas del Instituto Bibliográfico Mexicano", ramo Educación, caja 3, expediente 2, 1896-1929, 21 f.

¹⁸ Ver: Pineda Soto, Adriana. *Mariano de Jesús Torres. Periodista e historiador*. Tesis de licenciatura presentada en la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana en agosto de 1993. Morelia, versión mecanoscrita, pp. 65-66.

exponía al gobernador del Estado que no quedaba del todo satisfecho con el resultado, ya que reconocía a Michoacán como una tierra fecunda en producciones literarias de diversos géneros, con lo que podría formarse un catálogo de mucho mayor extensión, pero que forzados él y Luis González Gutiérrez a sujetarse a los criterios dictados desde Londres no habían tenido otro remedio que entregar a la Junta Nacional de Literatura Científica no más allá que una reducida lista.¹⁹

¹⁹ AHP.EM. "Carta de Mariano de Jesús Torres y Luis González Gutiérrez a Aristeo Mercado, Morelia, mayo 20 de 1899", ramo Educación, caja 3, expediente 2. 1896-1929, f. 12.

JUAN BENITO DÍAZ DE GAMARRA, UN CIENTÍFICO MICHOCANO DEL SIGLO XVIII

Carlos Juárez Nieto

El 7 de noviembre de 1781, el entonces obispo de Michoacán Juan Ignacio de la Rocha, envió desde la hacienda de Puerto de Nieto jurisdicción de la villa de San Miguel el Grande, una carta dirigida a la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de la citada villa. La misiva de diecisiete fojas, contenía una severa crítica a la Congregación en su conjunto y en particular al Dr. Benito Díaz de Gamarra rector del Colegio de San Francisco de Sales, a quien acusaba de ser el “Director” intelectual para impedir la visita episcopal a la Congregación, además de afirmar, que en ella prevalecía el “partido bajo, ciego (y) secuaz del padre Gamarra”.¹

¿Por qué tan duros comentarios del obispo de la Rocha en contra de la Congregación filipense y del Dr. Díaz de Gamarra? ¿Quién era el Dr. Benito Díaz de Gamarra? Benito Díaz de Gamarra nació el 21 de marzo de 1745 en la villa de Zamora, perteneciente al obispado de Michoacán. Inició sus estudios elementales en su lugar de origen, trasladándose posteriormente al Colegio de San Ildefonso en la ciudad de México, obteniendo el grado de

¹ Cardozo Galúe, Germán. *Michoacán en el siglo de las luces*. México, El Colegio de México, 1973, p. 16.

Bachiller en Artes. En 1764, a la edad de 19 años, Díaz de Gamarra realiza su carrera sacerdotal en la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri en la Villa de San Miguel el Grande. Tres años después, en 1767, coincidiendo con la expulsión de los jesuitas de territorio americano, Gamarra se traslada a España y a Italia como procurador de la Congregación. La estancia de Gamarra en Europa fue por demás provechosa, pues entró en contacto con las corrientes y autores de la filosofía moderna. En Pisa obtuvo el doctorado en derecho canónico, siendo aceptado además como miembro por varias asociaciones científicas entre las que destaca la Academia de Bolonia. Su fincamento y esmerada educación y sapiencia, le valieron la distinción por el papa Clemente XIII como Protonotario Apostólico Privado. El Dr. Díaz de Gamarra regresó a México en 1770 y se ordenó sacerdote en ese mismo año. Se hizo cargo de las cátedras de filosofía en el Colegio de San Miguel, adscrito al Oratorio, llegando a ocupar los puestos de rector de estudios del mismo. El Colegio reformó su plan de estudios y modernizó la enseñanza, manteniendo estrecho contacto con la Universidad Real y Pontificia de México. El Dr. Díaz de Gamarra llegó a ser calificador y comisario del Santo Oficio en 1778.²

La obra intelectual y científica

La producción intelectual del Dr. Benito Díaz de Gamarra fue prolífica y diversa, pues abarca desde los tradicionales panegíricos, rezos, elogios fúnebres e introducciones poéticas, hasta estudios históricos y filosóficos. Entre estos últimos sobresalen: *Las antigüedades de Xochicalco*, *Elementa resentioris philosophiae*, *Memorial ajustado*, *Errores del entendimiento humano*, *Academias filosóficas* y *Máximas de educación*.³ A continuación nos referiremos brevemente sobre las características de cada una de estas obras.

² Beristáin de Souza, José Mariano. *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*. México, Oficina de don Alejandro Valdés, 1819, pp. 12-13; Cfr.: Emeterio Valverde Téllez. *Bibliografía filosófica mexicana*. Edición facsimilar, estudio introductorio por Herón Pérez Martínez. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1991, tomo primero, pp. 113-127; Elías Trabulse. "Díaz de Gamarra y sus Academias Filosóficas", en: *El círculo roto. Estudios históricos sobre la ciencia en México*. (Colección Sep/80 N° 37), México, Fondo de Cultura Económica 1982, pp. 112-129.

³ Junco de Meyer, Victoria. *Gamarra o el eclecticismo en México*. México, Fondo de Cultura en México, 1973, pp. 31-60.

1. *Las antigüedades de Xochicalco*. Breve estudio histórico sobre la población y la arquitectura del México prehispánico, en el que se advierte la influencia de los jesuitas en Díaz de Gamarra, al indagar la grandeza de la cultura indígena como uno de los fundamentos del incipiente nacionalismo criollo. El texto se imprimió en Italia en 1774 y es muy probable que sea el mismo que dio a conocer el famoso editor de las *Gacetas de Literatura* José Antonio Alzate en 1791. Cabe señalar, que las antigüedades de Xochicalco fue “la primera publicación ilustrada con estampas sobre una ciudad antigua”.⁴

2. *Elementa Resentioris philosophiae*. Es la obra filosófico-científica más relevante de Díaz de Gamarra: también conocida como *Elementos de filosofía moderna* y publicada en México en 1774. Fue tan importante el contenido y la estructura de la obra, que de inmediato le dio la aprobación para que se convirtiera en texto obligatorio de la Real y Pontificia Universidad de México en sus cursos de filosofía. El volumen primero contiene las disciplinas de índole filosófico: Historia de la filosofía, lógica, metafísica y ética. Al final se añade en el apéndice un tratado de geometría necesario según Gamarra para pasar a la física, la cual ocupa todo el segundo volumen. Las matemáticas, la física y la geometría fueron las tres áreas esenciales en que se apoyó el pensamiento modernista del filipense. Su eclecticismo metodológico y crítico lo orilló a adoptar una postura antidogmática por principio. Sanabria y Beuchot señalan sobre este punto lo siguiente: “Ya que el eclecticismo es selectivo, y ya que la selección implica un criterio, elige tesis escolásticas y tesis modernas, y trata de configurar la filosofía perenne, con arreglo a tal criterio se deben detectar las verdades que valen independientemente de cualquier escuela o tendencia”.⁵ Las obras de los científicos más conocidos en Europa fueron motivo de reflexión y análisis por el Dr. Díaz de Gamarra. Newton, Descartes, Caramuel, Gassendi, Hobbes, Spinoza, Franklin, Pluche, Wolf, Boyle y Verney son sólo un botón de muestra, de los 84 autores que hace referencia la física de los elementos de la filosofía moderna. Es importante señalar que el empirismo inglés influye en Gamarra a través de la obra del científico portugués Luis Antonio Verney “Barbadiño”. El apartado de la

⁴ Florescano, Enrique. *Memoria Mexicana* México, Fondo de Cultura Mexicana, 1994, p. 474.

⁵ Sanabria, Rubén y Beauchot, Mauricio. *Historia de la filosofía cristiana en México*, México, Universidad Iberoamericana, 1994, p. 119.

Lógica de los elementa recentioris está inspirado directamente de la obra de *De Re Lógica* de Verney.⁶

3. *El memorial ajustado*. Artículo satírico de Gamarra en contra de los llamados maestros peripatéticos de la Nueva España, quienes se empeñaban en sostener los principios y autoridad de Aristóteles, príncipe de los filósofos y oráculo de las universidades y colegios. El texto fue publicado por Alzate en su *Gazeta de Literatura* del 30 de noviembre de 1790, desconociéndose la fecha en que el filipense lo escribió. El artículo en cuestión ridiculiza a la enseñanza de corte escolástico y tradicionalista, en asuntos tales como los astros, la circulación de la sangre y las ciencias naturales y físicas. Ironizando a los tradicionalistas que veían con temor y desprecio el avance lento pero sostenido del pensamiento modernista, Gamarra concluye con una supuesta orden y sentencia: “Y para que en lo venidero no se perturbe la paz, ni se contravenga en modo alguno a lo hasta aquí mandando, ordena por último sean desterradas la razón y la experiencia mil lenguas en contorno de todas las dichas universidades y colegios, prohibiéndoles severamente entrar a ellas, ni perturbar ni inquietar al mencionado señor Aristóteles en la tranquila y pacífica posesión que en ellas goza solo, pena de que lo contrario haciéndose, ellas y todos sus aliados serán declarados herejes y amigos de novedades en las ciencias naturales”.⁷

4. *Errores del entendimiento humano*. Esta obra de Benito Díaz de Gamarra se publicó en Puebla en 1781 bajo el pseudónimo de Juan Felipe Bendiaga, anagrama de su nombre completo. Más que un texto filosófico, son una serie de reflexiones en torno a los prejuicios anticientíficos de la época y sobre las costumbres morales y sociales en boga. La influencia de la filosofía ilustrada subyace en el texto al establecer y aplicar una jerarquía de valores, anotando específicamente los de orden vital, cultural y moral. Al abordar el campo de la ética y de la educación, queda de manifiesto la influencia de Juan Jacobo Rousseau en Díaz de Gamarra. Amelia Arroyo sintetiza adecuadamente la

⁶ Robira, María del Carmen. *Eclécticos portugueses del siglo XVIII y algunas de sus influencias en América*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, p. 183.

⁷ Díaz de Gamarra, Benito. “Memorial Ajustado”, en: *Errores del entendimiento humano, academias filosóficas. Memorial Ajustado*. Morelia, Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1993, p. 212.

concepción pedagógica del filósofo zamorano al señalar lo siguiente: “educador y educando realizan una función esencial en el proceso educativo, el cual no se limita a la escuela, sino que se extiende a la familia y a la sociedad. En la educación se deben armonizar el aspecto individual y el social, el material y espiritual, lo anterior y lo exterior formando en consideración la realidad esencial del ser humano. Esta realidad, así como es la norma de moralidad es también el principio que orienta la educación para alcanzar la realización humana. Seguir la voz de la naturaleza, concreta y situada, será seguir la voz de Dios”.⁸

5. *Máximas de educación de la piedad cristiana en la política*. En esta obra se encuentra sintetizada la filosofía pedagógica de Díaz de Gamarra. La incitación a la virtud, la perfección del hombre y la búsqueda de la felicidad y la verdad, reafirma la profunda concepción ilustrada del filipense. Entre las virtudes que Gamarra sugiere a sus discípulos, destaca la de la prudencia, “que es la clave para las demás virtudes y nos enseña a tratar convenientemente a aquellos con quienes convivimos”.⁹

6. *Academias filosóficas*. Son breves disertaciones que los alumnos de Gamarra realizaban en actos públicos, llamados academias, y los cuales se imprimían previamente. Fueron tres los opúsculos que Gamarra reunió y publicó con temáticas diversas, los cuales corresponden a los años de 1772, 1774 y 1782. La idea de realizar estos actos públicos la tomó Gamarra en su viaje que realizó a Europa (1767-1770), en donde se dio cuenta de su aplicación en los colegios y seminarios de mayor prestigio intelectual. En las academias “hombres ilustrados disertaban o pronunciaban conferencias sobre materias filosóficas y científicas que se consideraban útiles para el público que asistía a escucharlos. No obstante que el latín era considerado hasta entonces como el único idioma culto en todo el mundo, los disertantes trataban esas materias utilizando la lengua nativa de los países a los que pertenecían: francés, alemán, español, inglés, etc”.¹⁰

⁸ Arroyo Maciel, Amelia. “Carácter filosófico de los errores del entendimiento humano”, en: *Errores de entendimiento...*, pp. 43-44.

⁹ Sanabria, Rubén y Beauchot, Mauricio. *Op. Cit.*, p. 121.

¹⁰ Hernández Luna, Juan. “Palabras iniciales”, en: *Errores del entendimiento...*, p. 123.

Cuando Gamarra regresó de Europa, estableció las academias públicas como una auténtica novedad académica en la Nueva España. Las disertaciones de los alumnos de Gamarra apuntaban su crítica a la espuria filosofía aristotélica y en cambio enaltecían los adelantos de la ciencia moderna. En sendas Dedicatorias a las Academias, Gamarra expuso el sentido y objetivo de éstas al señalar que se había procurado “reformular en mucha parte de la filosofía, haciendo su estudio agradable a la juventud y útil a la religión y al Estado, desterrando de nuestras aulas la mayor parte de tantas cuestiones inútiles, con que se atormentaba el ingenio de los jóvenes, haciéndoles cobrar horror a las letras”. Así también, asentó que “en los siglos bárbaros subsistió la filosofía, pero tan desfigurada, que no se podía conocer... La servil ciega deferencia a las preocupaciones de la Escuela dominante, sofocaron aquel ardiente amor de la verdad, que formaba ante todo su carácter. Hablaba Aristóteles, y la experiencia y la razón no se atrevían a contradecirse. Esta era la filosofía antes de los Verulamios, Descartes, Newtones, Leibnitzes, Boerhaaves, Wolffs, Desaguiliers, Muschembroecks. Comparecieron estos grandes hombres y pelearon a favor de la razón contra todo el Universo, que estaba sujeto al peripatetismo”.¹¹

En las publicaciones que hizo Díaz de Gamarra de las *Academias filosóficas* se advierte la inclinación de sus alumnos por abordar temas relativos a la filosofía, la metafísica, la física, la electricidad, la óptica y la geometría. Entre ellos se destacan: José Antonio Fernández de Borbotin, José Manuel Pezuela, José Meléndez, Ramón de Otagui y José Vicente Cabadas.¹²

Gamarra y su tiempo

La comprensión de la obra filosófico-científica de Díaz de Gamarra debe pasar necesariamente por el tamiz de su contexto socio-histórico. Esto es, conocer a grandes líneas los proyectos y condiciones sociales, políticas y culturales que imperaban en España y la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII. Los objetivos del presente trabajo, sin embargo, nos obligan a enunciar más que explicar el contexto histórico-cultural en que vivió Juan Benito Díaz de Gamarra.

¹¹ Díaz de Gamarra, Juan Benito. “Academias filosóficas”, en: *Errores del entendimiento...*, pp. 134-135, 157-158.

¹² Hernández Luna, Juan. *Op. Cit.*, pp. 126-128.

El marco de referencia inmediata nos lo proporcionan las llamadas Reformas Borbónicas impulsadas fundamentalmente por Carlos III y sus ministros ilustrados, tendientes a transformar la situación económica, social, política y cultural de España y sus colonias en la segunda mitad del siglo XVIII. Las innovaciones introducidas desde las altas esferas del gobierno español, llegaron a la Nueva España acompañadas de la influencia del pensamiento ilustrado en boga en los países europeos más avanzados como lo eran Francia e Inglaterra. El racionalismo, la experimentación y el afán de crítica y búsqueda de la verdad en el mundo natural y social, invadieron las esferas intelectuales españolas y americanas. La proliferación de asociaciones y academias científicas no se hicieron esperar, siendo las sociedades Vascongadas de Amigos del País las primeras en su tipo, que marcaron un auténtico parteaguas científico en el mundo iberoamericano. No se piense sin embargo, que las ideas ilustradas llegaron a España y sus colonias de América de manera pura y perfecta, por el contrario, el racionalismo científico tuvo que decantarse lentamente con la dura tradición escolástico-medieval de los colegios y seminarios hispanos. Es ésta, tal vez, la característica distintiva de un buen número de científicos y filósofos hispanoamericanos, como Benito Díaz de Gamarra, que transitaron entre lo tradicional y lo moderno, entre los preceptos de la teología y los de la física y la geometría, es decir, entre los formatos más prístinos de un eclecticismo científico y una ortodoxia cristiana muy acendrada.

La influencia pedagógica y metodológica de los jesuitas en Díaz de Gamarra se hace por demás evidente, en sus trabajos sobre Xochicalco y las Academias filosóficas. Sus estudios en San Ildefonso y su posterior estadía en Italia reafirmaron en el filósofo michoacano sus intenciones reformistas en la academia y en la investigación. La presencia de Clavijero en el colegio jesuita de Valladolid de Michoacán (1763-1766), fue el inicio de la modernidad en las aulas de la capital episcopal del obispado. El tratado de filosofía y la "oratio latina" fueron los resultados intelectuales de la estancia de Clavijero en Valladolid. En ellos existe una clara intención por inducir a las nuevas generaciones por los caminos de la modernidad académica y el eclecticismo filosófico.¹³

Sin embargo, las nuevas orientaciones filosófico-científicas en territorio michoacano enfrentaron una serie de adversidades, que hicieron peligrar su

¹³ Cardozo Galúe, Germán. *Op. Cit.*, pp. 9-10.

introducción y difusión. La expulsión de los jesuitas de territorio americano en 1767, influyó negativamente en la proliferación de las nuevas ideas y métodos de la ilustración europea. En Valladolid de Michoacán, esta circunstancia privó al colegio de San Nicolás Obispo de su rica y fructífera relación académica con el colegio de San Francisco Xavier. Además, el Seminario Tridentino fundado en 1770 por el entonces obispo Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, impuso un reglamento académico de claro tinte tradicionalista, dificultando la difusión de los estudios modernos en la capital de la provincia. Al rector del Seminario “se le ordenó velar para que los catedráticos (‘no se aparten, en manera alguna, de la doctrina pura de la Iglesia conforme la enseñaron los santos doctores San Agustín y Santo Tomás; que no enseñen doctrinas sanguinarias, condenadas por el Concilio Constanciense y, últimamente, proscritas por nuestro Soberano, ni otras relajadas o perniciosas, ni adopten sistemas nuevos y poco seguros’)”¹⁴

Como se ha dicho anteriormente, Díaz de Gamarra regresó de Europa en 1770 y de inmediato se dio a la tarea de introducir reformas al plan de estudios del Colegio de San Francisco de Sales en la villa de San Miguel el Grande. No faltaron, desde luego, algunos que vieron con recelo y envidia las nuevas propuestas pedagógicas del joven rector. Sin embargo, para fortuna del Dr. Gamarra, ocupaba la silla episcopal de Michoacán desde octubre de 1773 Luis Fernando de Hoyos y Mier, obispo que veía con simpatía y admiración las nuevas corrientes en el pensamiento filosófico. De esta manera, no dudó en dar anuencia (3 de octubre de 1774) para que las Academias filosóficas del Dr. Benito Díaz de Gamarra fueran publicadas bajo sus auspicios.¹⁵

Posteriormente, en una misiva dirigida a Díaz de Gamarra, el obispo Hoyos y Mier agradecía y aceptaba la dedicatoria de las Academias, haciéndole constar lo siguiente: “me participó el Dr. D. José de Bartolache la proposición que V. Md. me expresa sobre que se den a la prensa y salgan al público bajo mi nombre y auspicio las cuatro Academias que a la conclusión del Curso de Artes se ha de sustentar en ese Colegio, y en que se exponen en nuestro idioma las más principales materias que se han tratado en la Física. Supongo que el mismo doctor habrá ya anticipado a V.Md. el aviso de la particular complacencia con que he recibido la propuesta. Sin embargo, manifiesto a V.Md. el mismo gusto y satisfacción con que admito y acepto reconocido convite, como tan interesado en el aumento y adelantamientos en

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ Trabulse, Elias. *Op. Cit.*, p. 116.

las artes y ciencias, dentro de esa mi diócesis, sirviéndome de muy especial consuelo el reconocer que florecen en ella con tanto gusto, erudición y tan bellos progresos: todos se deben a la aplicación, estudio, observación y talentos de V.Md. por lo que se hace y se hará justamente acreedor de los elogios y gratitud de toda esta nuestra América".¹⁶

En 1775 el Dr. Díaz de Gamarra enfrentó una acusación ante el Santo Oficio, hecha por Fr. Joseph Morales de la Sagrada Orden de Predicadores y doctor en Teología por la Real Universidad. Morales censuró por heréticos algunos pasajes del tomo segundo de los *Elementas resentioreis philosophiae*, correspondiente a la física. Sin embargo, el dictaminador y censor del Santo Oficio, Diego Marín de Moya no encontró desviación herética en la exposición del curso de Física del Dr. Gamarra, antes bien la ponderó y la exaltó como una doctrina "sana y segura" y como tal "seguida por autores de la mejor nota". La resolución del Tribunal de la Fe sobre este asunto, poco común por cierto, incitó al historiador Edmundo O'Gorman a señalar: "sirva esto de advertencia para quienes persisten en juzgar las instituciones coloniales según esquemas demasiado simplistas y parciales. Ya es tiempo de reaccionar con energía ante esa manera de proceder".¹⁷

Pese a todo la duda y la suspicacia no dejaron de asaltar a teólogos, catedráticos, canónigos y aún obispos, que sabían del perfil modernista de la obra del Dr. Díaz de Gamarra. Ahí está como muestra el lastimoso pleito entre el obispo Juan Ignacio de la Rocha y el filósofo zamorano, quien pese a sus 38 años de edad, padecía de ciertos achaques, los que le provocaron una muerte prematura en 1783.

Finalizamos esta breve reflexión, haciendo eco de las palabras de otro eminente historiador de la ciencia en México, Elías Trabulse, al señalar que el Dr. Benito Díaz de Gamarra y Dávalos fue "uno de los más detectados pensadores, pedagogos y divulgadores de la ciencia moderna que aparecieron en México en la segunda mitad del siglo XVIII. Sucesor en buena medida, de los expulsos jesuitas, fue a su vez un claro antecedente de los científicos ilustrados del último tercio del siglo, tales como Alzate, León y Gama, Bartolache o Velázquez de León".¹⁸

¹⁶ *Ibid.*, p. 117.

¹⁷ O'Gorman, Edmundo. "Denuncia del Compendio filosófico del Dr. Juan Benito Díaz de Gamarra (siglo XVIII)", en: *Boletín del Archivo General de la Nación*, tomo XII, julio-agosto-septiembre, 1941, número 3, SEGOB-DGI, México; citado en: *Errores del entendimiento...*, p.238.

¹⁸ Trabulse, Elías. *Op. Cit.*, p. 114.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT Y SU PASO POR MICHOACÁN

Juvenal Jaramillo Magaña

En el mes de junio de 1959 el erudito Juan A. Ortega y Medina dio a la prensa una obra en la cual recogió y analizó críticamente una gran cantidad de discursos, alocuciones, ensayos y artículos que sobre el barón Alejandro de Humboldt se expusieron desde nuestros historiadores independentistas como el padre Servando Teresa de Mier, Lucas Alamán, José María Luis Mora y Lorenzo Zavala hasta contemporáneos del referido compilador, como el historiador ecuatoriano Jorge Carrera Andrade y el geógrafo estadounidense Donald Brand.¹ A todo eso hay que sumar una larga lista de biografías y de estudios que sobre el inmortal científico alemán se han publicado en países como México, Ecuador, Cuba, Inglaterra, España, Estados Unidos y Alemania, principalmente.

Cabría entonces preguntarse si a lo ya escrito por algunos historiadores, geógrafos, mineralogistas, antropólogos y hasta por políticos, se puede añadir algo de valor. Consciente del reto, debo indicar que el objetivo de este texto es el de ubicar la figura de Humboldt en su paso por la antigua intendencia de Michoacán pero, sobre todo, analizar la importancia, trascendencia y

¹ Ver: Juan A. Ortega y Medina. *Humboldt desde México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.

proyección que las observaciones e información aquí recabada adquirieron en sus obras, especialmente en el *Ensayo Político...* y en *Cosmos*.

Como veremos más adelante, en *Cosmos*, obra cumbre del pensamiento y síntesis de la concepción científica que del mundo tenía Humboldt, éste científico vertió sus experiencias y reflexiones astronómicas y de la historia natural, producto de toda una vida de viajes, observaciones y contactos con los pensadores más reputados del territorio que pisaba.

Los factores externos del viaje a América

En el viaje de Humboldt a América intervinieron, originalmente, dos aspectos que aunque quizá triviales, no hubiesen hecho posible, al menos no en la época y condiciones en que se dio la empresa humboldtiana de viajar por el Nuevo Mundo. Me refiero, en primer lugar, al trato y amistad que, siendo estudiante en la Universidad de Göttingen (en 1789) estableció con G. Foster, un naturalista que figuró entre los miembros de la expedición que al mando del navegante británico James Cook descubrió lo que en la actualidad se conoce como Oceanía. “Con Foster hizo ... sus primeras excursiones científicas, una por el bajo Rhin y otra por Inglaterra”² y con él, en parte, se despertó en Humboldt “la afición a los viajes y las exploraciones”² además de que, seguramente, bajo aquella sombra desarrolló sus capacidades para observar, recoger y analizar, así como a valorar las maravillas de la tierra, cosa que sólo un naturalista con experiencias tan envidiables le podía enseñar.

En segundo lugar, la muerte de su madre, acaecida a finales del año 1796, le dejó como heredero de una cuantiosa fortuna que, a decir de don José Iturriaga de la Fuente, “le permitió dedicarse al sueño de su vida: el gran viaje por América”³. Asimismo, pudo hacerse acompañar por el naturalista francés Aimeé Bonpland, cuando el 5 de junio de 1799 se embarcó rumbo al Nuevo Mundo y, ya aquí, por el joven aristócrata quiteño Carlos Montúfar, cuando en junio de 1802 salieron de Quito rumbo al Perú, sufragando totalmente los gastos de ambos acompañantes, quienes se convirtieron a partir de entonces en verdaderos auxiliares en los trabajos científicos del prusiano.

² Miranda, José. *Humboldt y México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, p. 86.

³ Iturriaga de la Fuente, José. *Anekdótico de viajeros extranjeros en México, Siglos XVI-XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993, volumen I, p. 118.

Bonpland, al parecer, se ocupó de la recopilación de una infinidad de plantas medicinales y flores que con las obras de Humboldt se dieron a conocer en Europa, pues en los dibujos alusivos al referido viaje este naturalista francés aparece llevando a cabo aquella acción.

Rumbo a Nueva España

El 15 de febrero de 1803, la comitiva de Humboldt se embarcó rumbo a la Nueva España, a cuya capital llegaron el 11 de abril del mismo año. Aunque a Humboldt se le califica como “mexicanista”, se le atribuye un enorme enamoramiento por México y se ha ponderado su intensa actividad científica y sus valiosas descripciones tanto de la sociedad como de la flora, del clima y algunos volcanes de México, entre otras cosas, seguimos careciendo de estudios que aborden su fugaz pero trascendental paso por Michoacán y que subrayen el gran valor que tuvo la formación y erupción del volcán Jorullo para algunos científicos novohispanos de la época, y obviamente para Humboldt, quien apreció y reconoció aquello como un hecho singular en la historia natural del mundo y por lo tanto lo recogió describiéndolo en sus dos grandes obras: el *Ensayo político...* y *Cosmos*.

Cuando en 1845 se publicó en 5 volúmenes, en Stuttgart, la obra *Cosmos. Ensayos de una descripción física del mundo*, calificada como “la obra cumbre de ese periodo de florecimiento de la cultura en Alemania”⁴ y en la cual se resumen las experiencias humboldtianas, la visión de la naturaleza y la concepción de orden cósmico que tenía nuestro personaje, éste escribió que: “En la cadena volcánica de México, el fenómeno más importante y que ha hecho más impresión después de mi viaje a América, es el del levantamiento del volcán de Jorullo y lava que arrojó. La existencia de ese volcán, cuya topografía he sido el primero en dar a conocer, fundada sobre medidas ciertas, por su posición entre los dos volcanes de Toluca y de Colima, y por su aparición repentina en la gran falla que va del océano Atlántico hasta el mar del sur, es un hecho de gran interés geognóstico, por lo que ha sido objeto de numerosas discusiones”⁵.

⁴ Meyer-Abich, Adolf. *Humboldt*. Barcelona, Salvat Editores, 1985.

⁵ Humboldt, Alejandro de. *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Madrid, Imprenta de Graspar y Roig Editores, 1875, tomo IV, p.263. La geognosia es la parte de la geología que estudia la estructura y formación de las rocas que forman la tierra.

Las noticias que sobre el Jorullo publicó Humboldt en su *Ensayo político...* y en *Cosmos*, habían sido precedidas por las que dieron Francisco Xavier Clavijero en su *Historia antigua de México* (Cesena, 1789), por el jesuita guatemalteco Rafael Landívar en su *Rusticatio mexicana*, por don Antonio de Alcedo en su *Diccionario geográfico-histórico de las indias occidentales o América* y por la *Gaceta de México*. A todas las versiones expuestas en las anteriores fuentes, Humboldt hizo interesantes correcciones, a unas, y comentarios, a otras,⁶ tomando como base sus conocimientos teóricos y sus experiencias en la materia después de haber ascendido y estudiado antes en España el pico del Teide, en Tenerife, al cual se tiene como el pico más alto de España y después en sudamérica el Pichincha, el Chimborazo, el Antisana, el Cotopaxi, el Tunguragua y el Iliniza, ni más ni menos,⁷ y luego, por supuesto, el Jorullo.

En la Nueva España, Humboldt efectuó cuatro viajes de “exploración científica”. El primero de ellos verificado entre Acapulco y la ciudad de México, que duró del 27 de marzo al 11 de abril del año 1803 en el cual, aunque su propósito final era llegar a la ciudad de México, sus conocimientos e inquietudes mineralogistas lo motivaron a hacer un alto en las famosas minas argentíferas de Taxco, exploradas desde el siglo XVI; aquí Humboldt inició la confección del primer mapa alimétrico de una región, entre los océanos Pacífico y Atlántico. El segundo de los viajes “de exploración científica” lo llevó a cabo entre el 15 y el 27 de mayo, de México a las minas de Pachuca, durante el cual recogió varias muestras de piedras volcánicas o raras, que después envió al museo de Madrid. El tercer recorrido, el realizado desde México a Guanajuato y de aquí al volcán Jorullo, pasando por Valladolid de Michoacán, fue cubierto del 1º de agosto al 10 de octubre, y fue probablemente el que junto con su estancia en la ciudad de México, le permitió la recopilación de la mayoría de datos y maduración de ideas para la elaboración tanto del *Atlas* como de las *Tablas* y el *Ensayo político ...* que constituyen, en nuestra opinión, una sola unidad. El último de los viajes de las características mencionadas lo fue el practicado desde el 20 de enero hasta el 7 de marzo de 1804, entre la ciudad de México y el puerto de Veracruz, donde Humboldt calculó altitudes, como el caso concreto del Popocatepetl, el Iztlacihuatl y el Cofre de Perote.⁸

⁶ Ver pie de página N° 14 que aparece en la p. 531 de *Ibid.*

⁷ Meyer-Abich, Adolf. *Op.Cit.*, p. 116.

⁸ Miranda, José. *Op.Cit.*, p.100.

El viaje por Michoacán

En su tránsito por las entonces intendencias de Guanajuato y Michoacán, la comitiva encabezada por Humboldt tuvo la oportunidad de estar en contacto con varios de los personajes ilustrados de ahí. En su *Ensayo político...*, al estar Humboldt describiendo los beneficios que trajo al público la propagación de la inoculación de la viruela que se llevó a cabo en el año de 1797, “en las inmediaciones de México y el obispado de Michoacán”, indica que en éste último “muchos particulares, entre los cuales se distinguió el clero, desplegaron en esta ocasión un patriotismo muy digno de elogio, conteniendo el progreso de la epidemia por medio de la inoculación. Me contentaré con señalar a dos hombres igualmente ilustrados, el señor Riaño,⁹ intendente de Guanajuato, y don Manuel Abad y Queipo,¹⁰ canónigo penitenciario de la catedral de Valladolid, cuyas miras generosas y desinteresadas han tenido siempre por objeto el bien público”. Refiriéndose

⁹ Como primer intendente de Michoacán, don Juan Antonio de Riaño se puso al frente de “una comisión exploradora encabezada por minerólogos alemanes y novohispanos, a la región de Ario y La Huacana”, que posibilitó tener la primera descripción científica del volcán Jorullo, visitado por dicha expedición en marzo de 1789. Las inquietudes expedicionarias y científicas de Riaño se advierten también en el viaje que en 1790 realizó a Cuincho, a fin de analizar las aguas termales de ahí. Asimismo, fomentó “la exploración de las cada vez menos rentables minas de cobre de Inguarán”. Ver: Ernesto Lemoine Villicana. *Morelos y la revolución de 1810*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1984, p. 103. Carlos María de Bustamante ha dicho que Riaño fue “de los magistrados más recomendables que han venido a la América, reunía a un fondo de sabiduría y literatura la más delicada, otro de rectitud a toda prueba y digna del siglo de Catón. Su casa era una academia donde se formaban sus hijos y sus amigos. En aquel santuario del honor, jamás penetró el oro corruptor, ni hizo bajar el fiel de la justicia, que siempre administró con misericordia. Riaño era popular, sencillo, modesto y accesible a todo miserable”. Tales elogios, salidos de la pluma de un ferviente “antigachupín” y patriota como Bustamante, deben contener cierta dosis de veracidad. Ver: *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones de la Comisión Nacional para la Celebración del Sesquicentenario de la proclamación de la Independencia Nacional y del Cincuentenario de la Revolución Mexicana, 1961, tomo I, p.41.

¹⁰ Natural del pueblo de Villarpedre, en Oviedo, Abad se trasladó en 1778 al arzobispado de Guatemala, formando parte de la familia del arzobispo Cayetano Francos y Monroy. En junio de 1784 se incorporó a la comitiva de fray Antonio de San Miguel, recién nombrado obispo de Michoacán, quien lo nombró juez de testamentos, capellanías y obras pías de esta diócesis. A partir de entonces, se relacionó con los principales sujetos del obispado y colaboró estrechamente con su prelado en el gobierno diocesano, viviendo en el propio palacio episcopal de Valladolid de Michoacán en calidad de “familiar” de San Miguel. En 1806 recibió la canonía penitenciaria de Valladolid de Michoacán y en 1810 fue nombrado “obispo electo” (nunca fue “confirmado”) de Michoacán. Fue un hombre de una vasta formación y conocimientos que empezó a adquirir desde temprana edad, pues fue educado de acuerdo a los modelos aristocráticos de la época, puesto que su padre era un noble. Esa preparación le llevó a ser apreciado por sus obispos y hombres principales de las diócesis en que residió. Ver: Lillian Estelle Fisher. *Champion of Reform. Manuel Abad y Queipo*. New York, Library Publishers, pp. 2-5.

concretamente al clérigo, señala que “don Manuel Abad, provisor del obispado de Michoacán, eclesiástico ilustrado, (desde) mucho tiempo antes de su llegada a México había tomado varias medidas barométricas muy exactas” (probablemente en Guatemala, donde residió 6 años), y en un tono que revela el trato personal y estrecho que hubo entre el científico prusiano y el posterior excomulgador de Hidalgo, se indicó en el *Ensayo político...* que “el señor Abad, canónigo de la Iglesia metropolitana (sic) de Valladolid de Michoacán, me ha asegurado que, según sus cálculos, el producto medio del trigo mexicano, lejos de ser menor de veintidos granos, hay probabilidad que sea de 25 a 30”. Calificando a su polémico y controversial informante como “un sujeto digno de confianza y muy versado en esta clase de investigaciones”, nuestro personaje cita un manuscrito de aquél, prácticamente desconocido, intitulado *Sobre la fertilidad de las tierras en la Nueva España*, para aseverar que en un hermoso campo de trigo, de gran extensión, cerca de Celaya, habría el autor recopilado unas cuarenta plantas de trigo al azar y se percató de que cada grano habría producido entre 40 y 70 plantas y observó que cada una de ellas había proporcionado entre cien y ciento veinte granos. Todo esto, decía Humboldt, llevaba a la conclusión de que el trigo mexicano era de 5 a 6 veces más productivo que en Francia.¹¹

Los conocimientos y experiencias en el campo de la barometría y en el de la astronomía identificaban y eran comunes a Humboldt y a Abad y Queipo. Sin embargo, por las expresiones de respeto y admiración que el científico prusiano profesó hacia el clérigo ilustrado, es de creerse que los puntos de afinidad eran varios; en el tema sociológico o en el de la economía política, por ejemplo, que ocupan espacios importantes del *Ensayo político* y en los cuales Abad era bastante versado, según quedó de manifiesto por la colaboración que prestó a su obispo fray Antonio de San Miguel en la célebre *Representación sobre la inmunidad del clero...* y en el *Memorial...* de 1804, así como en las que después de la cédula de consolidación de vales reales dirigió al trono español.

Gran parte de la información que Humboldt utilizó para exponer las condiciones de los indígenas novohispanos en su *Ensayo político...* fue, indudablemente, proporcionada por Abad y Queipo y por el obispo de

¹¹ Humboldt, Alejandro de. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina. México, Editorial Porrúa, (Sepan cuantos..., N° 39), 1991. pp. 44, 168 y 258.

Michoacán fray Antonio de San Miguel; y así lo hace saber cuando señala que “no puedo acabar mejor la descripción política de los indios de la Nueva España, que extractando una memoria presentada al rey en 1799 por el obispo y cabildo de Michoacán escrita ciertamente con las más sabias intenciones y con las ideas más liberales. Este respetable obispo, que he tenido el gusto de conocer personalmente ... hace presente al monarca que en el estado actual de cosas son imposible los adelantamientos morales de los indios”.¹²

Hay que decir que Humboldt contó con fortuna al coincidir su viaje a la Nueva España con la etapa de la ilustración novohispana que mayores preocupaciones tuvo por lograr un conocimiento más preciso de la geografía y la demografía novohispanas, lo cual fue aprovechado por el sabio prusiano al consultar los informes con que contaba el virrey Iturrigaray y que se habían ido enriqueciendo desde la época del gobierno del segundo conde de Revillagigedo, así como con los sendos memoriales, informes y representaciones que habían formulado el obispo San Miguel y sus colaboradores para tener un mejor control decimal y crediticio del obispado, pero también para proponer medidas político-económicas liberales a la Corona española y para evitar la puesta en vigor de los proyectos que tanto en el plano de las inmunidades como en el de la reducción geográfica de la mitra michoacana pretendían las autoridades reales.

Las relaciones de amistad que aquel viajero estableció con fray Antonio de San Miguel y con el juez de testamentos don Manuel Abad y Queipo, así como seguramente con otros importantes ilustrados residentes en Michoacán como el deán de la catedral, Juan Antonio de Tapia, y el rector del Seminario Tridentino, don Manuel de la Bárcena, quienes comían habitualmente en el palacio episcopal junto con aquellos dos clérigos, debieron servir para allegarse detallada información así de la sociedad como de la economía y las ideas políticas presentes en el obispado michoacano. Desafortunadamente, Humboldt se detuvo en esa ocasión en Valladolid de Michoacán sólo por tres días, tiempo muy corto, pero preciso para conocer y tratar al intendente Felipe

¹² *Ibid.*, p. 70. Aquí Humboldt se refiere, obviamente a la famosa “Representación sobre la inmunidad personal del clero...”, que el 11 de diciembre de 1799 dirigió a la Iglesia michoacana a la corona española para protestar por la reducción que de la inmunidad personal del clero se llevó a cabo a partir de una real cédula del 25 de octubre de 1795, emitida por Carlos IV. El documento fue aprovechado, sin embargo, para exponer también la grave desigualdad social, jurídica y económica que se vivía en la Nueva España, además de proponer varias reformas liberales a fin de combatir el mal. El texto íntegro de la “Representación...”, se puede consultar en: José María Luis Mora, *Obras Sueltas*. México, Editorial Porrúa, 1963, pp. 178-214.

Díaz de Ortega y su asesor letrado don Alonso de Terán,¹³ funcionarios también de perfil ilustrado y que animarían posiblemente a Humboldt a proseguir su expedición científica.

Es viable suponer que los recursos económicos con que contaban Humboldt, Bonpland y Montúfar estuviesen entonces reduciéndose, y por tal motivo apuraron su partida rumbo al destino de esa expedición. El 17 de septiembre de 1803 partieron hacia el Jorullo, pasando por Pátzcuaro, Ario y Rancho Nuevo. Al día siguiente por la tarde estaban frente a su gran empresa michoacana, la que como señalamos antes, según palabras del propio autor del *Ensayo político...*, se trataba del fenómeno más importante y que ha hecho más impresión después de mi viaje a América.

Por lo que ya sobre el volcán Jorullo habían escrito Clavijero, Landívar, don Antonio de Alcedo y los editores de la *Gaceta de México*, el barón de Humboldt sabía que aquel se había formado la noche del 29 de septiembre de 1759, es decir, 44 años antes de su visita. Todo había empezado desde el mes de junio de aquel año, cuando “Se oyó un ruido subterráneo; a espantosos bramidos acompañaron frecuentes terremotos, que continuando por espacio de 50 ó 60 días, pusieron a los habitantes de la hacienda (de San Pedro Jorullo) en la mayor consternación. Ya a principios de septiembre todo parecía anunciar una perfecta tranquilidad, cuando en la noche del 28 al 29 vuelve a sonar un horrible estrépito subterráneo. Espantados los indios, se refugiaron en las montañas de Aguazarco, y un terreno de 3 a 4 millas cuadradas, a que dan el nombre de malpaís, se solevantó como una vejiga...

Los que fueron testigos de esta gran catástrofe desde la cima de Aguazarco, aseguran que se vieron salir las llamas en un espacio de más de media legua cuadrada; que muchos pedazos de peñascos candentes fueron lanzados a alturas prodigiosas, y que a través de una nube espesa de cenizas, iluminada por el fuego volcánico y semejante al mar agitado, les pareció ver cómo se fue hinchando la costra reblandecida de la tierra. Entonces los ríos de Cuitimba y de San Pedro se sumieron precipitados en las grietas inflamadas. La descomposición del agua contribuía a avivar las llamas, que se veían desde Pátzcuaro, ciudad situada sobre una mesa muy ancha, y a 1400 metros de altura sobre las playas de Jorullo. Millares de conos pequeños, que no tiene más que de 2 a 3 metros de alto, y que los indígenas llaman hornitos, salieron

¹³ *Ibid.*, p. XCVIII.

de la bóveda sollevantada del malpaís. A pesar de que, según dicen los indios, de quince años a esta parte se ha disminuido mucho el calor de estos hornos volcánicos, yo he visto el termómetro subir a 95° metiéndolo dentro de algunas grietas que exhalan un vapor acuoso.

Estas grandes erupciones del volcán central continuaron hasta el mes de febrero del año de 1760. En los años siguientes han ido haciéndose progresivamente más raras. Los indios, espantados del estrépito horrible causado por el nuevo volcán, habían abandonado por de pronto los pueblos situados a 7 u 8 leguas de distancia de las playas de Jorullo; pero pasados algunos pocos meses se acostumbraron a este espectáculo horroroso. Vueltos a sus chozas, bajaron hacia las montañas de Aguazarco y de Santa Inés, para admirar las mangas de fuego que se lanzaban por una infinidad de bocas volcánicas mayores o menores. Las cenizas cubrían entonces los techos de las casas de Querétaro, que está a más de 48 leguas de distancia, en línea recta, del lugar de la explosión¹⁴.

El antedicho volcán, hasta cuyo vértice ascendieron Humboldt, Bonpland y Carlos Montúfar el 19 de septiembre de 1803, fue ubicado por el primero de ellos como parte de una línea o cadena de volcanes, montañas, picos y yacimientos de aguas termales que se ubican perpendicularmente al eje de la cadena de las grandes montañas, la cual se inicia “partiendo desde las costas del mar de las antillas”, yendo de este a oeste, pasando por el pico de Orizaba, los dos volcanes de Puebla, el nevado de Toluca, el pico de Tancitaro y el nevado de Colima. Todos esos fenómenos, según nuestro personaje, habrían brotado de la tierra siguiendo una vena subterránea después de romper la costra exterior de roca de pórfido. A partir de ello, Humboldt elaboró una teoría acerca del estado primordial de nuestro planeta, cuya atmósfera debió haber contado con una temperatura gélida, la cual fue transformada y consecuentemente modificada la distribución de la vida orgánica al comunicarse el calor interno con el aire exterior a través de fallas como la expuesta.¹⁵

¹⁴ *Ibid.*, pp. 164-165. Según declaró Humboldt en *Cosmos. Op. Cit.*, p. 531, n. 14, la información acerca de la formación y erupción del Jorullo la recogió de “un documento oficial, redactado tres semanas después de la primera erupción, pero que no se ha vuelto a hallar hasta 1830 por el sacerdote mexicano muy distinguido e instruido, D. José Pastor Morales”. Este documento fue escrito por don Joaquín de Ansogorri, cura de La Huacana, y dirigido al obispo de Michoacán el 19 de octubre de 1759. Otras noticias le fueron proporcionadas a Humboldt por don Ramón de Espelde, quien le acompañó en aquella empresa, y habitaba en la llanura del Jorullo en épocas de la expedición científica aquí referida, y había sido el primero en ascender el multicitado volcán.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 166-167 y *Cosmos...*, p.274.

El excepcional fenómeno aquí descrito, junto con la formación de millares de conos que se levantaron, fueron calificados en el *Ensayo político...* por el sabio prusiano como “una de las revoluciones físicas más extraordinarias que nos presentan los anales de la historia de nuestro planeta”, mientras que en *Cosmos* refirió que aquello era “un hecho de gran interés geognóstico” y, según hemos repetido, el hecho que le causó más impresión después de su viaje a América. No obstante, al momento de escribir el *Ensayo Político...* aquello no había sido aún conocido ni por los mineralogistas ni por los físicos europeos “a pesar de que todavía no tiene 50 años de formada y de que ha sucedido a 6 jornadas de distancia de la capital de México”.¹⁶

El paso de Humboldt y su comitiva por Michoacán, aunque muy breve, debe ser considerado como relevante y prolífico, pues aquí no sólo satisfizo su curiosidad e interés por los fenómenos naturales o físicos sino que fue más allá, al penetrar en aspectos de índole socioeconómico, político-económico y cultural. En la intendencia de Valladolid de Michoacán, pero concretamente en el volcán del Jorullo, Humboldt echó al vuelo sus grandes conocimientos en la técnica de medición geográfica y geofísica, que son una de las cosas que caracterizan sus obras. Ascendió el volcán, lo midió (1301 metros sobre el nivel del mar), observó, describió, analizó y dibujó, lo cual significó, por otra parte, la sistematización de los estudios que sobre vulcanología ya habían iniciado seguramente el intendente Juan Antonio de Riaño y don Manuel Abad y Queipo en nuestra patria chica.

Como Michoacán es también muy rico en el aspecto hidrográfico, el excepcional viajero se detuvo también a observar y analizar las aguas termales de una zona comprendida entre Cuitzeo y Valladolid, en especial Chucándiro, Cuincho, San Sebastián y San Juan Tararamé. Posteriormente, ya en la zona del volcán Jorullo, analizó también las aguas del río de la hacienda de La Presentación.¹⁷ Con esto, Humboldt acumuló más datos para elaborar la famosa hipótesis expuesta en *Cosmos*, ya mencionada, según la cual existiría una vena subterránea, dirigida de este a oeste, de las antillas a las costas de Colima, que liberaba su energía mediante volcanes, yacimientos termales y sulfurosos, géiseres, etc.

¹⁶ *Ensayo político...*, p. 164.

¹⁷ Vargas Uribe, Guillermo. “La contribución de Humboldt a la geografía michoacana”, en: *Boletín*, N° 9, Morelia, Coordinación de la Investigación Científica de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, julio-diciembre de 1985, pp. 19-20.

El 22 de septiembre de 1803, la comitiva humboldtiana se encontraba nuevamente en Valladolid de Michoacán, de regreso a la ciudad de México. Aquí pudo constatar una vez más que las tesis buffonianas y las de su compatriota De Paw, acerca de la ineptitud en cuestión de ciencias por parte de los americanos y de los americanizados, resultaba a todas luces calumniante: en la ciudad residía un importante grupo de abanderados de la ilustración, funcionarios tanto del clero como del ayuntamiento, encabezados los unos por el obispo San Miguel y los otros por el intendente Díaz de Ortega, que habían analizado y expuesto con detenimiento los problemas políticos y económico-sociales más fuertes de la Nueva España y sugerido sus remedios a la Corona española. De ellos recogió Humboldt, aunque discretamente, la mayoría de sus observaciones y propuestas en el plano político social.

La geografía, la vulcanología, la hidrografía y la economía política michoacanas recibieron importantes impulsos con el viaje del barón a América, pero esto se debió a la confluencia de varios elementos y obviamente, a la propia constitución física y a la realidad socio-política de aquel Michoacán.

LOS HISTORIADORES DE LA CIENCIA Y MICHOACÁN: NICOLÁS LEÓN Y ENRIQUE BELTRÁN*

Juan José Saldaña

Ciencia “provinciana” o ciencia “provincial”

La historiografía de la ciencia mexicana ha mantenido, hasta ahora, una mirada indiferente y a veces de menosprecio para con la actividad científica realizada en las provincias. Nuestra historia de la ciencia ha estado dominada por ese “centralismo” que desde antiguo ha estado presente en la historia mexicana, y en otras importantes expresiones de la vida nacional y no consideró a la ciencia provincial interesante al mismo título que la ciencia de la capital; tampoco imaginó la existencia en ella de particularidades dignas de ser estudiadas; ni, menos aún, elaboró marcos conceptuales capaces de interpretar la diversidad cultural que exhibe la actividad científica nacional. La ciencia de las provincias fue definida *por naturaleza* como “sufragánea” de la ciencia de la ciudad de México.

Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén introdujo, en el siglo XVII,

* Conferencia magistral dictada el 25 de agosto de 1996, en el V Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología.

semejante calificativo para justificar por qué no se ocuparía de los estudios superiores que se impartían en Puebla, Michoacán, Guadalajara, Oaxaca y otras ciudades en esa época.¹ Es decir, para el cronista de la real y pontificia universidad tales estudios, por quedar comprendidos en el ámbito jurisdiccional y caer bajo la autoridad de México, estaban subsumidos en y eran históricamente atendidos mediante la crónica de la actividad intelectual que tenía lugar en la capital del virreinato. Esta fórmula no se crea que era resultado de la pereza para investigar sobre lo que acontecía en las provincias, o una solución de ocasión para un texto hecho de forma apresurada sobre la vida universitaria de México; nada de eso, la *Crónica* la empezó a escribir el bachiller Cristóbal de la Plaza, la prosiguió su hijo el bachiller Cristóbal Bernardo de la Plaza, y fue terminada por su nieto el bachiller Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén. Se trató, obviamente, de una forma deliberada de ver las cosas que es indiferente para con lo que tiene lugar fuera de la capital.

Dos siglos después, Francisco A. Flores nos proporciona otro ejemplo de la misma actitud. En su monumental *Historia de la medicina en México*, compuesta de tres gruesos tomos, dedica, según su propio decir, tan sólo “dos palabras” a describir la enseñanza de la medicina y la farmacia en los estados en el siglo XIX. Y tal fue en efecto, lo que hizo, pues con la excepción de lo referente a Puebla y Michoacán, entidades a las que destinó seis y diez páginas respectivamente, a Oaxaca y Guadalajara dedicó media página a cada una, a Monterrey un tercio de página, y a San Luis Potosí, Zacatecas, Mérida, Pachuca y Chihuahua un único párrafo para referirse a todas estas ciudades. Para el caso de Michoacán sabemos que contó con el auxilio de un michoacano, el Dr. Nicolás León, para escribir la historia de ese estado, e ignoramos si alguna ayuda similar recibió para el caso poblano.²

Pero, apresuraríamos el juicio si de lo anterior extraemos como conclusión que es únicamente la falta de información la causa de que el historiador de la ciencia no se ocupe de la ciencia provincial. Aunque tal argumento sea con frecuencia esgrimido, otra es, en mi opinión, la verdadera razón de tal procedimiento.

¹ De la Plaza y Jaén, Cristóbal Bernardo. *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1931, tomo II, p. 6.

² Flores, Francisco A. *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta la presente*. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1886-1888, capítulo XLIV “Enseñanza de la Medicina en la República”, tomo III, pp. 203-221. Respecto de la colaboración de Nicolás León para la preparación de la parte referida a Michoacán, el propio Flores la consigna en el tomo I, p. XXXVIII.

El historiador, reconozcámoslo, realiza juicios de valor en su trabajo y ello se manifiesta tanto en las decisiones que toma sobre lo que constituirá el asunto de su escritura como en el tipo de fuentes de información que habrá de consultar. Ejemplo de ello es el propio Flores que acabamos de citar, quien en su conclusión sobre el mismo tema de la enseñanza médica, afirma: “Tales son las Escuelas con que actualmente se cuenta... y acaso mejor sería suprimir la mayor parte, y con sus economías pensionar a algunos alumnos á la Capital”.³ Pero, no se vaya a suponer que en esta aseveración está presente algún tipo de aversión por parte de Flores hacia la provincia, a la cual él mismo pertenecía por haber nacido en Silao, estado de Guanajuato. La causa de tan definitiva opinión era, dice Flores, que “pocas de estas Escuelas llenan su objeto”. Ahora bien, preguntamos, ¿cuál es ese objeto? y ¿quién lo define?

Para el siglo XIX, el mencionado objeto de la enseñanza médica no era otro que el que encarnaba la medicina “científica” del periodo positivista, introducida en la ciudad de México hacia 1833 y consolidada a partir de 1870. Todo el tercer tomo de la obra de Flores está encaminado a probar documentalmente y con argumentos filosóficos la gradual instauración de dicho “objeto” en la escuela de Medicina de la ciudad de México. Y en cuanto a quien lo define, Flores nos dice que fueron los propios médicos capitalinos quienes juzgaron, a través de una comisión formada para tal fin, que únicamente en la ciudad de México podría ser cultivada la medicina científica de forma adecuada y con los medios suficientes.⁴

Es esta definición previa, acerca de lo que es la “ciencia legítima”, lo que guía habitualmente al historiador para no entretenerse relatando lo que ya ha quedado señalado como de poco o nulo valor frente a lo que se considera valioso. De esta manera, si los médicos de la capital habían estatuido que las escuelas provinciales de medicina son “Establecimientos que sólo existen de nombre, pero que *no cumplen ni pueden cumplir con su verdadero objeto*”,⁵ entonces queda justificado que el historiador dedique tan sólo “dos palabras” a las escuelas provinciales. Pero, ¿realmente la ciencia provincial no cumple ni puede cumplir con su objeto? como se dice en la cita anterior. Son obviamente dos cosas diferentes el que no cumpla por motivos circunstan-

³ *Ibid.*, tomo III, p. 221.

⁴ Opinión de una Comisión de la Escuela de Medicina de la ciudad de México en 1855, citada por Flores. *Ibid.*, p. 203.

⁵ Texto citado por Francisco Flores. *Op. cit.*, p. 204. Énfasis añadido.

ciales existentes en un momento dado, como pueden ser una precariedad en los recursos disponibles, la ausencia de información actualizada o de personal científico bien capacitado, la falta de equipos, laboratorios e infraestructura adecuados, u otros; y otra, distinta que la ciencia provincial no pueda cumplir absolutamente con las finalidades de la ciencia.

Una afirmación enfática de este tipo y en general, el prejuicio contra la actividad científica provincial, tiene su origen en un medio cultural y como parte de una tradición historiográfica que comete, creo yo, un yerro fundamental: el tomar siempre por “provinciana” a la ciencia provincial. Y si a la fecha poco es lo que se sabe sobre la ciencia provincial mexicana, ello hay que ponerlo en la cuenta de la definición del objeto de estudio que ha dirigido los trabajos de los historiadores de la ciencia nacional. Son verdaderas excepciones aquellos en los que no se ha excluido el estudio de la ciencia en el contexto local provincial.

Cuando el tema de lo provincial ha sido focalizado por parte de los pocos historiadores que sí lo han hecho, se puede advertir de inmediato la existencia de una ciencia que posee múltiples atractivos y cuyo conocimiento enriquecería nuestra historiografía. Los estudios de Nicolás León sobre la medicina, la cirugía y la obstetricia en Michoacán, de José Joaquín Izquierdo sobre los médicos poblanos Raudón y Montaña, y de Enrique Beltrán sobre las ciencias naturales en Michoacán, así lo evidencian. En ellos se percibe que los temas de investigación no están atados necesariamente a la grandiosidad de lo que queda aludido con palabras como “la ciencia” o la “ciencia universal”. De estas denominaciones cabe decir, más bien, que no pocas veces, o incluso tal vez siempre, su sentido les ha sido dado por -¡oh paradoja!- la ciencia local de la que han partido los estudios históricos cuyas conclusiones luego son generalizadas. Nada es más a propósito aquí que la receta, verdaderamente áurea para nuestro caso, del autor de los *Cuentos de la montaña*, el poeta y ensayista portugués Miguel Torga (1907-1994), la cual reza así: “lo universal es lo local sin paredes”.

Y si como corolario de esta certera expresión “toda historia es historia local”, y si la práctica de escarbar en las concepciones subyacentes al texto histórico no es una empresa vana sino de una utilidad práctica para el propio historiador, porque es aleccionadora en su propio trabajo; les propongo, entonces, que avancemos en la dirección de una metodología para la historia de la ciencia que nos permita proceder sin centralismos y capturar lo universal que está presente en lo particular o lo local.

Pero, por favor, no se alarmen. No vayan a pensar que pretendo desarrollar alguna nueva teoría antológica acerca de los universales, o resucitar viejas polémicas sobre si son éstos meros *flatus vocis* o entes. Aunque en el empeño de comprender a la ciencia nacional hay cuestiones bastante complejas de orden lógico y filosófico, creo, sin embargo, que debemos ante todo aprender de nosotros mismos; lo que en el presente contexto quiere decir aprender de los estudios hechos en y sobre la provincia.

Me interesa analizar dos soluciones al tema de lo provincial dentro del manejo del espacio escritural de la historia de la ciencia. Fueron elaboradas por dos distinguidos historiadores de la ciencia michoacana: Nicolás León y Enrique Beltrán, michoacano el primero, y capitalino el segundo.

Las cosas de la tierra

Nicolás León nació en la actual Quiroga, estado de Michoacán, en 1859 y murió en Oaxaca en 1927. Estudió medicina en el Colegio de San Nicolás graduándose en 1883. Fue el fundador del Museo Michoacano y el director-fundador de los *Anales*, publicación de este establecimiento. De Nicolás León resulta imposible referir en el marco de una conferencia su biografía científica y su bibliografía, que es inmensa, y caracterizada por múltiples entrecruzamientos temáticos en los campos de la bibliografía, arqueología, antropología, historia, historia de la medicina, botánica, lingüística, entre otros, y que lo ubican como un precursor en varios campos, pero particularmente en el de los estudios sobre la cultura michoacana. Existen, por fortuna, estudios sobre la obra de León que el interesado podrá consultar con provecho.⁶

En lo que sigue me ocuparé de los escritos en que trata León de la historia de la ciencia en Michoacán, y de ellos sólo lo referente a sus conceptos

⁶ Véanse, entre otros: Pablo Vázquez Gallardo. *Estudios bibliográficos sobre el doctor Nicolás León*. México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1956; Germán Somolinos D'Ardois. "El doctor Nicolás León, historiador médico de México", en: *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. México, 1959; M. Maldonado Koerdell. "El doctor don Nicolás León como naturalista", en: *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, 1959; Enrique Beltrán. *Las ciencias naturales en Michoacán*. Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1984, IV ("Nicolás León y el Museo Michoacano").

historiográficos, la mayor parte de las veces subyacentes al texto, sobre la ciencia provincial.

Fue en 1886, cuando León publicó su primer trabajo de historia de la medicina en referencia a Michoacán. Poco después, editó dos cortos trabajos más, sobre la historia de la cirugía y de la obstetricia en Michoacán. En 1895, publicó *Biblioteca botánico-médica* en la que aparecen algunas cortas notas biográficas, bibliográficas e históricas sobre temas michoacanos. En 1910, publicó *La obstetricia en México*, libro en el que hace también algunas referencias a su estado natal. De entre su amplia producción antropológica y lingüística también es posible destacar la existencia de algunos trabajos sobre temas de historia de la ciencia entre los tarascos, como son los relativos al calendario que utilizaban y a la aritmética, y de historia de la medicina como los obstétricos, las mutilaciones dentarias y otros.

Poco es lo que se ha escrito sobre las motivaciones que llevan a los historiadores a ocuparse de un cierto tema, y menos aún en lo que a la ciencia provincial se refiere. Enrique Beltrán, refiriéndose a los estudios históricos sobre la ciencia y la medicina en Puebla realizados por José Joaquín Izquierdo, señala que este autor dedicó estudios a Montaña, Raudón y Carpio movido por "su interés por Puebla", habida cuenta de que el ilustre exvicepresidente de nuestra sociedad nació en ese estado y ahí inició sus estudios.⁷ Hace notar igualmente que la biografía que escribió Izquierdo de su ancestro Raudón la realizó en una ocasión "para recordar amorosamente a la patria chica" y que las historias del Colegio del Estado, el Hospital de San Pedro y la Academia Médico-Quirúrgica de Puebla, fueron una forma de no olvidar a su *Alma Mater* poblana.⁸

El "amor por Puebla" es pues, la principal motivación que Beltrán detecta en su ilustre contemporáneo para haber llevado a cabo sus estudios históricos sobre la actividad científica poblana y elaborar biografías de sus personajes. Pienso que algunos les podrá parecer romántico, localista o hasta chauvinista el historiador que se deja llevar por tal impulso en la selección de sus temas de investigación. Sin embargo, bien vistas las cosas, autores como los que estamos considerando aquí se encuentran completamente lejos de tal suposición nuestra; más bien se debe afirmar lo contrario. Son historiadores

⁷ Beltrán, Enrique. "José Joaquín Izquierdo. Facetas de un gran mexicano", en: *Anales de la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología*, N° 4, pp. 35-57.

⁸ *Ibid.*, p. 44.

que encontraron en sus temas de estudio elementos trascendentes a las peculiaridades de su localidad, sin ser por lo tanto indiferentes a ellas. Para la historia de la ciencia los casos singulares de este tipo son de indudable valía pues a través de ellos se han captado aspectos, dimensiones y modalidades de la actividad científica que son típicos de la práctica científica entendida como experiencia social y humana, y no obligatoriamente conformada a los modelos provenientes de otras experiencias como las europeas que son ellas también particulares.

El célebre historiador de la medicina Max Neuburger, en el prólogo que escribió para *Raudón, cirujano poblano de 1810*, se expresa en términos que encuentro afines con lo que acabo de señalar: “En oposición a tantos otros historiadores, Izquierdo está libre de prejuicios nacionalistas, pero es un ardiente patriota, y precisamente por ello, sin interrupción se ha esforzado porque en México se realice una reforma fundamental de la Fisiología (...) La historia de la vida del cirujano Raudón, constituye tan sólo el eje, en derredor del cual se desarrolla un panorama, que ofrece a la mirada del lector aspectos del saber médico, de la práctica médica y quirúrgica, de las condiciones del medio civil hospitalario, y de las actividades de una de las más antiguas facultades y escuelas médicas mexicanas”.

El apego y el amor a la tierra en que el individuo nació y se formó es también para Nicolás León un incentivo en su trabajo como historiador de la medicina michoacana. También es fundamental en actividades que realizó, como fueron la creación del Museo Michoacano (1886) y la publicación de los *Anales del Museo Michoacano* (1888).

En la abundante y muy interesante correspondencia que León mantuvo con Joaquín García Icazbalceta, entre 1883 y 1894, sobre diversos temas bibliográficos e históricos, he observado que con frecuencia nuestro autor se declara un defensor y un procurador de lo que él llama “nuestra historia patria”, o también estudios sobre las “cosas de la tierra”. La manera incluso apasionada con que lo hace lo llevó a afirmar en 1892, en ocasión del envío a España de la Sección de Arqueología del Museo Michoacano -a causa del IV Centenario colombino- lo siguiente: “sentí ganas como de llorar al ver perdido para mi Estado el fruto de afanosas labores e improbos trabajos”.⁹

⁹ Bernal, Ignacio. *Correspondencia de Nicolás León con Joaquín García Icazbalceta*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, pp. 218, 229 y 276.

Varios años atrás, en 1884, expresaba que consideraba un deber suyo el defender los temas michoacanos: “Qué mal están tratando señor Don Joaquín nuestra Historia de Michoacán, los señores de *México a través de los siglos*”. Si bien en ese momento se siente desprovisto de los medios para reaccionar, pero convencido de tener razón y documentos que lo avalan, no duda en pedir la ayuda de su corresponsal: “Por acá no tenemos, (dice), ...ni un papelucho en que escribir contra semejantes barbaridades y observaciones que dizque (obtuvo) Riva Palacio cuando militó, ¡huyó!, por Michoacán; escriba usted que es tan sabio y competente, algo acerca de eso”.¹⁰

En toda la obra de Nicolás León se percibe una permanente preocupación por contribuir a la difusión y valorización de las partes menos conocidas o de plano desconocidas de la historia local o nacional. Su importantísima labor como bibliógrafo y editor debe ser tomada en cuenta al lado de sus trabajos históricos. Se trata de un patriotismo científico y cultural que en León se manifiesta en su predilección por los temas provinciales de Michoacán, y por los nacionales también. Por ello, cuando el infortunio y la desazón hacen presa de él en una vida de altibajos como la de León y llena de obstáculos para la que considera su misión, dirá: “Son tales mi decepción y desaliento que puedo darme por muerto para el americanismo”.¹¹

No obstante, siempre halló los medios para sobreponerse y lo encontraremos una y otra vez batallando para seguir su camino, por ejemplo, escribiendo en 1910 *La obstetricia en México*, la cual dedica “A mi Patria, en el glorioso Centenario del inicio de su Independencia”. En el prefacio justifica la necesidad de obras como ésta, diciendo: “Tiempo ha que al leer la *Historia de la Obstetricia* del Profesor von Siebold sentí gran tristeza al no ver, ni mencionado, el nombre de México”, y se pregunta para contestar inmediatamente: “Cómo remediar este mal?; escribiendo una obra expofeso (...) Este es mi propósito con este librito”. Quienes conocen este libro saben bien que está muy lejos de ser un simple conjunto de notas, o un librito como dice León con excesiva modestia. Este trabajo consta de 748 páginas impresas en letra menuda, el cual fue preparado a lo largo de treinta años de investigación.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 27-28.

¹¹ *Ibid.*, p.286.

La ciencia local es producto local

Los historiadores habitualmente no han comprendido esta motivación patriótica que acompañó a León durante toda su vida. Los *Apuntes para la historia de la medicina en Michoacán*, obra primeriza de León publicada en 1886, pero de gran originalidad y trascendencia, fue calificada por Germán Somolinos D'Ardois como trabajo "con sabor bastante provinciano".¹² En mi opinión, Somolinos cometió con ello un error de apreciación. Ciertamente Somolinos tuvo otras palabras de elogio para León y llegó a considerarlo el creador del oficio histórico-médico en México, pero estas palabras fueron para los trabajos que publicó en historia de la medicina posteriores a 1910 en los que León se ocupa de temas "nacionales", con lo cual deja ver que no tuvo idea de lo que significaba la ciencia provincial en la obra de León. Por el contrario, el reprochado "provincianismo" de los *Apuntes*, constituye a mi modo de ver el mayor mérito de ese opúsculo de León, pues fue el interés por la ciencia provincial -que no provinciana- lo que abrió una veta de investigación que se revelaría fructífera -si bien no en lo inmediato- para la comprensión a un tiempo de la singularidad de la ciencia michoacana y de la diversidad cultural de la ciencia en México.

Por otra parte, este primer estudio histórico de la ciencia michoacana de León, al igual que otros que realizó en ámbitos disciplinarios diferentes hicieron de él, el descubridor de las raíces culturales de Michoacán, lo cual le ha sido generalmente reconocido.¹³ A ello podemos agregar ahora que descubrió también a la cultura científica de la provincia y ello no es pequeña cosa.

Los *Apuntes* están divididos en tres partes, tratando la primera de los tiempos precolombinos a la Independencia; la segunda de la Independencia al año 1875 y la tercera, que fue publicada por separado en dos trabajos cortos, de la historia de la cirugía y la obstetricia en Michoacán. Un importante apéndice documental e iconográfico fue incluido también.

De entrada, León advierte lo siguiente: "Como en todo lo referente a Michoacán, carecemos aún de los más insignificantes datos para juzgar y dar a conocer el ejercicio y conocimientos que en el arte de curar poseían los

¹² Somolinos, Germán. *Op. cit.*, p.48.

¹³ Arriaga Ochoa, Antonio. "El Dr. Nicolás León y el Museo Michoacano", en: *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, N° 12, México, INAH, 1959, p. 34.

tarascos”. Y con esta declaración aparece el primer elemento metodológico saliente de este trabajo. Recuperar para la historia una porción del pasado para luego relacionarla con otra que normalmente no había sido asociada: se trata de las dos culturas médicas que en su época y aún en la nuestra, estuvieron vigentes en Michoacán. Con ello nos muestra que los saberes y prácticas sanitarias han sido utilizados por la población nativa de estas tierras y por la que llegó después de una manera diferenciada, pero también con mestizaje cultural. Hechos que así presentados están muy lejos de ser triviales para la historia de la medicina y la de otros saberes asociados como el botánico. Nos hablan de situaciones y de actores no considerados hasta entonces como protagonistas de la historia de la medicina, como bien se encarga el propio León de ponerlo de manifiesto. Esto podrá comprenderse mejor si se le compara con las narraciones etnocéntricas comunes en aquella época -y aún en la nuestra- que hacían omisión de la diversidad y de la unicidad a la vez, de las experiencias que encontramos en la cultura científica de diferentes sociedades.

La narración de León continúa mostrándonos otro aspecto muy importante y desconocido entonces: que la ciencia local es un producto local. A partir de esta tesis en el texto de León van apareciendo personajes, instituciones, legislación, disciplinas, textos, laboratorios, instrumentos y otros aspectos de la ciencia que son generados localmente por, dice nuestro autor, la acción de “los beneméritos hijos (del Colegio de San Nicolás)”¹⁴ y de otros agentes locales que pertenecen a diferentes sectores de la sociedad michoacana. El alcance de este pronunciamiento historiográfico creo que no ha sido todavía suficientemente asimilado por los historiadores de la ciencia, quienes aún consideran a la ciencia como ajena a las condiciones sociales locales, y la difusión de ésta como una transmisión osmótica entre centro y periferias.

Un ejemplo de ello es la forma como León asigna un papel explicativo a las vicisitudes de la política local, o a la presencia o la ausencia de medios materiales, a la ideología “liberal” o “españolizante”, entre otros. Para este autor se trata de hechos sociales que afectaron positiva o negativamente los sucesivos intentos por dotar a Michoacán de una Escuela de Medicina en la época colonial y en el siglo XIX. Son también interesantes sus comentarios respecto de la migración de jóvenes provincianos a la capital para la

¹⁴ León, Nicolás. *Apuntes para la historia de la medicina en Michoacán*. 1886, p. 114.

realización de sus estudios que no pueden hacer localmente; o bien, sus observaciones sobre el esfuerzo que despliegan algunos individuos para conseguir domiciliar en este caso la medicina en la localidad, lo cual nos habla de una tradición y una cultura de pequeños grupos interesados *malgré tout* en la ciencia. En cuanto al papel que tienen las circunstancias locales hay una clara comprensión, pues dice, por ejemplo: “¡Cuán cierto es que sin las propicias circunstancias y sin teatro apropiado el mérito se ofusca! Esto pasó con nuestro mencionado maestro que, de haber residido en México, habría sido, por sus desarrolladas facultades e instrucción, un Vértiz o un Jiménez, y en Europa, un Nelatón o un Grisoll, pues era tan sabio médico, cuanto hábil cirujano”.¹⁵

Hasta antes de este interesantísimo trabajo la diversidad científica del país era concebida únicamente en el plano geográfico y en el de la fauna, flora y clima que eran estudiadas, y desde el punto de vista humano en el lingüístico y de las artesanías. Pero, para la mirada de nuestro autor la diversidad es también social y cultural. Sus raíces michoacanas no lo llevan a considerar tan sólo la diversidad natural (aunque se ocupó extensamente de la flora de la región y de los botánicos que la estudiaron), sino a las distintas modalidades de la actividad científica realizada en Michoacán en diferentes épocas y bajo diferentes condicionamientos impuestos por las realidades sociales locales.

En trabajos posteriores, Nicolás León acometió empresas mayores como la de documentar bibliográficamente la historia de la ciencia mexicana. A este fin dedicó varias obras como la *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* que empezó a publicar en 1890, la *Biblioteca botánico-mexicana* de 1895 y la ya citada *La obstetricia en México*. En estos dos últimos trabajos particularmente acompañó la información bibliográfica con notas históricas y biográficas, incluyendo regularmente informaciones sobre textos y personajes michoacanos como Juan José Martínez de Lejarza y Pablo de la Llave, o bien sobre la presencia en territorio michoacano de naturalistas extranjeros como Humboldt y Bonpland.

En *La obstetricia en México*, incluyó igualmente notas bibliográficas concernientes a obras michoacanas sobre el tema y referencias a la obstetricia tarasca, a médicos, parteras e inventos obstétricos michoacanos. También aparecen en esta obra una decena de interesantes notas sobre las escuelas de

¹⁵ *Ibid.*, p. 210.

medicina en los estados, para los casos en que no logró disponer de información deja una página en blanco para señalar la ausencia. La nota referente a la Escuela de Medicina en Michoacán es la más extensa y con informaciones no contenidas en su obra anterior sobre la medicina en Michoacán.

Podría decirse que en estos trabajos la mirada de León se extiende ahora al conjunto de la ciencia nacional sin dejar por ello fuera, y esto es lo importante, a la ciencia provincial. Podríamos concluir diciendo que para León las historias particulares de la ciencia de las provincias y de la capital se integran para formar algo más general. Este será el nuevo método que él inaugura en la historiografía de la ciencia nacional. Esto, repito, constituye el mayor mérito de la obra de Nicolás León en nuestro campo y su significado para la actualidad.

El rigor historiográfico reclama el tema provincial

Enrique Beltrán nació en 1903 y murió en 1994 en la ciudad de México. Hizo estudios de ciencias naturales en la Universidad de México y se doctoró en Biología en los Estados Unidos, en 1993. La biografía científica de Beltrán y su bibliografía son igualmente extensas.¹⁶ La que se refiere a la historia de la ciencia comprende más de cien títulos entre artículos, conferencias y libros. En 1962 Beltrán publicó cinco breves ensayos sobre personajes de la ciencia michoacana o de incidencia en ella (Francisco Hernández, Clavijero y Lejarza, Melchor Ocampo, Nicolás León, Dugés y Martínez Solórzano) bajo el título *Las ciencias naturales en Michoacán*. Sólo en estos trabajos se ocupó Beltrán de la ciencia provincial, y el Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita que los reeditó en 1984 los calificó de “excelente esbozo” de la historia de la ciencia en Michoacán.¹⁷

En otro sitio he expresado que considero al doctor Beltrán el más importante historiador de la ciencia mexicana de este siglo. A su trabajo de

¹⁶ Existe una autobiografía de Enrique Beltrán que contiene la bibliografía hasta 1977 de este autor. Enrique Beltrán. *Medio siglo de recuerdos de un biólogo mexicano*. México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia, 1977.

¹⁷ Beltrán, Enrique. *Las ciencias naturales en Michoacán*. (Biblioteca de Científicos Nicolaitas No. 3) Morelia, Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Gobierno del Estado, 1984.

investigador supo agregar el compromiso con la disciplina y el haber sido el constructor de la actual comunidad de especialistas en el tema. Lo cual, en nuestro medio, es una tarea impropia como todos sabemos. En esta oportunidad quisiera destacar un aspecto solamente de la contribución de Beltrán a la historiografía de la ciencia nacional, la referida al papel de la ciencia provincial dentro de la misma.

Don Enrique, era un capitalino al que no podemos adjudicarle sentimientos que lo hicieran proclive al tema provincial. Más bien creo que él disfrutaba su vida en la gran urbe a la que inclusive dedicó un estudio, en 1958, pero no de carácter histórico sino ecológico intentando prevenirla sobre su inevitable deterioro ambiental.¹⁸

¿Qué llevó entonces a Beltrán a ocuparse de temas de la ciencia provincial? Podríamos suponer que su amistad con algunos científicos michoacanos como Manuel Martínez Báez o Ignacio Chávez lo inclinaron a ello; o bien, el hecho de que la Universidad Michoacana le otorgara en 1965 el Doctorado en Ciencias *Honoris causa*, lo hizo sentirse obligado a corresponder a esta institución con este grupo de estudios sobre algunos científicos michoacanos. Ambas suposiciones no pueden ser convincentes puesto que amistad mantuvo con científicos de diferentes partes del país y fueron varias las universidades que lo honraron con doctorados y otras distinciones académicas, sin que por lo tanto dedicara estudios históricos de la ciencia como los mencionados.

Creo sí, que sus múltiples nexos con Michoacán y la admiración que sentía hacia algunos personajes por él historiados pueden haber influido en su decisión de ocuparse de Michoacán, pero no en la de hacer estos estudios sobre la ciencia provincial. Una diferencia significativa con el caso de León es que en Beltrán no era “visceral” su apego a la tierra provinciana, máxime que él pertenecía a una ciudad en donde se difumina con facilidad, por su carácter cosmopolita, el sentimiento “telúrico”. En Beltrán existía, eso sí, un acendrado patriotismo que no es ajeno a su interés por la historia mexicana y no sólo de la ciencia, sino en todos sus ramos. Pero la cuestión antes formulada tiene que ver, según lo pienso, más bien con una convicción racional; tiene que ver con la disciplina de la que es un profesional. Para Beltrán la ciencia provincial era parte de la ciencia mexicana y por lo tanto no podía ni debía ignorarla.

¹⁸ Beltrán, Enrique. *El hombre y su ambiente. Ensayo sobre el Valle de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

La respuesta nos la da en parte el mismo Beltrán en una conferencia que impartió en 1982 en el Congreso Nacional de Zoología realizado en Mazatlán, Sinaloa y que llevó por título “Diez estampas de la Zoología mexicana”.¹⁹ Luego de presentar sumariamente la evolución en México de los estudios zoológicos desde el pasado remoto hasta el presente siglo, Beltrán introduce un apartado que llama “La provincia”, en el que afirma: “Las Estampas anteriores han girado fundamentalmente alrededor de la capital de la República por el tremendo centralismo que con tanto éxito iniciaron los aztecas; y los españoles consolidaron con la omnimoda autoridad del Virrey, que no logró quebrantar el tardío experimento de las intendencias, elaborado por Gálvez.

En el México Independiente hubo muchas luchas continuas entre centralistas y federalistas, que no terminaron hasta 1857 con el triunfo de una Carta Magna que lo consigna en su nombre: Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Pero pese al propósito enunciado, continúa la influencia centenaria de la centralización, que hoy ejemplifica la monstruosa zona metropolitana del Valle de México. Hemos llegado a un punto en que por un proceso centrípeto, no hay otra solución que la fragmentación, proceso centrífugo. Clara demostración de un fenómeno dialéctico”.

Observemos que el llamado de Beltrán para “ir” a la provincia y acabar con el centralismo es el resultado de una convicción surgida en él después de observar la evolución histórica del país.

Hablando, más adelante, de las ciencias biológicas elogia los esfuerzos que los biólogos estaban llevando a cabo para extender los estudios de Biología fuera de la capital. Pero, observa que: “La centralización no sólo se manifiesta por la escasez tradicional de personas que en los Estados cultiven las ciencias biológicas, sino también, desgraciadamente, por la falta de información que en el Distrito Federal tenemos sobre lo que nuestros colegas de los Estados hacen y publican”.

También escasean seriamente fuentes de consulta al respecto. “Creo que el único estado del cual se ha escrito es Michoacán, al que en 1962 dediqué un pequeño libro sobre el desenvolvimiento de las ciencias naturales en la Entidad”. Tal libro es el que antes he citado.

¹⁹ Beltrán, Enrique. *Diez estampas de la zoología mexicana*. Mazatlán, Escuela de Ciencias del Mar, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1983.

En la parte final de este breve apartado el autor refiere en algo más de una página los de estudios biológicos realizados en Michoacán, Puebla, Guadalajara, Nuevo León y Veracruz durante el siglo XIX. Concluyendo en los siguientes términos: “Los magros datos que esta estampa ofrece, muestran que la zoología no ha tenido grandes oportunidades de desarrollarse en la provincia; aunque hoy, afortunadamente, parece que la situación está mejorando. Cuánto impulso pueda brindársele será valiosa aportación”.

En estas breves indicaciones del doctor Beltrán pueden percibirse sus motivaciones para acudir al ámbito provincial. Se trata de un terreno que ha sido descuidado por causa del centralismo que tradicionalmente ha conocido el país y los historiadores de la ciencia deben considerarlo en sus reconstrucciones del pasado. La falta de información, por otra parte, ha sido en la principal dificultad para la incorporación de tales regiones a la historia de la ciencia nacional.

Para finalizar, deseo señalar que estos magros antecedentes, para utilizar la misma expresión empleada por el Dr. Beltrán, de la historiografía mexicana sobre la ciencia provincial, a pesar de ser tan limitados son de gran importancia para nuestros trabajos. Se trata de una senda que fue señalada hace algo más de cien años por Nicolás León pero que no ha tenido casi transeúntes. Con los instrumentos analíticos que ahora poseemos, sin duda los estudios provinciales que se emprendan habrán de mostrarnos una imagen nueva y vigorosa de la ciencia y sus actores tanto locales como externos.

ENTRE SAN JERÓNIMO Y *EL PRÍNCIPE*: LOS CIENTÍFICOS ANTE SU IMAGEN Y SU PÚBLICO*

Antonio Lafuente

Imágenes especulares, imágenes distorsionadas

Si algo caracteriza a la ciencia no es tanto su *opacidad* como su *ubicuidad*. Tan sólo una ligera mirada basta para tomar conciencia de hasta qué punto vivimos en una sociedad que mira continuamente hacia la ciencia en busca de soluciones para los graves problemas con que se enfrenta nuestro mundo. Desde las crisis económicas a las amenazas para la salud, pasando por los problemas de tráfico, los derivados de la contaminación y hasta los del paro, todo parece remitirnos a una solución que para ser reconocida como tal requiere una legitimidad que en apariencia sólo la ciencia puede otorgar. El fenómeno es paralelo al de la progresiva alineación de la ciudadanía respecto a las prácticas, ideas y métodos que emplean los científicos para alcanzar las conclusiones de sus trabajos y los remedios que nos proponen como una especie de bálsamo universal. La situación, como tantas veces se ha denunciado, es dramática.

* Conferencia magistral dictada el 27 de agosto de 1996 en el V Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología.

El enfoque aquí adoptado evitará, sin embargo, recrear el ya añejo problema, de las dos culturas relanzado por Snow en nuestra centuria. Probablemente sigue vigente y con seguridad está en la base de muchos de los discursos que animan proyectos como los programas de extensión universitaria o educación para adultos y de las múltiples exposiciones dirigidas a la promoción de una cultura científica popular. La ingente literatura orientada en esta dirección, aquí apenas insinuada, insiste en la necesidad de tender un puente entre dos mundos que tienden a distanciarse. Parece claro que si -como se admite en las ideologías vulgarizadoras- ubicamos el conocimiento verdadero en el lado de la ciencia, al otro extremo del puente no encontraríamos más que el fracaso de una sociedad en sus tentativas de aminorar la proliferación galopante y por doquier de la ignorancia.

No obstante, quienes han venido dedicándose al estudio de la divulgación científica han dado por hecho que primero, dicha transmisión del saber se produce y que en segundo lugar, los destinatarios de los distintos proyectos vulgarizadores no son sino agentes pasivos y extremos inertes en la cadena de comunicación vertical que conecta a las élites cultas con el público receptor. Esto explica que los estudios sobre la ciencia hayan venido considerando los problemas asociados con la popularización de la ciencia como un asunto menor, epifenoménico, que apenas merecía unas líneas en las monografías más acreditadas. Los dos postulados están siendo, sin embargo, ampliamente cuestionados debido a nuestra mayor comprensión de la dimensión comunicativa de la ciencia y al mejor conocimiento del impacto real que las empresas divulgadoras, especialmente los museos y los *science centers*, tienen sobre la cultura de los visitantes.

Empecemos por este segundo punto. Una parte considerable de la literatura destinada al análisis del público que visita los *science centers* comienza a asimilar al visitante a la categoría de *Window-shoppers*;¹ es decir, su comportamiento es comparable al de quien aprovecha el tiempo de ocio para pasear por un centro comercial mientras se detiene en los escaparates que logran captar su atención. Se ha reemplazado así la inicial euforia divulgadora por un pesimismo que desacredita antiguas utopías educativas. La opulencia técnica y arquitectónica de estos centros, antaño bautizados como catedrales laicas, ha favorecido una bulimia cultural que parece un nuevo disfraz para

¹ Miles, R.S. "Museums and the communication of science", en: *Communicating Science to Public*. New York, John Wiley & Sons, 1987, pp. 114-122.

la indigencia. Los análisis se basan en encuestas realizadas al público tras la visita y posteriormente repetidas, seis meses más tarde, para contrastar sus primeras respuestas y determinar la huella dejada por la visita: los resultados no han sido muy esperanzadores, pues resulta casi residual el porcentaje de encuestados que declaran haber efectuado alguna lectura complementaria o mantenido alguna conversación sobre el contenido de la exposición.

Quizá sea apresurado declarar la bancarrota de este modelo paradigmático de divulgación científica y de hecho, empieza a ser significativo el número de expertos en museología que insisten en la conveniencia de introducir una mayor presencia de contenidos históricos en detrimento de los módulos demostrativos y las vitrinas interactivas. La introducción de nuevas técnicas museográficas o de una diferente filosofía museológica, sin embargo, no anula por completo el problema que plantea el distanciamiento entre la ciencia y el público o como prefiere denominarlo Bernadette Bensaude-Vincent, el de los sabios y sus otros:² gente definida negativamente por lo que ignora y cuya redención, como hiciera San Jerónimo, requiere una *Vulgata* que vierta el saber al lenguaje común.

¿Qué función desempeñan entonces tantas instituciones dedicadas a la divulgación de la ciencia? Una pregunta que inevitablemente nos conduce a la cuestión de si siempre ha ocurrido lo mismo o aún a la más general de por qué políticos y científicos han acordado históricamente emplear tanto tiempo y no menos recursos a programas de popularización científica. Como ha explicado magníficamente Shapin,³ lo primero que conviene recordar es que las relaciones entre sabios e ignorantes no tiene nada de natural o de inevitable, sino que han sido construidas históricamente. De hecho, quienes fueron actores principales del proceso que conocemos como Revolución Científica apelaron a los sentidos, la observación directa y el lenguaje vernacular como signos distintivos del saber verdadero frente a la abstrusa jerga peripatética o su desprecio a las evidencias procedentes de la experiencia ordinaria. Así, durante los siglos XVII y XVIII, el conocimiento deseable era propiamente el conocimiento público. Y aquí *público* se emplea como una categoría comparable a la que en el lenguaje jurídico tiene el término *testimonio probatorio ante*

² Bensaude-Vincent, Bernadette. "Les savants et leurs autres", *pre-print* presentado en el Séminaire del CRHST de la ville. Aparecerá en *Diogène*, mars de 1995.

³ Shapin, Steve. "Science and the Public", en: R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie & M. J. S. Hodge. *Companion to the History of Modern Science*. London, Routledge, 1988, pp. 990-1007.

tribunal. Por ello Boyle y sus colegas de la Royal Society -como han explicado Shapin y Schaffer-⁴ llevaban a cabo sesiones experimentales públicas eligiendo cuidadosamente a los asistentes entre las personalidades más destacadas de la sociedad local, cuya función legitimadora del nuevo saber procedía de su capacidad para testificar públicamente sobre lo presenciado. Igualmente el público fue requerido en el entorno jacobino de la Francia revolucionaria, como mostraron Gillispie y Hahn, para acusar a la Academia de Ciencias y al modelo de *savant* por ella institucionalizado de aristocrática -e incluso, gótica- debido a su distanciamiento respecto a las preocupaciones de la gente común y, en especial, por su desdén hacia los artesanos y los saberes útiles. Un discurso que con ciertos matices diferenciales también encontraremos entre algunos miembros destacados de las élites criollas de finales del siglo XVIII, como Alzate en México y Caldas en Nueva Granada. Durante esta primera fase de desarrollo de la ciencia moderna el público no es, pues, definido por su ignorancia, sino muy al contrario por su capacidad testimonial como principal garante de la legitimidad social por la que luchan los hombres de ciencia.

De este modo puede decirse que la relación entre ambos mundos era más íntima y fluida que la que llegó a establecerse durante el siglo XIX, cuando los científicos optan por una *autonomía* fundamentada en su supuesto desinterés por los asuntos mundanos y su exclusiva dedicación a la búsqueda de la verdad. Sin duda, dos factores contribuirían decisivamente a este distanciamiento: de una parte, la creciente especialización que desviaría la necesidad de legitimación hacia los colegas de otras disciplinas.⁵ Divulgar la ciencia adquiriría así una nueva función reconstructora de la Babel en la que se había fragmentado el discurso sobre la naturaleza. El segundo factor aludido hace referencia a la creciente sustitución de todas las formas de patronazgo por una *profesionalización* del científico como miembro de la administración pública. El Estado nacional reemplaza al público y siempre toma en su nombre la palabra. El público ahora queda reducido a la condición de ignorante, afirmación que sin embargo, no es contradictoria con el hecho indudable de que el proceso descrito ocurre en la edad de oro de la vulgariza-

⁴ Shapin & Simon Schaffer, Stevent. *Leviathan and the Air-pump: Hobbes, Boyle, and the experimental life*. Princeton University Press, 1985. También: Simón Schaffer. "Natural philosophy and public spectacle in the Eighteenth century", *History of Science* 21, 1983, pp. 1-43.

⁵ Bensaude-Vicent, Bernardette. "Un public pour la science: l'essor de la vulgarisation au XIXème siècle", *Réseaux. Communication Technologie Société*, mars-avril, 1993, pp. 47-65.

ción científica,⁶ el momento en que Flammarion, Verne o Huxley, por no hablar de un sinfín de autores acaso hoy desconocidos, cosechaban un éxito fuera de toda duda y lograban espectaculares ediciones de sus obras. Es la época de las exposiciones universales o de la apuesta positivista en favor de la nueva religión de la ciencia.⁷ Todo ello, no obstante, ocurre mientras se procede a la degradación sistemática del ciudadano como *el otro* del científico, una reducción que le hunde en la infeliz -y con frecuencia culpable- naturaleza del ignorante irredento.

¿Creían los divulgadores decimonónicos en esa condición de mediadores, de traductores de un saber que siendo crecientemente críptico podía ser vertido sin traicionar el fondo de los temas tratados? Durante mucho tiempo la historiografía canónica, partiendo del supuesto de que en la práctica nada tenía que ver la ciencia oficial con los procedimientos y metas de la divulgación, consideró un hecho incuestionable y meritorio la existencia de puentes de comunicación. Sin embargo, estudios más recientes parecen inclinarse por la hipótesis contraria, hasta el extremo de asignarle a la citada literatura divulgadora una mera función propagandística.⁸ Desde esta perspectiva, los científicos presentaban a las clases populares una *vitrina* en donde se representaba justamente el drama que subliminalmente aseguraba la emisión y recepción de dos mensajes: el primero, que todo cuanto afectaba a la ciencia era una cuestión de expertos; el segundo, que nada podía hacerse para remediarlo.⁹ Mientras los científicos aseguraban así las fronteras del campo de acción social del que se consideraban propietarios en exclusiva, la población accedía a concederles tan amplios márgenes de autonomía a cambio de la promesa de progreso y bienestar social.

El problema con nuestra historiografía ha sido, en este como en otros puntos, su inveterada vocación apologética y su insuperable visión teleológica del progreso; es decir, su capacidad para presentarnos el pasado como un

⁶ Raichvarg, Daniel & Jean Jacques. *Savants et ignorantes. Une histoire de la vulgarisation des sciences*. Paris, Seuil, 1991. También: B. Béguet, ed. *La science pour tous, la vulgarisation scientifique en France de 1850 à 1914*. Paris, Editions du CNAM, 1990.

⁷ Greenhalgh, Paul. *Ephemeral Vistas. The Expositions Universales, Great Exhibitions and World's Fairs, 1851-1939*. Manchester University Press, 1988. Antonio Lafuente. "La cultura técnica como espectáculo", en: *Política Científica*, N° 31, 1992, pp.22-25.

⁸ Un análisis de estas polémicas puede encontrarse en Y. Jeanneret. *Ecrire la science. Formes et enjeux de la vulgarisation*. Paris, PUF, 1994.

⁹ El debate historiográfico aquí resumido puede encontrarse en: Daniel Jacobi. *Diffusion et vulgarisation. Itinéraires du texte scientifique*. Paris, Les Belles Lettres, 1986.

antecedente necesario de nuestro presente, como el escenario de una lucha entre las sombras y la luz, entre vencedores y vencidos, entre la República de las Letras y la República Civil, un combate nunca terminado, aunque siempre victorioso, de los sabios contra los ignorantes. Semejante visión ha tendido a ocultar los combates acaecidos en el proceso de constitución histórica de las diferentes ramas científicas y de todas ellas en su conjunto respecto a los saberes expulsados al otro lado de la línea que divide lo científico de cualquier otro discurso que no lo es. En este contexto, la divulgación científica es entendida como otra de las formas de acción de la comunidad de sabios y no como una manifestación generosa hacia el público o claudicante respecto al rigor. Habría pues un *continuum*¹⁰ de textos escritos por los científicos dirigidos hacia los distintos públicos de los que esperan obtener apoyo en las intensas luchas por controlar lo que Bourdieu llamó *campo científico*,¹¹ un espacio de poder cuya importancia era palpable y creciente desde finales del siglo XVIII.

No sólo la categoría de público debe ser reformulada para incorporar, junto a los legos, tanto a los colegas de otras disciplinas como a los políticos que administran los disputados recursos disponibles. No son, pues, tan pasivos los destinatarios de la hasta ahora menospreciada literatura de divulgación, sino muy al contrario actores decisivos en la configuración de todo cuanto afecta al ámbito de lo científico. Disponemos ya de estudios -no muchos, aunque sí contundentes- que prueban cómo en la emergencia de un nuevo campo de estudios resulta decisiva la implicación del público, llegando a inclinar la balanza entre lo oficial y lo marginal, entre lo ya constituido y lo emergente; lo libertino, vital o revolucionario, como ocurrió con las ciencias de la vida en el siglo XVIII, la ciencia romántica en el XIX o la mecánica cuántica en nuestra centuria.

Los estudios de las polémicas científicas han aclarado hasta qué punto la no replicabilidad de los experimentos o la ambigüedad característica del lenguaje, también del científico, han obligado a los polemistas a buscar entre sus pares un consenso precario o provisional y a disputarse el favor de un

¹⁰ Esta sería la tesis compartida por los autores que participan en Terry Schinn & Richard Whitley (editores), *Expository Science: Forms and Functions of Popularisation*. Dordrecht, D. Reidel Pb. Co., 1985. Ver también S. Hilgartner, "The dominant view of popularization: conceptual problems, political issues, political uses". *Social Studies of Science*, 20, 1990, pp. 519-539.

¹¹ Bourdieu, Pierre. "Le champ scientifique", *Actes de la Recherche en sciences sociales* 2-3, 1976, pp. 88-104.

público cuya opinión concedía o no el beneficio del mayor o menor acuerdo con el sentido común, circunstancias que en términos generales, han sido los factores que históricamente han decidido el resultado de las controversias.

Todas estas reflexiones apuntan, de forma nada velada, a una crítica a la forma tradicional de considerar el tema de la popularización de la ciencia, al tiempo que se erigen en una abierta reivindicación de la importancia de este nuevo campo de estudio sobre la ciencia.¹² Pero, por fuerza, el tema de los públicos de la ciencia nos remite a una cuestión con la que está íntimamente relacionada y que no es otra que la de la imagen de los científicos. Abordar este importante tema requiere adoptar una doble perspectiva: por un lado, se hace preciso analizar la imagen que la opinión pública se ha construido de los científicos, con independencia de los esfuerzos de éstos por adscribirse interesadamente a unas u otras; por otro, tomar debidamente en consideración el miedo que ha suscitado esa extraña capacidad, de la que siempre han presumido, de poder desentrañar las fuerzas que gobiernan el mundo y que supuestamente, podrían siempre controlar. Preguntarse, por la cambiante imagen de los científicos nos lleva necesariamente a contraponer, de la mano de la siempre vigorosa cultura popular, los arraigados -pero no por ello fácilmente compatibles- mitos del científico prometéico y el científico fáustico.

Fausto vs. Prometeo: dos deidades ambiguas

No parece necesario extenderse en el impacto que sobre el imaginario simbólico colectivo han tenido y siguen teniendo tan potentes medios de difusión de ideas, valores e iconos. En realidad, no es exagerado afirmar que la mayor parte de lo que sobre ciencia sabe un ciudadano normal lo ha aprendido probablemente a través de dichos medios. Así pues, explorar este territorio, siquiera brevemente, nos hablará tanto acerca de lo que los agentes de la popularización científica piensan como, sobre todo, acerca de lo que el público -en el sentido pleno de la palabra- piensa o intuye sobre el funcionamiento de la ciencia. Es justo reconocer que la ciencia ha sido el más potente inductor de mitos de nuestro tiempo: probablemente ninguna otra

¹² Ordóñez Javier & Alberto Elena, (editores) *La ciencia y su público*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Estudios sobre la Ciencia, 1990.

actividad humana haya exhibido una capacidad de ensoñación colectiva mayor que la ciencia. Bastarán algunos ejemplos para probarlo: ¿Hay algo comparable al Big Bang, al genoma y la manipulación genética, a la bomba atómica, a los ordenadores, al Sida, a los vuelos espaciales, los extraterrestres, la ecología, las profundidades de la psique,...? No es necesario prolongar la lista para reparar en esta portentosa virtualidad onírica de la empresa científica.

A la base multiforme de tal fascinación por la ciencia se encuentran sin duda, y entre muchos otros elementos, las obras pioneras de la literatura de ciencia ficción del siglo XIX. Comparar en líneas generales la obra de Julio Verne con la de H.G. Wells puede, aun dentro de su parcialidad y limitaciones, esclarecer convenientemente la naturaleza de los poderosos estereotipos que de la ciencia y los científicos nuestro siglo ha recibido.¹³

En la prolífica producción literaria de Verne encontramos un inconfundible optimismo ante la ciencia y la tecnología, característico del utopismo que amparaban los ingenieros saint-simonianos, aquéllos que lograron abrir el canal de Suez y atraer a docenas de millones de visitantes a esos magníficos templos consagrados al Maquinismo y al Progreso que fueron las Exposiciones Universales. La obra de Verne puede ser vista como un épica de la comunicación mecánica: globos, submarinos, trenes, naves espaciales... instrumentos todos ellos, de ida y vuelta, que permiten un distanciamiento de la realidad que es aprovechado para reflexionar sobre la propia civilización. En estas odiseas imaginarias hay siempre un tratamiento optimista de la sociedad industrial y de la figura del científico, alguien llamado a responsabilizarse de los problemas que aquejaban a la sociedad. Si hay también destrucción o errores preocupantes, ello se debe a que Verne, aunque benévolo con los científicos, es no obstante crítico con su sociedad. Tanto en Verne como en Mary Shelley o Herman Melville se da una crítica radical al espíritu fáustico individual y una apuesta sincera en favor del mito contrapuesto de la búsqueda prométeica de la utopía.

Las sombras que despuntan en esta literatura del siglo XIX se hacen dominantes en la obra rupturista de Wells, alguien para quien el *novum* que anuncia la ciencia ya no es un paraíso maquinista, sino una pesadilla en la que seres venidos de otros mundos o devastadoras guerras retrotraerán a la

¹³ Ver, por ejemplo: Darko Suvin. *Metamorfosis de la ciencia ficción. Sobre la poética y la historia de un género literario*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984. También: David Pringle. *Ciencia Ficción. Las 100 mejores novelas*. Barcelona, Minotauro, 1990.

humanidad hasta etapas incipientes y brutales de su evolución. En Wells el relato se vertebra habitualmente en torno a una fuerza supraindividual e inesperada contra la que un héroe abnegado y filantrópico, ajeno a la complacencia y autosatisfacción de lo cotidiano, ha de enfrentarse, resistiendo la fatal regresión biológica hacia la destrucción. Toda la obra de Wells es en ese sentido un alegato contra la fatua sociedad victoriana y contra el científico arrogante y demoníaco, capaz de poner en circulación fuerzas que luego no sabe controlar. Con él se acaban las brillantes certezas de la física newtoniana y se abren terribles presagios sobre la guerra entre mundos, la alquimia de los genes o los occidentes de la evolución.

Este es el mundo que lentamente se hará dominante en la literatura de ficción de nuestro siglo. Los paraísos socialistas, descritos por William Morris y otros, alumbrados por científicos conscientes y generosos son reemplazados en películas como *Metrópolis* de Fritz Lang o novelas como *Un mundo feliz* de Aldous Huxley por sociedades opresivas habitadas por robots o seres sin memoria y gestionadas por pseudo-Prometeos que prometen la felicidad al precio de la libertad. Si la novela y el cine pronto comenzaron a desconfiar de la ciencia y decretaron la prevención frente al mito fáustico, para después desconfiar de Prometeo por el riesgo de su perversión, la opinión pública sobre la ciencia y la tecnología ha preservado a lo largo de nuestro siglo una ambivalencia esencial en la que en palabras de Marcel LaFollette, “el mensaje parece claro: si la ciencia te lo da, la ciencia te lo puede quitar”.¹⁴

Tal ambivalencia apunta no solamente al hecho de que el respaldo público a la empresa científica sea un tanto *blando* y pueda así verse condicionado por determinados sucesos de actualidad o por el influjo de ciertos grupos de opinión a través de los medios de comunicación de masas,¹⁵ sino de que en la cultura popular coexistan normalmente visiones contrapuestas, pero no por ello menos vigorosas, del papel de la ciencia y la técnica en la sociedad, así como imágenes enfrentadas de sus practicantes, los científicos. Magos deslumbrantes, oscuros pero eficientes expertos, demiurgos capaces de lo mejor y de lo peor, héroes comprometidos con el progreso de la humanidad: estos cuatro arquetipos se repiten por doquier en las más variadas

¹⁴ LaFollette, Marcel. *Making Science Our Own. Public Images of Science, 1910-1955*. Chicago, 1990, p. 175.

¹⁵ Pion, Georgine M. y Mark W. Lipsey. “Public attitudes toward science and technology: What have the surveys told Us?”, *Public Opinion Quarterly*, Vol. 45, 1981.

manifestaciones de la cultura popular sin que quepa detectar un patrón coherente para sus comparecencias.¹⁶ Pero, tras esta caleidoscópica y multiforme imagen de la ciencia en la cultura popular, un rasgo emerge con toda nitidez. Sea cual fuere la visión que del científico se nos ofrezca, éste es siempre presentado como un ser singular, distinto de la gente común por más razones que la de su mera profesión.

Fuera de toda duda, el estereotipo más difundido de la cultura popular es el del *científico loco*, el sabio malvado que -con base en los más variados motivos- anhela dominar el mundo o, en su defecto, destruirlo con el asombroso poder que sus conocimientos le confieren.¹⁷ Incontables revisitaciones de esta figura fáustica pueblan las páginas de otros tantos *comics* y novelas orientadas a un público popular, así como las imágenes de innumerables películas y telefilmes. En todos estos foros el científico parece convocado como un mero antagonista del héroe y su intrínseca maldad (o en determinadas variantes, con acceso a poderes que eventualmente escapan a su control) le aleja en la percepción popular del prototipo de hombre de la calle con el que eventualmente podría identificarse. Pero, sin necesidad de considerar este caso extremo -aunque se trate del más característico de la cultura popular-, otras presentaciones más neutras o incluso positivas de los científicos subrayan igualmente esta *diferencia* con respecto a lo que implícitamente se considera *normal*. ¿Cómo no recordar aquí la magnífica e idealizada descripción de Sinclair Lewis en su conocida novela *El doctor Arrowsmith*, una de las piezas maestras del género que nos ocupa? La definición que Lewis hace del científico no tiene desperdicio: “Jamás había cenado con una duquesa, jamás recibió un premio, jamás le habían hecho una entrevista, jamás hizo nada que el público pudiera entender ni, desde sus amoríos de colegial, tuvo experiencia alguna que la gente pudiera considerar como romántica. Era, en verdad, un auténtico científico”. Una descripción que recrea y actualiza la vieja leyenda que quiso que Tales se cayera al pozo por caminar absorto en sus pensamientos, imagen por antonomasia del aislamiento del científico respecto a su entorno social.

¹⁶ Véase: Marcel LaFollette. *Op. Cit.*, pp. 98-108.

¹⁷ Véanse a este respecto: Spencer Weart. “The Physicist as Mad Scientist” *Physics Today*, Junio, 1988, pp. 28-37, y Andrew Tudor. *Monsters and Mad Scientists. A Cultural History of the Horror Movie*. Oxford, 1989, especialmente pp. 133-157. También: Joan Bassa & Ramón Freixas. *El cine de ciencia ficción. Una aproximación*. Barcelona, Paidós, 1993.

A falta de otros atributos distintivos, el *buen científico* que presenta la cultura popular es invariablemente un personaje harto peculiar. Tan pronto como trascienda el rol subordinado del técnico de laboratorio entregado a rutinarios trabajos al servicio del héroe (por ejemplo, los eficaces, pero oscuros, criminólogos de las películas policíacas), el científico adquiere un halo de excentricidad. La empresa científica parece no tener demasiado que ver con la vida cotidiana, ni quienes participan en ella compartir las preocupaciones mundanas del ciudadano medio: los científicos son siempre genios solitarios capaces de una entrega sobrehumana a su labor y de constantes sacrificios en aras de una investigación que se reclama decisiva para la humanidad. Esta imagen arquetípica del *buen científico* en la cultura popular no se agota, sin embargo, los estereotipos fácilmente reconocibles al respecto y de este modo aquél “suele ser presentado como un individuo anodino, un tanto excéntrico o antipático, que rige su vida por la lógica a expensas de padecer un cierto déficit en lo tocante a las pasiones humanas”.¹⁸ De entrada, su apariencia personal tiende ya a resultar inconfundible para el público: bueno o malo, lleva bata blanca, casi siempre usa gafas, alterna la calva con la perilla o el cabello ensortijado a la manera de Einstein, y en general suele ser de una atípica complexión física. Pero, además, es un individuo un tanto descuidado en su aspecto personal, bastante despistado y -como Arrowsmith- decididamente poco atractivo para las mujeres.

No es necesario apelar al *científico loco* empeñado en raptar rubias y angelicales vírgenes merced a sus extraordinarios y maléficos poderes para detectar que algo va mal en la sexualidad del científico que la imaginación popular ha dado en componer. Esta deficiencia sentimental del científico parecer ser el obligado precio a pagar por su monástica consagración a la empresa científica. En efecto, los hombres de ciencia de que nos habla la cultura popular suelen ser viudos, divorciados o solteros recalcitrantes más por necesidad que por vocación; aún cuando estén casados, la relación jamás es presentada como un estallido pasional capaz de conmover al público, sino como un mero estatus que parece convenir a una figura que se quiere socialmente respetable. Sea como fuere, sus dificultades en el trato con el otro sexo se explotan con insistencia y no poca milicia: la imagen ofrecida por Jerry

¹⁸ Basalla, George. “Pop Science: The Depiction of Science in Popular Culture”, en: Gerald Holton y William A. Blanpied (eds). *Science and its Public: The Changing Relationship*. Dordrecht-Boston, 1976, p.266.

Lewis en su admirable *El profesor chiflado* es ciertamente radical, pero no tiene nada de insólita.

En un ya clásico estudio sobre el tema de la imagen pública de los científicos en el periodo 1945-1975 George Basalla concluyó -no sin cierta sorpresa- que los rasgos esenciales de la imagen popular de la ciencia permanecían básicamente invariables a lo largo de estas tres décadas. Aunque dicha tesis encierra su buena dosis de verdad y los estereotipos populares se repiten hasta la saciedad, la tesis de Basalla requiere al menos una importante cualificación. En efecto, la inflexión hacia imágenes más negativas a raíz de la Segunda Guerra Mundial -encontrando su punto álgido en la década de los sesenta- parece demasiado evidente como para ignorarla. Dos casos emblemáticos de esta crisis en el seno mismo de la comunidad científica son los de Majorana y Szilard,¹⁹ casos que inevitablemente encontrarán su correlato en una cambiante imagen pública de la actividad científica en el último medio siglo.

Majorana, calificado por Fermi como uno de los dos o tres físicos más brillantes del siglo, vendría inopinadamente a engrosar las crónicas de sucesos de la prensa italiana. Los hechos son como siguen: en 1938 hizo un viaje que debía trasladarle en barco desde Sicilia a Nápoles, pero nunca llegó a su destino. La noticia conmocionó a Italia. Se especuló con variadas hipótesis, aunque la versión oficial certificó el suicidio. Pero, ¿por qué tan dramático final? Se extendió la opinión de que tenía un carácter depresivo, circunstancia sobre la que había testimonios, y se archivó el caso. Naturalmente el asunto no dejó a todos contentos por igual y años más tarde, Leonardo Sciascia escribiría un relato novelado, *La desaparición de Majorana*,²⁰ en donde basándose en sus propias investigaciones y en alguna fabulación verosímil, propone la tesis de que en realidad no había muerto, extremo que nunca se ha podido probar, sino que se retiró a un convento aterrado ante los horrores a los que inevitablemente conducirían las investigaciones en física nuclear. En pocas palabras, lo que Sciascia pretende es resucitar a un personaje que merecería los honores de un héroe ético que aun cuando no sea rampante, se aproxima al mito del ángel caído: un nuevo Fausto que como el de Goethe, es redimido mediante un final feliz religioso y que Sciascia no quiere sepultar en el olvido.

¹⁹ Waysand, Georges. "Szilard et Majorana", en: Dominique Janicaud (ed.) *Les pouvoirs de la science. Un siècle de prise de conscience*. París, J. Vrin. 1987.

²⁰ Sciascia, Leonardo. *La desaparición de Majorana*. Barcelona, Editorial Juventud, 1994.

El otro caso mencionado es el del físico húngaro Leo Szilard, alguien que tras leer en 1932 *La guerra de los mundos* de Wells, llega a la conclusión de que el futuro ha sido ya inquietantemente previsto. Además de huir de la Europa dominada por el fascismo, advierte a las autoridades americanas sobre el peligro que supone la carrera nuclear alemana. Lo que sigue se cuenta en pocas palabras: comprometido en el Proyecto Manhattan, comienza a tener serias dudas sobre su trabajo cuando comprende que la guerra ha terminado en Europa y que lo que queda de conflicto podría resolverse con medios menos agresivos que los que se emplearían en Hiroshima y Nagasaki. A partir de ese momento sus preocupaciones se orientaron en un sentido totalmente contrario a las que le caracterizaran unos años antes; consecuentemente, las incertidumbres que lo conducirán al abandono de la física por la biología y a la fundación del *Bulletin of Atomic Scientists*.

¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú (título español de lo que en el original reza como *Doctor Extrañoamor o cómo aprendí a amar la bomba y a dejar de preocuparme*), la famosa película de Stanley Kubrich, será -a comienzos de los sesenta- la primera sonada respuesta popular a tales inquietudes, inaugurando un largo y nutrido repertorio de visiones críticas, cuando no abiertamente apocalípticas, del papel de la ciencia y los científicos en la sociedad contemporánea. ¿Cómo conciliar éstas con las apologéticas, y aun hagiográficas, biografías de grandes hombres de ciencia tan al gusto de la cultura popular? ¿Cómo explicar estas imágenes contradictorias del tradicional demiurgo mirífico y el nuevo ángel exterminador? ¿Cómo explicar este dramático desplazamiento de Verne a Wells sin que por ello se quiebre una buena dosis de confianza pública en los artífices del progreso? La ambivalencia de la visión popular de la ciencia y los científicos parece resistir cualquier tentativa de análisis. Pero, ahí donde los propios científicos buscan ofrecer una imagen autocomplaciente de su actividad y el público genera incontables variaciones de unos mismos arquetipos, historiadores y sociólogos de la ciencia parecen haber determinado finalmente que es hora de proceder a un estudio científico riguroso de la propia naturaleza de la empresa científica.

Maquiavelo en el laboratorio

¿Cuál es, en realidad, el problema que subyace a todas estas imágenes contradictorias? ¿De dónde procede la dificultad para conocer a qué rol se ajusta mejor el comportamiento de un científico? No basta, desde luego, con admitir que los científicos son humanos, que a veces cometen fallos, que el sistema que han institucionalizado no es perfecto o reconocer, incluso, que hay más excepciones de las que se publicitan. La cuestión es, en última instancia, saber si la ciencia puede ser estudiada científicamente. O, dicho en otros términos, si podemos observar el comportamiento de los científicos con independencia de cuáles sean sus contribuciones al progreso de la razón o de cuál es su talante ético; es decir, al margen de cualquier connotación moral, tal y como etnólogos y antropólogos se sitúan ante tribus que obedecen a patrones culturales distintos a los nuestros.

Hace unos años, Alain Touraine propuso la tesis de que cada momento histórico ha tenido un *locus* privilegiado en donde se han creado, recreado y exportado los valores que han cohesionado o modificado el sistema social. Así, al monasterio medieval siguió el palacio renacentista, el complejo industrial decimonónico y por fin, en nuestra época, el laboratorio. Aceptando que el laboratorio sea ese *locus* capaz de experimentar con valores como la excelencia, la competitividad, la eficacia, la sociabilidad, el rigor, la meritocracia, etcétera y de enseñar nuevas utopías, para después exportarlos al conjunto de la sociedad como valores modélicos y mundos deseables, entonces el estudio que merece tal epicentro cultural exige renunciar a la cláusula de excepcionalidad que para la ciencia reclamaron Merton y Durkheim. Se haga buena o mala ciencia, el laboratorio debe ser analizado como un lugar donde se disuelve la dialéctica entre política (el ámbito del poder) y ciencia (el ámbito del saber). Seguir a los científicos es entrar con ellos en sus instituciones y mediante la observación participante, anotar en qué emplean su tiempo, cómo diseñan el experimento y alcanzan la convicción de que ya disponen de datos suficientes, qué relación mantienen con sus colegas, qué función desempeña la comunicación en seminarios, en conferencias o por fax y teléfono, cómo se estructuran las relaciones jerárquicas y, por fin, cómo dan de sí mismos una imagen coherente de su actividad mediante la redacción de todas las modalidades de textos que salen de sus manos (artículos técnicos,

informes, memorias a la administración o columnas periodísticas).²¹

Una metáfora de éxito entre los seguidores de esta línea de análisis, que se ha dado en conocer como *Hard Program*, es comparar la tarea que tienen que realizar con la que Maquiavelo llevara a cabo en su obra sobre Cesare Borgia, su modelo de *Príncipe* renacentista.²² Un Príncipe que contrata mercenarios para aplastar una revuelta y que tras cumplir su cometido, los ofrece como precio por la violencia utilizada. Maquiavelo no se propone destruir al Príncipe, aun cuando algunas de sus osadías le costaran la libertad, sino entrar en palacio y describir cómo se desempeña realmente el ejercicio del poder, sustituyendo el modelo idealizado del Príncipe por otro que es calculador, cínico y eficiente. Su análisis contribuyó tanto a desestabilizar un mito añejo como a iluminar deficiencias y posibles mejoras.²³ Aspecto, este último, que es utilizado por los constructivistas para protegerse contra la acusación de ser anticientíficos y propiciar una vuelta al irracionalismo por la vía de un relativismo radical.

Tras la analogía, volvamos a la realidad de la empresa científica. ¿Qué dicen haber descubierto estos nuevos maquiavelos de los sociólogos adscritos al Programa Fuerte? Pues que estamos ante personas que habitan en medio de una feroz lucha por salir del anonimato, empeñados en la dura tarea de lograr recursos y reconocimientos, dos necesidades en apariencia insaciables. El laboratorio no es un espacio armónico y ordenado: al contrario, es un universo caótico, plagado de secretos, intereses y grupos en competición. Todo conspira para que se produzca la publicación rápida y, por tanto, no hay holgura de tiempo: los experimentos tienen que funcionar y siempre apremian los plazos.

Las teorías científicas -entendiendo por ello aquí no propuestas como la teoría general de la gravitación o la mecánica cuántica, sino pequeños modelos que desarrollan aspectos particulares de algún fenómeno natural- siempre están experimentalmente infradeterminadas; es decir, los científicos nunca proceden por inducción completa, sino que hacen experimentos hasta que

²¹ Entre las muchas presentaciones del *Strong Programme* bastará para los fines de nuestro texto citar la elaborada por Richard D. Whitley, "From the sociology of scientific communities to the study of scientist's negotiations and beyond", *Social Science Information* 22, pp. 681-720.

²² Ver: Michel Callon, John Law & Arie Rip. "How to Study the Force of Science", en: *Ibidem* (eds.), *Mapping the Dynamics of Science and Technology. Sociology of Science in the Real World*. Londres, The MacMillan Press, 1986, pp. 3-16.

²³ Ver sobre la viabilidad de la analogía: Quentin Skinner. *Maquiavelo*. Madrid, Alianza Editores, 1984, especialmente, pp. 44ss.

creen disponer de evidencias suficientes. Este es un momento clave en la vida del laboratorio, la decisión sobre cuándo un hecho constituye una prueba y cuándo las pruebas aíslan contundentemente un fenómeno es demasiado compleja. A veces no será necesario, pero en términos generales el científico tiene que lograr la adhesión de sus colegas, debe persuadirlos de la idoneidad de sus conclusiones: se impone una negociación. Después tendrá que escribir el artículo, otro momento clave en la carrera hacia la consecución de una publicación de prestigio. Todas las precauciones son pocas: hay que medir las palabras y mediante las citas de la obra de otros colegas, enrolarse en un *colegio invisible* internacional que contribuye a consolidar en la misma medida en que éste previsiblemente puede sostenerle como autor. No hay garantías de éxito, no todo el mundo puede llegar a ser famoso y reconocido, pero es más fácil cuanto más próximo se esté del centro del *colegio invisible*. En todo caso, sí cabe vislumbrar una estrategia útil: ligar la práctica de laboratorio a la práctica de los laboratorios donde está el público para quien se escribe.

¿Qué es entonces un científico? El nuevo Maquiavelo, como su precedente, no tiene miedo al escándalo y sabe que está arriesgando su credibilidad profesional. No parece importarle demasiado, pero por si acaso se ha aplicado su propio diagnóstico y ya ha constituido un influyente *colegio invisible*, domina instituciones de prestigio en París, Cambridge, Edimburgo, Los Angeles y Amsterdam, y dispone de sus propias revistas internacionales. En una palabra, quien se escandalice ante este análisis tendrá no obstante que acostumbrarse a seguir escuchándolos por mucho tiempo. Un científico es un *entrepreneur*, como llamó Schumpeter a quienes en el siglo XIX aunaron en un solo rol las virtudes del innovador técnico y la audacia del empresario, con cualidades para controlar el espacio experimental del laboratorio, la estructura política financiadora y una red internacional de apoyos mutuos. Son científicos, pero también políticos pragmáticos, economistas y sociólogos. Nadie les hará caso si no son buenos publicistas, si no saben distinguir la diferencia que hay entre escribirle a un político, a un rector o a un colega, si no mantienen un diálogo a través de los *media* con su público y si no saben acomodarse en una estructura jerarquizada y dinámica.

Y, ya para terminar, una penúltima consecuencia. ¿Qué es a la postre un dato empírico? Sencillamente, el resultado de una negociación sobre lo que ha sido observado. Una negociación que termina en un consenso sobre cómo

tomarlo, cómo nombrarlo, cómo describirlo, cómo representarlo y, finalmente, sobre cómo efectuar su *inscripción* en un texto.²⁴ Tal secuencia de acciones legítima, a juicio de Woolgar y Callon, la pregunta sobre si el trabajo en el laboratorio tiene por finalidad el desvelamiento de nuevos fenómenos o, por el contrario, la producción de objetos comunicables mediante textos. Si así fuera, el laboratorio se configuraría efectivamente como la última factoría capitalista, una imagen predilecta de Latour, siendo su aparato productivo no ya un mero reflejo de las relaciones sociales de producción, sino el más sofisticado y complejo de las relaciones de producción y de seducción que llamamos sociedad.²⁵ Es, en el extremo, la última piedra arquimediana de la contemporaneidad: si Maquiavelo quería un palacio para unificar Italia, Latour -para no ser menos- ha inscrito varias veces el lema “¡Dádme un laboratorio y moveré el mundo!”²⁶

Nuevos actores y nuevos problemas

El texto que hemos presentado ha sido beligerante en la reivindicación del rol activo desempeñado por el público en el desarrollo de la ciencia. A nuestro juicio tal circunstancia se puede justificar en un doble sentido. El primero y más clásico deriva de su constitución histórica como ignorante respecto al sabio, lo que ha permitido a estos delimitar las fronteras del territorio, o campo científico, sobre el que aspiran a una jurisdicción en exclusiva. Pero aislar tan vastas capas de población no es lo mismo que ignorarlas; por el contrario, los científicos han sabido convertir informes masas de iletrados en cómplices de su imponente ascenso social. Los textos de divulgación más que transmitir conocimientos científicos, extremo éste que los científicos han tenido a considerar como una actividad impropia de su estatus y traicionera de su saber, han realizado una exitosa labor propagandística de los supuestos valores y promesas que sustentan la empresa de la razón. Así, han venido usando la palestra pública como una prolongación necesaria de su labor

²⁴ Latour, Bruno & Steve Woolgar. *Laboratory life: The construction of scientific facts*. Princeton University Press, 1986.

²⁵ Latour, Bruno. *Science in action*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1986.

²⁶ Latour, Bruno. “Give me a Laboratory”, en: Karin D. Knorr-Cetina & Michael Mulkay, (eds.). *Science Observed*. Londres, Sage, 1983.

académica para dar a conocer que de un lado, forman parte de una gran tradición y del otro, para darse personalmente a conocer como artífices del futuro.

Pero, justamente la necesidad de públicos obliga a los científicos a transar tanto con su lenguaje -es decir, su universo de representación simbólica de lo social y lo natural-, como con sus intereses y expectativas. El público adquiere así la condición de actor decisivo, pudiendo no sólo desequilibrar la balanza cuando las polémicas desbordan los límites del laboratorio, sino forzar a los científicos a diseñar y en consecuencia, legitimar sus proyectos sobre la base de demandas sociales. Si accedemos a otorgar cierta verosimilitud a los portavoces del *Strong Programme*, no tendremos más remedio que considerar los textos concebidos en el laboratorio como integrantes en su totalidad de un mismo proceso de comunicación según tres redes diferenciadas: las de *corresponsabilidad* entre colegas, las de *patronazgo* con las agencias financiadoras y las de *popularización* con los públicos.

El desplazamiento de las ideas por cada una de estas redes implica, no sólo un esfuerzo de construcción *ad hoc* de textos que buscan ser reconocidos como veraces y pertinentes, sino una recreación local e idiosincrásica de sus contenidos al otro lado del polo emisor que en términos generales, supone una nueva renegociación o reconstrucción del alcance y eco que tendrán los trabajos realizados en el laboratorio. Aceptar el *continuum* del que hablamos, así como la retroalimentación del conjunto, significa abandonar las añejas tesis difusionistas y abrir un nuevo campo de estudios, el de los públicos de la ciencia, del que poco sabemos todavía y que se nos presenta como una tarea urgente.

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

RAFAEL MARÍA DE LABRA Y LA UTOPIA COLONIAL (ESBOZO BIOGRÁFICO)

Luis Miguel García Mora

Para cualquier investigador resulta difícil tener que trazar la vida de Rafael María de Labra,¹ sin caer en el tono hagiográfico. La dificultad reside en la simpatía que despierta su intensa dedicación a unos ideales justos y necesarios, a la vez que contrarios a la opinión de la mayoría, circunstancia que engrandece su labor y que nos presenta a nuestro biografiado como un auténtico adelantado a su tiempo. No fue Labra el único que luchó por la abolición de la esclavitud, pero fue el alma de la Sociedad Abolicionista Española, y sin duda alguna, tanto la abolición de la esclavitud en Puerto Rico, como la del patronato en Cuba, se hubiesen demorado de no haberse producido su iniciativa. Tampoco fue el único en denunciar las arbitrariedades del sistema colonial hispano, pero fue quien más páginas le dedicó; en sus escritos demostró un conocimiento profundo de la realidad antillana, producto de sus estrechos y constantes contactos con la otra orilla del Atlántico.

¹ El presente trabajo es una primera aproximación a la biografía de Rafael María de Labra en la que estamos trabajando y que se publicará en la Colección Latinoamericanos, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana, que dirigen Teresa Cortés Zavala y Rosario Rodríguez Díaz. Agradezco las sugerencias y críticas que en su día me hicieron a este manuscrito Elena Hernández Sandoica y Consuelo Naranjo Orovio.

A pesar del protagonismo de Labra en lo colonial, no se agota su personalidad en este aspecto. Es más, si profundizáramos en otras de sus múltiples facetas nos encontraríamos, en cada una de ellas, con el mismo empeño por desenvolver con toda minuciosidad el asunto que trata. Al profundizar en su vida se recoge, según su amigo y correligionario Rafael Altamira, la compleja representación intelectual de un hombre de los que con más fe han construido la España moderna.² Es por ello que hay “muchas Labras” en Labra y todos con el suficiente peso específico por sí mismo; pero a nosotros nos atañe el del político interesado por los asuntos coloniales y vinculado con las fuerzas republicanas. Sería imposible hacer, por ejemplo, una historia de la educación en las últimas décadas del siglo XIX sin tener en cuenta sus ideas sobre la necesidad de una reforma pedagógica, de igual manera que la historia del republicanismo, de las relaciones internacionales de España o de las distintas instituciones científicas y culturales de la Restauración quedarían “cojas” si no tuvieran en cuenta los trabajos de Labra.³

Todo ello nos lleva a preguntarnos a qué responde la postergación, el segundo plano que la historia de España le ha reservado; por qué no hay más trabajos sobre su figura o por qué no se ha dado a la imprenta todavía una edición crítica de sus obras. La respuesta quizás esté en que si bien Labra fue un hombre político a lo largo de toda su vida, nunca aceptó, cuando se le ofreció, desempeñar ni cargo público alguno, ni una alta función dentro de cualquiera de las formaciones políticas con las que colaboró. Fue siempre un político de oposición, que nunca quiso comprometer la pureza de sus ideales con las obligaciones del poder. La historia política de España sigue siendo, en gran medida, la de sus grandes protagonistas, la de sus ministros y presidentes

² Véase: Rafael Altamira. “Hombres de España. Labra”, en: *Diario Español*, La Habana, 30 de julio de 1818. Ejemplar depositado en el Archivo Labra.

³ Sobre Labra como reformador de la educación tenemos la obra reciente de Vicente Ulpiano Hernández. *Don Rafael María de Labra y Cadrana. Reformador de la educación nacional*. Granada, Universidad de Granada, 1992. Para la participación en las distintas instituciones científico-culturales de su época, María del Carmen Simón Palmer. *Rafael María de Labra*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1986. En esta misma línea, destaca el reciente trabajo de Aquilino González Neira. “Rafael María de Labra o los ateneos como instrumento de renovación nacional”, ponencia presentada al *Primer Congreso de Ateneos Iberoamericanos*, Madrid, 1993. La personalidad de Labra analizada en el trasfondo de la España de la Restauración ha sido magistralmente analizada por Elena Hernández Sandoica. “Rafael María de Labra y Cadrana (1841-1918): una biografía política”, en: *Revista de Indias*, N° 200, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1994, pp. 107-136.

del gobierno, dejando al margen la de aquellos otros, que sin haber llegado a desempeñar las más altas magistraturas, quizás hayan hecho más por la transformación de este país.⁴

La figura de Labra fue, ante todo, la de un reformista en el más amplio sentido de la palabra. Para él, como para muchos de sus contemporáneos, la sociedad española de la época necesitaba sufrir un profundo cambio, en todos los órdenes, que la sacase de la lamentable situación en que se encontraba. En su extensa obra son recurrentes los temas como la libertad de los esclavos, la educación de la mujer, la protección del obrero, la reforma penitenciaria y la difusión de la enseñanza. Su ansia reformista estará presente a lo largo de toda su vida, que no fue más que una prolongada campaña de propaganda sobre los problemas y necesidades de España; campaña llevada a cabo desde el Parlamento, el Ateneo de Madrid, la Institución Libre de Enseñanza o el Fomento de las Artes, en donde nos podíamos encontrar a Labra, adocinando, convenciendo, creando (como el repetía en numerosas ocasiones) opinión pública. Fue en definitiva su anhelo de modificación de la realidad social lo que, al decir de sus contemporáneos, le condujo a hablar con los obreros, cuando bien podría hacerlo únicamente con los sabios.⁵

Contrayéndonos de una manera más específica al tema de la reforma colonial, podemos considerar a Labra como el líder indiscutible⁶ de todos aquellos liberales progresistas, en su mayoría de filiación krausista, que meditaban sobre el problema ultramarino desde la triple perspectiva que les

⁴ Quizás, también se pueda explicar esta postergación de Labra por la acción de una corriente de la historiografía española que se olvidaba de un pasado colonial reciente, que no le ofrecía la gloria de otros periodos como eran las gestas de los conquistadores del siglo XVI. Sobre este aspecto, puede ser interesante la consulta del libro coordinado por Monserrat Huguet, Antonio Niño y Pedro Pérez Herrero. *La formación de la imagen de América Latina en España, 1898-1989*. Madrid, Organización de Estados Iberoamericanos, 1992, especialmente los trabajos de Palmira Vélez. "El periodo de madurez del americanismo en España. Proyectos y realizaciones", pp. 171-187; Gonzalo Pasamar. "El Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el surgimiento de los historiadores 'americanistas' en la España franquista", pp. 205-223 y Pedro Pérez Herrero. "La consolidación de la imagen de 'Hispanoamérica' en la historiografía española (1935-1963)", pp. 241-275.

⁵ Moya, Miguel. *Oradores Políticos. Perfiles*. Madrid, Sáenz Jubea Hnos., 1890, pp. 191-202, en especial pp. 196-198.

⁶ Sobre el liderazgo de Labra dentro de los políticos preocupados por la política colonial, véase Miguel Moya *Op. Cit.*, p. 199; o Antonio Cartón. "Gente antillana. Labra", en: *Revista de España*, Madrid, N° 129, 1890 pp. 191-195 y 480-496, cita en pág. 483. Antonio Sendras estimaba que la dedicación y el conocimiento de Labra sobre el problema colonial había contribuido a darle una imagen de político especialista, que no era del todo exacta, ya que nunca desligaba la problemática colonial de la general del país. Véase: Antonio Sendras y Burín. *Rafael María de Labra. Estudio biográfico*. Madrid, Imprenta de Emilio Saco y Brey, 1887, p. 58.

imponía su escuela filosófica. Por un lado, su creencia en la igualdad de todos los hombres les llevaba a condenar la esclavitud y a fundar la Sociedad Abolicionista Española. Por otro, su concepción del Estado les guiaba a defender la autonomía como el modelo colonial ideal, de la misma manera que defendía la autonomía municipal como la mejor forma de organización política del gobierno local. Finalmente, su conocimiento de la filosofía de la historia les hizo explicar el “desastre colonial” de 1898 como el exponente máximo de la incapacidad de España como nación colonizadora y de la crisis de un modelo de Estado que necesitaba urgentemente regenerarse.⁷

Rafael María de Labra nació en La Habana en 1840 a donde su padre, militar de carrera, había sido destinado. Cuba no le había dado el nacimiento más que ocasionalmente.⁸ A los nueve años se trasladó a España, por lo que no podemos considerarlo, como con mucha frecuencia y por renombradas personalidades se hace, cubano.⁹ Aunque desde su primer discurso parlamentario defendió los derechos de los hombres y mujeres que vivían en las Antillas, no lo hacía por sentirse cubano, sino por considerarlo una obligación que su concepto de patriotismo hispano le imponía. El fundamento último de su actividad política fueron los conceptos de libertad y democracia, que Labra quería tanto para la Península¹⁰ como para ultramar.

⁷ Sobre la actitud de las fuerzas progresistas del liberalismo, todas ellas imbuidas de los principios del krausismo, véase: María Teresa Rodríguez de Lecea. “El tema americano en el krausismo español”, en: *Actas del IV seminario de historia de la filosofía española*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 263-273. Para ver la vertebración institucional de esta corriente política, a través de la Sociedad Abolicionista Española, la Sociedad Libre de Economía Política y la Asociación para la Reforma de los Aranceles, véase: Alberto Gil Novales. “Abolicionismo y libre cambio (Labra y la política colonial en la segunda mitad del siglo XIX)”, en: *Revista de Occidente*, N.º 59, año IV, 2.ª época, Madrid, 1968, pp. 154-181, en especial 160-167. Una aproximación reciente, que sigue la línea abierta por Gil Novales en 1968, se puede encontrar en el trabajo de Christopher Schmidt-Nowara. “Krausism, political economy, and democracy: Spanish and Cuban liberalism in harmony, 1861-1868”, presentado al *Seminario de Historia de Cuba*, Balleterra-Sant Feliu de Guixols, 25-26 de marzo de 1993 (citado con el permiso del autor). Sobre el espíritu regeneracionista de Labra, el mejor ejemplo lo encontramos en su discurso pronunciado en el Centro Comercial de Madrid, el 9 de enero de 1899, publicado bajo el significativo título de: *El pesimismo de última hora*.

⁸ *Diario de la Marina*, La Habana, 23 de mayo de 1918. Ejemplar depositado en el Archivo Labra.

⁹ Sin ir más lejos, en la sesión inaugural del *Primer Congreso de Ateneos Iberoamericanos*, Madrid 13 de mayo de 1993, tanto José Prat, presidente del Ateneo de Madrid, como Nicolás Sánchez Albornoz, presidente del Instituto Cervantes, ponían de relieve el carácter cubano de Labra, olvidando que éste nació allá por casualidad, porque en Cuba estaba destinado su padre, como podría haber nacido en Madrid o en cualquier otro lugar de España al que hubiese sido enviado su progenitor. Es más, Labra abandonó a los nueve años Cuba y nunca regresó a ella.

¹⁰ El concepto de Península es un término utilizado por los cubanos de la época, también españoles, pero no peninsulares. En nuestro trabajo es sinónimo de metrópoli y por lo tanto, cuando pongamos península no nos

Ya desde sus primeros años de vida conoció la importancia de los valores del liberalismo, todavía en pugna por aquellas épocas con los nostálgicos del absolutismo. Debemos tener presente que Labra pertenecía a una familia devota del liberalismo progresista, que se había visto condenada al exilio londinense en los más duros tiempos del reinado de Fernando VII.¹¹ En este ambiente de progresismo liberal fue educado Labra, demostrando una gran precocidad: leía a los cinco años (aunque C. Cabal afirma que el propio Labra le había comentado que tenía un defecto en la lengua que le impidió hablar hasta los siete),¹² a los nueve redactaba un periódico y con trece ya ensayaba en la escuela el arte del discurso político, asunto que le ocasionó algún que otro disgusto con sus profesores, lo que no impedía, sin embargo, obtener siempre excelentes calificaciones.¹³

En la persona de Labra se conjugaron sus buenas facultades para el estudio, con las posibilidades y el interés de su familia por darle una educación lo más completa posible, en la que a los conocimientos adquiridos en la Universidad Central de Madrid, en sus facultades de Filosofía y Letras y Derecho, se unía su dominio de varios idiomas, sus destrezas en la práctica de la equitación y la esgrima (Sendras lo consideraba una de las principales espadas de la época), así como sus habilidades para el piano y el dibujo. De esta manera, el joven Labra recibió una amplia y variada preparación, excelente materia prima sobre la cual desarrollar toda una vida dedicada a la política y al estudio de temáticas de diferente naturaleza.

Ya licenciado en derecho y filosofía se fue vinculando a las distintas instituciones científicas y culturales de la época, del prestigio de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, en donde con diecinueve años le entregó Salustiano Olózaga el premio a la elocuencia.¹⁴ Pero no era mera oratoria lo

referimos en el estricto sentido de la palabra al concepto geográfico, sino que también damos en él cabida a las islas Baleares y Canarias (aunque tampoco conviene olvidar que los procedentes de las islas Canarias eran nominados en Cuba isleños, que respecto al término peninsular, tiene una carga más social que política.

¹¹ Sobre las actividades en favor de la Revolución Liberal del padre de Labra, Ramón María de Labra, véanse: Fernando Laguna Ochoa, *Las ideas hispanoamericanistas de Rafael María de Labra (Ultramar y sus problemas durante el siglo XIX)*, Madrid, Editorial Complutense, Tesis doctoral, 1991, p. 26; Ulpiano Vicente Hernández, *Op. Cit.*, pp. 25-26; Rafael María de Labra, *La política colonial y la revolución española de 1868*, Madrid, Sindicato de Publicidad, 1915, pp. 55-56.

¹² Véase: C. Cabal, "Desde España. Don Rafael", en: *Diario de la Marina*, La Habana, 24 de julio de 1918. Ejemplar depositado en el Archivo Labra.

¹³ Véase: Antonio Sendras y Burin, *Op. Cit.*, p. 5. También, María del Carmen Simón Palmer, *Op. Cit.*, pp. 6-7.

¹⁴ Véase: Antonio Sendras y Burin, *Op. Cit.*, pp. 5-6.

que ofrecía Labra, sino una independencia de criterio respecto de las cuestiones que analizaba, que no era ni comprendida ni compartida por sus contemporáneos. Prueba de ello fue su debut en el Ateneo de Madrid, en donde en 1870, impartió un curso sobre política y sistemas coloniales. No asustó a Labra el ambiente de intransigente españolismo que se vivía con motivo de la guerra, que por aquellas fechas se estaba desarrollando en Cuba, a la hora de denunciar que la misma era consecuencia del desconocimiento que en materia de política colonial tenían los políticos españoles. A su vez, las soluciones conciliadoras que proponía como el mejor método para acabar con la guerra -muy parecidas a las que tiempo después ofreció Martínez Campos al negociar la Paz del Zanjón- eran desoidas, despreciadas, granjeándole una inmerecida fama de filibustero; incluso el Ateneo, esa "Holanda" española del librepensamiento, silenció las ideas de Labra al no dar noticia en su Memoria de 1870 del curso que, con gran éxito, había impartido en la Docta Casa.¹⁵

Fue también su independencia de criterio la que le apartó de una cátedra de la Universidad Central sobre "Historia de la civilización inglesa en Asia y Oceanía", ya que el ministro de ultramar, López de Ayala, no consideró prudente que un hombre de sus ideas desempeñase aquella función.¹⁶ Esta actitud de hostilidad hacia las ideas y los defensores de la reforma colonial "se correspondía -para el Conde de Romanones- con un ambiente general de España, que influyó sobre la actuación de los hombres públicos y que nos llevó a la continuada serie de desdichas que es la historia de nuestra política colonial en la segunda mitad del siglo XIX".¹⁷ Labra nunca se dejó contagiar por ese ambiente y sacrificó su posición política y social en beneficio de un ideal que creía justo y necesario.¹⁸

¹⁵ Véase: Alvaro de Figueroa y Torres. *Labra y la política de España en América y Portugal*. Madrid, Gráfica de Ambos Mundos, 1922, p. 7; Rafael María de Labra *Op. Cit.*, p. 119.

¹⁶ Años más tarde, quiso hacerse una reparación y en 1904 el Real Consejo de Instrucción Pública, de acuerdo con el claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, propuso proclamarlo profesor de historia de América; medida que rechazó Labra manifestando que no entraba por favor en la Universidad. Véase: José A. del Cueto. "Homenaje a Don Rafael María de Labra", en: *Diario de la Marina*, 25 de mayo de 1918. Ejemplar depositado en el Archivo Labra.

¹⁷ Véase Alvaro de Figueroa y Torres. *Op. Cit.*, p. 8. Las argucias del poder para apartar a Labra de la cátedra son relatadas por él mismo en: *La política colonial...*, p. 58.

¹⁸ Muestra de los ataques que recibió Labra, por la defensa de sus ideales, fue la recompensa que un periódico integrista ofrecía por sacarle los ojos, partírle el corazón o descuartizarle. Véase: Antonio Sendras y Burin. *Op. Cit.*, p. 90; Miguel Moya. *Op. Cit.*, p. 202. Sus posiciones radicales, con respecto a la abolición de la

Con la Revolución de 1868 comenzó la vida política de Labra. Se presentó a las elecciones constituyentes de 1869 y por 200 votos no logró el acta de diputado.¹⁹ En los siguientes comicios (1871) consiguió la representación asturiana de Infiesto, estrenándose como parlamentario el 10 de julio de 1871, con un incendiario discurso sobre la política colonial llevada a cabo desde 1868, en el que desarrolló las mismas ideas que un año antes había tratado en el Ateneo en su curso sobre Política y Sistemas Coloniales.²⁰ Situado a la izquierda de los radicales de Ruiz Zorrilla, pero no debiendo su representación a este partido, Labra gozaba de la suficiente libertad para hablar del problema colonial sólo obedeciendo a sus principios, adquiriendo una independencia respecto de las fuerzas políticas de la Península, que su designación por las Antillas, en futuras legislaturas, le ayudó a mantener.²¹

De su larga vida parlamentaria (1871-1918) a nosotros nos interesa la que realizó como representante del autonomismo antillano entre 1879, año en que se permite el regreso de representantes cubanos a las Cortes, 1898, en donde la pérdida del imperio colonial da un nuevo sentido a su preocupación por el mundo hispanoamericano. A lo largo de todos estos años y con respecto al problema colonial Labra tuvo dos preocupaciones.²² La primera, completar la obra de la abolición, iniciada con la ley de 1873 en Puerto Rico, logrando el fin de la esclavitud en Cuba.²³ La segunda, conseguir la modificación del

esclavitud, hicieron que tanto los conservadores cubanos como los gobiernos de la metrópoli se opusieran, en alguna que otra ocasión, con todas sus fuerzas a la designación de Labra como candidato por Cuba. Véase: Archivo Histórico Nacional, Ultramar, Gobierno, Legajo N° 4749, Caja 2ª, "Telegramas del ministro de Ultramar al Gobernador General de Cuba 6 y 10 de abril de 1879", en donde el presidente del Gobierno, Martínez Campos, se opone a la candidatura de Labra por La Habana para las elecciones de 1879. Sobre la oposición de los conservadores cubanos a Labra: Archivo Labra, "Carta de Antonio Govin a Rafael María de Labra", La Habana, 25 de agosto de 1881.

¹⁹ Véase: Ulpiano Vicente Hernández. *Op. Cit.*, p. 53; Antonio Sendras y Burin. *Op. Cit.*, p. 36.

²⁰ Es interesante resaltar que esta similitud entre los planteamientos de Labra, en uno y otro foro, haya llevado a algunas confusiones entre los investigadores. Así, Roberto Mesa en su libro: *El Colonialismo en la crisis del siglo XIX español*. 2ª ed., Madrid, 1990, p. 39, confunde el curso de Labra en el Ateneo, con el discurso que tiempo después pronunció en su debut parlamentario. Sobre la vida parlamentaria de Labra con relación a la situación de las Antillas, entre 1871 y 1895, puede verse el trabajo de Juana H. Oliva Bulnes. "Rafael María de Labra en las Cortes españolas", en: *Revista bimestre cubana*, N° 45, La Habana, 1950-51, pp. 190-262; N° 6, pp. 94-253 y N° 47, pp. 65-89.

²¹ Estos comienzos políticos de Labra fueron analizados por él mismo en los últimos años de su vida. Así, en 1915 publica dos trabajos en los que recoge los distintos pormenores de este su primer acto parlamentario: *La política colonial y la revolución española de 1868 y Mi primer discurso. La cuestión colonial, 1871. Antecedentes, debates, Efectos*. Madrid, Sindicato de Publicidad.

²² Véase: Rafael María de Labra. *La política colonial...*, p. 107.

²³ Sobre la abolición de la esclavitud destacan entre las numerosas obras de Labra las siguientes: *La*

sistema colonial antillano en el sentido de dotar a aquellas posesiones de una autonomía, que al estilo del modelo colonial británico, ofreciese a los territorios ultramarinos una relación de mayor armonía con la metrópoli.²⁴ Si bien la definitiva abolición de la esclavitud, mediante la supresión del patronato, se consiguió en 1886, coronándose una larga campaña con un éxito clamoroso y franco, la promulgación de un régimen autonómico llegó demasiado tarde, en noviembre de 1897, a tres años del Grito de Baire, cuando ya la mayoría de los cubanos no estaban por la autonomía, sino por la independencia.²⁵

La abolición era un compromiso de conciencia más que político, para el que Labra no precisaba el concurso de las Antillas; es más, las campañas abolicionistas fueron desarrolladas en la metrópoli y fueron, principalmente, obra de personajes peninsulares.²⁶ Sin embargo, el planteamiento de la

abolición de la esclavitud en Inglaterra, Madrid, Imprenta de Alfonso Rodero, 1880; *La abolición y la Sociedad Abolicionista Española en 1873*. Madrid, Imprenta de M.G. Hernández, 1874; "La cuestión social en las Antillas españolas", en: *Conferencias antiesclavistas del Teatro Lope de Rueda*, Madrid, Sociedad Abolicionista Española, 1872; *La abolición de la esclavitud en el orden económico*. Madrid, Imprenta de J. Noguera, 1873.

²⁴ En este sentido, pueden consultarse las siguientes obras de Labra: *La autonomía colonial en España*. Madrid, Imprenta Sucesores de Cuesta, 1892; *La política antillana en la metrópoli española*. Madrid Imprenta El Liberal, 1891; *Mi campaña en las Cortes españolas de 1881-83*. Madrid, Aurelio J. Alaria, 1885; *La política en las Antillas. El partido liberal de Cuba*. Madrid, Aurelio J. Alaria, 1882; *La situación de la isla de Cuba en 1884*. Madrid, Aurelio J. Alaria, 1884, *La reforma colonial en España*, Madrid, tipografía de Alfredo Alonso, 1896.

²⁵ Armas y Cárdenas, José de, en: *El Mundo*. La Habana, 19 de junio de 1918, estimaba que si hubieran escuchado las ideas de Labra, España se hubiese convertido en otra Inglaterra, dando a entender un cubano nada sospechoso en el pasado colonial de españolismo y a 20 años de declarada la independencia de Cuba, que un sincero régimen autonómico hubiese impedido la emancipación de las últimas posesiones españolas en América. El ejemplar consultado se encuentra en el Archivo Labra.

²⁶ Véase: Almudena Hernández Ruiz-Gómez y Carlos González de Herrera y de Oñate. "El pensamiento abolicionista de Rafael María de Labra expuesto a través de su actuación parlamentaria", en: *Esclavitud y derechos humanos*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1986, pp. 183-204. Sobre la Sociedad Abolicionista está el trabajo de Paloma Arroyo Jiménez. "La Sociedad Abolicionista Española", en: *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, N° 3, Madrid, 1982, pp. 127-149. La opinión de un activo miembro de la institución en: Gabriel Rodríguez. "La idea y el movimiento antiesclavista en España durante el siglo XIX", en: *La España del siglo XIX*, conferencia N° 35, volumen 3º, Madrid, 1887, pp. 321-355. Es interesante cómo este trabajo ignora la actividad de Labra al frente de la institución, aspecto que no agrado a uno de sus más íntimos colaboradores, al puertorriqueño Antonio Cortón. Véase: Archivo Labra, "Carta de Antonio Cortón a Labra", Madrid, 7 de abril de 1886. Elena Hernández Sandoica. *Op. Cit.*, p. 122, afirma que la preocupación por el tema de la abolición era muy anterior a la de la autonomía, arguyendo a modo de prueba que Labra abordó, en su tesis doctoral el tema de la abolición de la trata en el Congreso de Viena de 1815.

autonomía pasaba necesariamente por el entendimiento con las fuerzas políticas antillanas.²⁷ Por ello, desde 1879 siempre ocupó Labra un distrito de ultramar: 1879, La Habana (Cuba); 1881, Sabana Grande (Puerto Rico); 1884, Santa Clara (Cuba); 1886, Sabana Grande (Puerto Rico); 1891, Ponce (Puerto Rico); 1893, Guanabacoa (Cuba). Además en algunos de estos procesos también obtuvo acta de senador, a la que siempre renunció en favor de su escaño en el Congreso de los Diputados. Tras iniciarse la guerra de Cuba consiguió, en 1896, un escaño en el Senado en representación de la Universidad de La Habana y en 1898 desempeñó su última representación antillana, esta vez en el Congreso, en donde obtuvo un escaño por Guanabacoa.²⁸

Su representación ultramarina la combinó con la de republicano independiente, que rompe en 1890 al entrar en el Partido Republicano Centralista de Nicolás Salmerón. Desde 1873 en que figurando en las filas de la izquierda radical votó a favor de la República, Labra permaneció fiel a ese credo, pero sin integrarse de manera oficial, hasta 1890, en ninguno de los partidos republicanos de la Península. Creía en la República como la mejor forma de gobierno a la que se podía adaptar su ideal de democracia septembrina, de soberanía nacional, asentada en la Constitución de 1869 de la que era partidario. Su intención, más que la de favorecer a uno de los grupúsculos republicanos, era la de lograr la unión de todos ellos como mejor camino por el cual llegar a la República. Por ello desde los primeros tiempos de la Restauración borbónica estuvo presente en todos los intentos de fusión de las fuerzas republicanas como fueron la Unión Democrática (1879), Centro Republicano (1885), Coalición Republicana (1886).

Por otro lado, su empeño en la transformación del régimen colonial era otra de las razones que le obligaba a mantenerse como republicano independiente. Labra no estaba dispuesto a sacrificar la autonomía en favor de la disciplina de cualquiera de los partidos republicanos. Cuando en 1890 ingresó en las filas de los centralistas lo hizo a condición de que éstos aceptasen las ideas que sobre materia colonial había venido defendiendo desde 1879. De esta manera,

²⁷ En este aspecto estoy de acuerdo con lo planteado por Juan R. Castellano. "Don Rafael María de Labra: autonomista español", en *Journal of interamerican studies*, N° 2/4, Florida 1960, pp. 391-404, especialmente en las pp. 391-395.

²⁸ En 1881 fue elegido senador por la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, pero optó por la diputación puertorriqueña. En 1884 resultó electo por Santa Clara y Sabana Grande, decidiéndose por la segunda. Véase: *Estadística del personal y las vicisitudes de las Cortes y de los ministerios de España*. Madrid, Viuda de J. A. García, 1880-1907.

no comprometía su opinión respecto a los problemas antillanos, sino al contrario, ganaba adeptos a su pensamiento.

La actividad política de Labra con relación a la política colonial de la España de la Restauración no quedó encerrada en los estrechos límites del Parlamento. Es más, siempre fue un gran defensor de la propaganda como medio de educación de la opinión pública y única manera de asegurar cualquier progreso. Entendía que la aprobación de una ley no era el fin último de toda actividad política, sino que el pueblo, que era quien finalmente la tenía que sufrir o disfrutar, estuviese preparado para ella. Era la única manera de evitar que cualquier reforma no se quedase reducida a mera fraseología legal y se pudiera realizar en la práctica el principio teórico que encerraba toda disposición.

De esta manera nos explicamos la enorme producción bibliográfica de Labra en la que se recogía mediante libros, folletos o artículos periodísticos toda su actividad política, tratando de extenderla más allá de las élites políticas. Para 1880, *La Ilustración española y americana* cifraba en más de 23 sus obras publicadas en los últimos diez años en las que combinaba la política con la reflexión histórica, literaria o jurídica. Para 1890 ya eran más de cincuenta y en la actualidad es imposible determinar la totalidad de su obra, muy dispersa entre publicaciones periódicas españolas y extranjeras, folletos, por lo que en cada nueva bibliografía sobre Labra aparecen nuevos trabajos.²⁹

En la mayoría de los casos era el propio Labra quien corría con los gastos de edición de estas obras de propaganda, muchas de las cuales distribuía gratuitamente. Antonio Cortón señala que gran parte de los folletos que imprimía la Sociedad Abolicionista salía del pecunio de Labra, mientras que otras fuentes señalan que no bajó de setenta mil duros la cantidad que gastó, sólo hasta 1894, en publicar y enviar por correo a ultramar sus distintas obras de propaganda.³⁰ Su esfuerzo nos ha legado a los historiadores, aunque

²⁹ Véase: "Don Rafael María de Labra, diputado a Cortes por La Habana", en: *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 8 de abril de 1880; también Miguel Moya [n 5], p. 194. Las mejores recopilaciones bibliográficas sobre Labra son las de María Villar Buceta, *Contribución a la bibliografía de Rafael María de Labra*. La Habana, Siglo XX, 1994; Roberto Mesa, *La idea colonial en España*. Valencia, Fernando Torres, 1976, pp. 105-111; Fernando Laguna Ochoa [n 11], pp. 691-704; Ulpiano Vicente Hernández [n 3], pp. 243-285. También resulta interesante la aproximación bibliográfica del investigador puertorriqueño Fernando Bayón Toro, "Rafael María de Labra: embajador de Cuba y Puerto Rico en Madrid", conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, 12 de junio de 1991, en la que se incluye un apéndice que contiene toda la bibliografía de Labra y su localización en las distintas bibliotecas del mundo. Ejemplar depositado en el Archivo Labra.

³⁰ Véase Antonio Cortón. *Op. Cit.*, p. 488 y C. Cabal. *Op. Cit.*

rudimentariamente impreso -como bien afirmó Azorín-, un material imprescindible para conocer las generosas aspiraciones por las que han batallado varias generaciones de españoles de finales del siglo pasado y principio de éste.³¹

Además, fundó, ayudó a fundar, dirigió y colaboró con distintos órganos de prensa entre los que destacan *La Discusión* (a la que anónimamente mandó su primer trabajo periodístico en defensa de los intereses antillanos),³² *El Abolicionista*, *El Correo de España*, *El Correo de Ultramar*, *La Tribuna*, *La Revista Hispanoamericana* y *La Justicia*, todos ellos comprometidos con la reforma colonial y con el progreso de las ideas democráticas. Labra fue el hilo conductor a través del cual el dinero antillano llegó a la prensa de talante demócrata, dando ésta a su vez cabida al problema colonial dentro de sus columnas.³³

La guerra de Cuba de 1895, el peligro tantas veces anunciado por Labra, y la crisis colonial de 1898, con el transfondo internacional que él insigne autonomista puso de manifiesto, marcaron el final de una etapa intensamente dedicada a la política. El *noventayocho*, que como pocos supo predecir, supone para Labra un fracaso en el sentido de que toda su labor, como político y propagandista no ha tenido ningún resultado. Ni las élites políticas, ni la opinión pública habían comprendido la intrincada problemática colonial, viendo en la ausencia de una opinión pública preparada la causa principal que explica el desastre colonial.³⁴

Tras la pérdida de las Antillas, la actividad política de Labra decrece. Abandonó el Congreso de los Diputados para ocupar un lugar en el Senado, llegando a ser jefe del grupo republicano de la Alta Cámara. Desde su escaño Labra defendía el acercamiento, la intimidad, con las repúblicas hispanoamericanas, proponiendo que a pesar de pérdida toda soberanía, no

³¹ Véase: Azorín, "Los libros de Labra", en: *La Vanguardia*, Barcelona, 25 de abril de 1913. Cita tomada de Ulpiano Vicente Hernández [n 3], p. 64.

³² Véase: José A. del Cueto. *Op. Cit.*

³³ Este aspecto queda perfectamente documentado para el caso de *La Tribuna* y *La Justicia*. Para el caso del órgano de los republicanos centralistas, pueden consultarse las distintas cartas que a Labra le dirigen, en agosto de 1891, distintos prohombres políticos de las Antillas en respuesta a su petición de dinero para *La Justicia*. En una de ellas, Eliseo Giberga, vocal de la Junta Central del Partido Autonomista cubano, le informaba del envío de 500 pesos para que fuese el mismo Labra quien decidiese a qué periódicos tenía que destinarse el dinero. Véase: Archivo Labra, "Carta de Eliseo Giberga a Rafael María de Labra", La Habana, 20 de agosto de 1891.

³⁴ Véase: Ulpiano Vicente Hernández. *Op. Cit.*, p. 61.

podía España renunciar a ejercer su influencia en América. El futuro de España, su prestigio internacional, pasaba porque se supiese poner a la cabeza de los países hispanoamericanos.³⁵ Además, era a ese continente al que se dirigía el grueso de una emigración española, que no debía ser abandonada y desatendida por su gobierno. Por lo tanto, Labra tenía muy presente que la importancia de lo americano no desaparecía en 1898; la realidad de las relaciones internacionales y de la situación socioeconómica de España así lo demostraban. Fue esa preocupación por lo americano y por los españoles que allá emigraron lo que nos permite considerarle como el representante parlamentario de aquéllos que habían encontrado en América un nuevo hogar.

En los últimos años de su vida intensificó su presencia en las distintas instituciones científicas, jurídicas y culturales, nacionales e internacionales. Destacar, entre otras, su pertenencia al Tribunal Permanente de La Haya, la presidencia del Ateneo de Madrid (1913) cargo que no abandonaría hasta su muerte y su ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas (1912), en donde pronunció un bello discurso sobre la personalidad internacional de España.

La muerte le sorprendió en abril de 1918, a los setenta y ocho años, cuando le dictaba a su secretario un trabajo sobre las sociedades regionales de Cuba. Su pérdida fue sentida por todos, españoles y americanos, cubanos y peninsulares, alguno de los cuales no había dudado, en alguna ocasión, en pedir su cabeza.

³⁵ Las ideas de Labra, con respecto a la política exterior de España, han sido analizadas en el estudio de Mabel María Damián. "El pensamiento político de Rafael María de Labra", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 244, Madrid, 1970, pp. 125-152, en especial pp. 131-141. Sobre relaciones internacionales merecen destacarse las siguientes obras de Labra: *Estudios de derecho público*. Madrid, Tipografía A. Alonso, 1907; *Introducción a la historia de las relaciones internacionales de España*. Madrid, Imprenta Asilo de Huérfanos, 1897; *El Instituto de Derecho Internacional: su historia, sus hombres y su representación*. Madrid, Imprenta de J. Góngora y Alvarez, 1889; *La orientación internacional de España*. Madrid, Aurelio Alonso, 1910; *La personalidad internacional de España*. (Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas). Madrid, Jaime Ratés, 1912; *Las relaciones de España con las repúblicas hispanoamericanas*. Madrid, Alfredo Alonso, 1910.

CUBA EN LA ÓPTICA IMPERIALISTA DE ALFRED THAYER MAHAN

María del Rosario Rodríguez Díaz

El presente artículo tiene como objetivo presentar la visión de Cuba en los escritos de Alfred Thayer Mahan¹ en la década de 1890. La obra de Mahan nos acerca al conocimiento del significado estratégico de la Isla para Estados Unidos y de sus grandes intereses nacionales en este periodo. Este estudio parte de la premisa de considerar al Capitán, y posteriormente Almirante, como uno de los primeros filósofos del imperialismo y por ende, lo ubicamos como uno de los principales constructores de la política exterior de este país, en esta convulsiva década. Época, que marcó profundamente el derrotero histórico que seguirían ambos países. Los planteamientos de Mahan y su participación como miembro del *Naval War Board* durante la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana (1898), constituyen un testimonio fehaciente de la importancia que revestía la Perla de las Antillas.

¹ Alfred Thayer Mahan nació en West Point en 1840, se graduó con honores en el Colegio Naval (1859). Recorrió los mares del Oriente, Mediterráneo, las costas de Sudamérica y Centroamérica. Fue un historiador autodidacta que conllevó la historia con pasión, a tal grado que fue nombrado miembro de la American Historical Association. Impulsor de la Marina, profesor y director del Colegio Naval. Véase para mayor información: Seager, Robert II. *Alfred Thayer Mahan. The Man and his Letters*. Maryland, Naval Institute Press, Annapolis, 1975. Mahan, A. *From Sail To Steam. Recollections of Naval Life*. USA, Harper & Brothers Publishers, New York and London, 1907.

Para la década que nos ocupa, Mahan había recorrido un largo camino en el conocimiento histórico, ya había publicado sus obras más representativas y, contribuido con numerosos artículos en revistas de gran circulación como la *Atlantic Monthly*, the *Forum*, the *North American Review*, *Harper's Weekly*, *Harper's New Monthly Magazine*, *Mc Clure's Magazine* entre otras. En todas sus participaciones este oficial urgía al gobierno sobre la necesidad de mejorar la preparación naval; llamaba la atención sobre el imperativo de realizar la anexión de Hawaii; controlar el Caribe y en especial apoderarse de Cuba. Sus argumentos fueron repetidos con insistencia en el Congreso norteamericano a través de las voces de Henry Cabot Lodge y otros hombres de Estado como John Hay y Theodore Roosevelt con quienes tenía una activa correspondencia.

Mahan sostuvo estrecho contacto con los grupos de opinión y de presión más importantes, con la prensa, con miembros de la élite gubernamental a nivel secretarios de Estado y de Marina, con prominentes miembros del partido Republicano, representados en el poder por William McKinley, vocero de los intereses industriales y financieros de Ohio, con quienes compartía sus anhelos expansionistas. Mahan sostenía continuas entrevistas y correspondencia con miembros clave en la toma de decisiones políticas.² En la mayoría de sus cartas sugería y urgía reforzar la armada norteamericana, y pasar de un plano defensivo a uno agresivo en el entorno internacional. El contexto internacional que le tocó vivir estuvo lleno de confrontaciones colonialistas. Asimismo la propia dinámica interna de los Estados Unidos en la década del 90 va a provocar un reajuste ideológico en la sociedad norteamericana. A la par que se difundía la creencia positivista de orden y progreso, envuelto en un ropaje románticista; las tesis darwinistas servían de sustento no solamente a los avances de las ciencias naturales, sino que, sobre todo fueron utilizadas por la élite intelectual para explicar la desigualdad humana y de las naciones con base en la teoría de la sobrevivencia del más apto.³

Su obra *Interest of America in Sea Power Present and future (1890)* sorprende por su fundamentación en la explicación del desarrollo histórico

² Nos referimos específicamente a la amistad que tenía con el senador Henry Cabot Lodge, el secretario de Estado John Hay, y el futuro presidente Theodore Roosevelt. Hombres importantes en la política exterior norteamericana de fin de siglo.

³ Véase para mayor información el trabajo de Richard Hofstadter. *Social Darwinism in American Thought*. USA, Beacon Press Boston, 1970.

universal, así como su análisis de la cultura y sociedad norteamericana. En esta obra realizó un estudio detallado de los principales problemas nacionales e internacionales que como nación afrontaban. Sus escritos denotan un misticismo, un sentido de misión militar y comercial. Mahan vio el desarrollo de la historia de los Estados Unidos en un sentido bíblico, pensaba que su país era el pueblo elegido.⁴ Como tal, pugnaba porque Estados Unidos asumiera su papel en el concierto de naciones y cumpliera con su misión divina, de lo contrario su buena estrella se le podría apagar. En este sentido él reflexionaba: “estudios de religión comparativa nos enseñan que los credos y religiones que rechazan su empresa misionera están llamados a decaer. Corresponderá eso mismo a las naciones?”⁵ Mahan se unió al coro de los representantes del Destino Manifiesto en este periodo.

En 1892, publicó el libro *The Influence of Sea Power Upon History 1660-1783*. Este trabajo ilustra el concepto de Mahan sobre filosofía de la Historia. Este autodidacta consideraba el desarrollo humano en un constante devenir. Al igual que John Fiske,⁶ no se dedicó a la especulación pura. Como fieles discípulos de Spencer, se encaminaron a probar la gran causa de la evolución.⁷ Mahan veía la ampliación de la frontera norteamericana como un proceso natural e irreversible, propio de la raza anglosajona. Contrario a las tesis de John Hay,⁸ que consideraba a la expansión como una tendencia cósmica, Mahan afirmó basándose en postulados darwinistas: “El expansionismo obedece a un impulso natural y toma la dirección que presenta menor resistencia, pero cuando llega a una región rica en posibilidades, pero improductiva debido a la incapacidad o negligencia de aquellos que la dirigen, la raza o sistema incompetente caerá, como la raza inferior siempre ha caído y desaparecido ante el ataque persistente del superior”.⁹ Su tesis evolucionista expresa la idea del ensanchamiento norteamericano como necesario e

⁴ Lerner, Max. *America as a Civilization*. USA, A Clarion Book, 1967, volumen 1, p. 28.

⁵ Mahan, Alfred, “Hawaii and our future Sea Power”, en: *The Interest of America in Sea Power. Present and Future*. Boston Little Brown and Company, 1918, p. 50.

⁶ John Fiske fue un filósofo e historiador. Se graduó en la Escuela de Leyes de la Universidad de Harvard (1865). Escritor de naturaleza religiosa, autor de numerosos artículos: “destiny of Man”, “Manifest Destiny” (1885).

⁷ Parrington, Louis. *Main Currents in American Thought. The Beginnings of critical Realism in America, 1860-1920*. USA, University of Oklahoma Press, 1987, volume III, p. 205.

⁸ John Hay fungió como Secretario de Estado en la presidencia de Theodore Roosevelt. Se le considera como uno de los principales promotores de la Política de Puerta Abierta (Open Door Policy) hacia China.

⁹ Mahan, Alfred. “The Future in relation to American Naval Power” (1897). en: *Op. Cit.*, p. 167.

irresistible,¹⁰ dentro de este proceso Cuba ocupaba un lugar muy especial, constituía el objetivo ideal y primordial de este expansionismo. Mahan era el vocero de los crecientes intereses económico-comerciales que pugnaba por que la nación mantuviera su ritmo de crecimiento. Se constituyó en el tribuno y mejor defensor de los intereses de los consorcios presentes en la Isla y del posible perjuicio a las actividades comerciales de los Carnegie, Morgan, Rockefeller, Vanderbilt, Havemayer, Hartz, etc.

Durante esta década Estados Unidos sufrió una serie de crisis y depresiones que plantearon un gran problema político, social, laboral, pero sobre todo, económico.¹¹ Se requerían mercados para colocar el excedente productivo. Las crisis presuponían un volver los ojos al exterior. De acuerdo a lo expresado por intelectuales de la talla de Frederick Jackson Turner,¹² los hermanos Adams,¹³ y también propugnado aunque más débilmente por el reverendo Josiah Strong y John Fiske, la causa de las crisis tenía una raíz económica. Mahan, presentó una solución pragmática a esta situación. En su opinión se debería impulsar el comercio, utilizando los océanos como el medio más rápido para la transportación de mercancías.

Su obra se enmarca en un contexto de rivalidad comercial, de búsqueda de mercados, de los deseos de Estados Unidos en involucrarse en la carrera imperial por conseguir zonas de influencia, estaciones carboníferas, colonias, etc. Sus escritos plantean la problemática y disyuntivas económico-comerciales y políticas que la nación debería asumir. En este sentido su pensamiento puede ser definido como mercantilista-proimperialista.

¹⁰ Weinberg, A. *El Destino Manifesto*. Argentina, Editorial Paidós, 1968, p. 243.

¹¹ Degler, Ch. et al. *Historia de los Estados Unidos. La Experiencia Democrática*. México, Editorial Limusa, 1987, pp. 304-367.

¹² Historiador, creador de la llamada tesis de la frontera. Afirmó que las características propias de la cultura anglosajona como la libertad, la democracia, el individualismo provienen directamente del oeste y de los hombres de la frontera.

¹³ Nos referimos a Brooks y Henry Adams, el primero, autor de: *The Law of Civilization and Decay, The New Empire*. El segundo escribió: *Democracy, The Education of Henry Adams*, etc., libros clásicos en la cultura norteamericana de fin de siglo.

Cuba en la órbita estratégica de Mahan

Los escritos de Mahan presentan una constante: el realizar profundas apreciaciones sobre la importancia de los mares para el bienestar de las naciones. La geografía que nos describe esta imbuida de los escenarios de las batallas navales de la Guerra de Secesión. Nos transporta a paisajes marinos que van del Mediterráneo al Atlántico. En sus obras hace particular hincapié en la importancia del Pacífico, el Caribe, el Golfo de México y las costas de América del Sur para la prosperidad de los Estados Unidos.

El control de los mares se presenta como una necesidad dentro de su pensamiento: “debemos empezar con una verdad fundamental garantizada por la historia, que el control de los mares y especialmente a lo largo de las líneas demarcadas por el interés nacional o comercio nacional es el principal entre los elementos puramente militares en el poder y prosperidad de las naciones”.¹⁴

Dentro de su tesis, ocupaban un lugar especial las grandes ventajas ofrecidas por el mar Caribe, el Golfo de México y la persistente idea de construir un canal transistmico ya fuera en Nicaragua o en Panamá (él se inclinaba por la primera), para contrarrestar la presencia e influencia inglesa y francesa en el área. También externó sus deseos de establecer una estación naval en el Caribe como un imperativo político-militar de autodefensa y puntos de avance hacia el oriente.¹⁵

En su opinión, la región del Caribe y del Golfo de México constituyen una parte vital para mantener la seguridad estadounidense. En esta área la construcción de un canal interoceánico permitiría un fácil acceso a los principales mercados.¹⁶

El mar Caribe y el canal transistmico constituían la panacea para la obtención de una posición estratégica envidiable; en sus escritos mezcló la geopolítica con el sentido providencialista: “El mar Caribe se entrelaza inseparablemente en toda consideración internacional del problema Istmico.

¹⁴ Mahan, A. “Hawaii and our future sea power”, en: *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*. USA, Boston Little Brown and Company, 1918, p. 52.

¹⁵ Pratt, Julius. *Expansionists of 1898. The acquisition of Hawaii and the Spanish Islands*. USA. A quadrangle Paperback, 1964.

¹⁶ Mahan, A. “Strategic features of the Caribbean Sea and the Gulf of Mexico”. *Harper's New Monthly Magazine*, october, 1897.

Dondequiera que se situé sea en Panamá o Nicaragua, el sentido esencial del Canal estará en hacer avanzar miles de millas las fronteras de la civilización europea en general y de los Estados Unidos en particular. Aquí se entrelaza el sistema completo de los Estados Americanos que poseen aquella civilización como nadie podría hacerlo. En el archipiélago Caribeño se halla la morada natural del dominio por excelencia del poder marítimo... y el centro de aquellas influencias que han de controlar esa vía. Exactamente como el control del canal de Suez se asienta en el mar mediterráneo".¹⁷

La importancia vital de esta región para la seguridad de los Estados Unidos es continuamente mencionada: "ambas forman un mar interno y un archipiélago, su posición estratégica las convierten en muy preciadas".¹⁸

En otra de sus obras realizó sendas descripciones de los puertos caribeños y su posible utilidad práctica para el bienestar y seguridad de los Estados Unidos. Menciona las regiones adecuadas para el comercio como bases de aprovisionamiento naval. En una carta al secretario de la Marina John D. Long le envió un extenso reporte de las estaciones navales que E.U. debería adquirir. En este informe Mahan hizo hincapié en la importancia marítima y comercial del Caribe, en el cual se debería cuidar las entradas al mar y los linderos del istmo centroamericano.¹⁹ Sus descripciones abarcaron el puerto y poblado de Colón, Panamá, Curazao, Río San Juan, Isla mujeres, etc.²⁰

Su relato de los puertos factibles de ocupación la realizaba con precisión matemática y sustentaba con una clara visión su propuesta al gobierno de la elección de posibles regiones, que en el tablero geoestratégico, constituían los puntos de avanzada, de defensa, centros comerciales y de aprovisionamiento de materias primas para Estados Unidos. En este sentido Mahan dedicó grandes espacios de su obra en las particularidades ofrecidas por Cuba.

Para Mahan la isla constituía un complemento necesario de los Estados Unidos. Cuba poseía además de sus ventajas intrínsecas, grandes recursos

¹⁷ Mahan, Alfred Thayer. "Twenty Century", en: José Luis Orozco. *Testimonio Político Norteamericano. Una Antología General*. México, SEP/UNAM, 1982, volumen I, p. 71.

¹⁸ Mahan, Alfred Thayer. "The Strategic Features of the Gulf of Mexico and the Caribbean Sea", en: *Op. Cit.*, p. 18.

¹⁹ Mahan, Alfred Thayer. to John D. Long, august 15, 1898, en: *Letters and Papers of Alfred Thayer Mahan*, volume II, 1890-1901, editados por Robert Seager II y Doris D. Maguire, USA, Naval Institute Press, Annapolis, Maryland, 1976, p. 581. De aquí en adelante al referirnos a este documento lo haremos bajo el nombre Mahan Papers.

²⁰ Mahan, Alfred Thayer. "The Strategic Features of the Gulf of Mexico and the Caribbean Sea", en: *Op. Cit.*, pp. 292-296.

naturales y tenía enormes posibilidades de desarrollo. Era una regiónpreciada por sus particularidades “debido un tanto a su forma y tamaño tan peculiar. Es una isla doblemente más larga que Irlanda”, empezó por señalar. Además, sus puertos naturales deslumbraban al Capitán, ya que le proporcionaban una posición envidiable: en el occidente la Habana; al este Santiago y al sureste Cienfuegos, con lo cual se presentaba como una excelente base naval y comercial.²¹ Dentro de su proyecto de nación, Cuba se presentaba como un invaluable centro de abastecimiento y punto de partida para extender sus dominios. La Isla presentaba características vitales para la seguridad y el futuro de los Estados Unidos.

En opinión de Mahan, Cuba poseía la combinación de dos factores: su valor individual y posicional. “Cuba no tiene posible rival en el control del pasaje de Yucatán y el control del estrecho de Florida que conecta el golfo de México con el Atlántico... Aún más, Cuba posee grandes posibilidades de desarrollo industrial; es un campo abierto a la actividad comercial. Su cercanía con Estados Unidos le otorga una gran ventaja, no puede tener rival comercial entre las islas del mundo, con excepción de Irlanda”.²²

Mahan y la “espléndida guerrita”.²³

A través del análisis de la obra de Mahan, podemos deducir que éste se nutrió de un fuerte sentimiento nacionalista que pululaba por los aires enrarecidos de la década de los 90’s. Asimismo bebió del elixir que apelaba a un destino manifiesto, exclusivo para la raza anglosajona.²⁴ En él se fusionaron todas las ansias expansionistas de fin de siglo. El expansionismo formó parte integrante de su ideario: “en nuestra natural, necesaria, irrepresible expansión, nuestra política expansionista siempre ha resultado de una

²¹ *Ibid.*, p. 288.

²² *Ibid.*, pp. 309-310.

²³ El secretario de Estado, John Hay denominó “espléndida guerrita” al conflicto militar entre Estados Unidos y España, ya que al término de la guerra, Estados Unidos consiguió apoderarse de regiones estratégicas en el Pacífico (Filipinas y Guam) y en el Caribe (Puerto Rico y el protectorado de Cuba), y ubicarse entre las primeras potencias del mundo. De tal forma que esta connotación hace alusión al enorme botín de guerra que se obtuvo a un mínimo costo en recursos humanos y monetarios.

²⁴ Merk, Frederick. *Manifest Destiny and Mission in American History*. USA, Alfred A. Knopf, New York, 1963.

continua presión de un instinto nacional, tan poderoso y tan claro que el hombre de Estado de toda escuela quiéralo o no se ha encontrado transportado por una tendencia que la individualidad no puede resistir o modificar sustancialmente”.²⁵

En este contexto cargado de intenciones expansionistas no resulta extraño que la reanudación del movimiento independentista cubano en febrero de 1895, fuese utilizado por Estados Unidos como la coyuntura oportuna para intervenir y apoderarse de la Isla. Lo que inició como un conflicto entre Cuba y España terminó siendo un enfrentamiento con connotaciones internacionales en 1898, en el que los cubanos fueron prácticamente marginados tanto en el desarrollo militar, pero aún más, en la ronda de negociaciones que concluyeron con la firma del tratado de París en diciembre de ese año.

Los escritos de Mahan anteriores al 98 le dedican atención a la Isla en tanto a su valor geopolítico, geoestratégico, pero no hace alusión a los intentos de Cuba por obtener su independencia. En este convulsivo año, la marina le concedió a Mahan permiso para desatender su puesto, tiempo que aprovechó para viajar a Europa con su familia. En París le llegaron las primeras noticias del posible involucramiento de Estados Unidos en el conflicto cubano. Se enteró de la explosión del Maine en aguas caribeñas. Sus comentarios fueron cautelosos y de consternación. Al respecto no se aventuró a señalar culpables. Aprovechó la ocasión para resaltar la necesidad de modernizar la marina.²⁶

Los acontecimientos internos y externos que siguieron al desastre del Maine se precipitaron con una rapidez inusitada. La prensa y diversos sectores exigían la entrada de su país a la guerra. Las voces moralistas se elevaban para solicitar al gobierno su intervención en la liberación de Cuba. Por el diario y correspondencia de este Capitán percibimos que su preocupación giraba en torno a las implicaciones internacionales de este conflicto, y la posible participación de potencias europeas deseosas de acción como Alemania.

La declaración formal de guerra se realizó el 11 de abril y a partir de este momento, Mahan aprovecharía la coyuntura para influir en la instrumentación práctica de sus planteamientos teóricos. Inmediatamente le envió al secretario de Estado William R. Day, las primeros instrucciones y sugerencias de la estrategia naval a desarrollarse en la guerra.²⁷

²⁵ Mahan, Alfred. “Hawaii and our Future Sea Power”, en: *Op. Cit.*, pp. 36-37.

²⁶ Mahan, A. T. “Current Falacies upon naval subjects”, en: *Harper's New Monthly Magazine*, p. 44.

²⁷ Mahan To William R. Day. Secretary of State, april 29, en: *Mahan Papers...*, volume II, p. 551.

Posteriormente fue requerido de Europa y se presentó en Washington el 8 de mayo. Fue nombrado miembro del Comité Asesor de Operaciones Navales. En el transcurso de la guerra declaró que la participación de los Estados Unidos se hacía sobre bases moralistas: “yo creo que los Estados Unidos tienen obligaciones con el mundo externo, tanto como consigo mismo que en una manera general la extensión del control anglosajón es un beneficio distinto al mundo...”.²⁸ Además de ser un apologetico de la intervención bélica de su país, se avocó al diseño del plan general de operaciones de la flota norteamericana.²⁹ Sus tareas fueron intensas, le envió a Theodore Roosevelt sus sugerencias y este le contestó agradecido, diciéndole que le mostrará su carta al secretario de la Marina. Las justificaciones de la guerra permearon sus escritos, en ellos se denota la influencia de la llamada “carga del hombre blanco” mencionada por Kipling.³⁰

Una vez concluida la fase militar del conflicto, la sociedad norteamericana se preguntaba sobre el futuro de los cubanos: ¿Qué pasaría con la Isla? ¿Cuál debería de ser la participación de E. U.? ¿Hasta cuándo deberían intervenir en la Isla? etcétera. A este respecto, la postura de Mahan era de permanecer en ella: “nuestra nación se verá forzada a sentir que nosotros no podremos abandonar nuestra misión y dedicarnos a otra tarea que no sea la de mantener el orden en la tierra que hemos intervenido”.³¹

En otra de sus obras: *Lessons of the war with Spain and other articles* (1899), reafirma con frecuencia el valor geoestratégico de la Isla: “se tiene la necesidad de apoderarse de ella y fortificarse para el uso del futuro canal y la defensa de la costa del Pacífico”.³² Más tarde, en la obra *The interest of America in International Conditions*, fundamentó con apreciaciones geopolíticas el valor de Cuba: “Toda la costa comercial del Golfo, incluyendo el del valle del Mississippi tiene que pasar en un radio de 100 millas de Cuba, en un lado o en otro. Circunstancia que hace intolerable a los Estados Unidos que la Isla pase a las manos de otro estado naval poderoso”.³³

²⁸ Mahan, A. T. to an unidentified addressee. Washington, D. C. may 29, 1898, en: Mahan Papers..., volume II, pp. 557-558.

²⁹ Mahan, A. T. To Montgomery Sicard President of the Naval War Board. Washington, D. C. may 19, 1898, en: Mahan Papers..., volume II, pp. 553-555.

³⁰ Rudyard Kipling, escritor y poeta de origen inglés. Su obra más famosa fue *El libro de la selva*.

³¹ Seager, Robert II. *Op. Cit.*, p. 393.

³² Mahan, A. T. *Lessons of the War with Spain...*, p. 26.

³³ Mahan, A. T. *The Interest of America in International Conditions*. Boston, Little Brown and Company, 1915, p. 59.

En 1899 se realizó la Conferencia de Paz en Hagué, en ella participó Mahan como delegado y su discurso se dirigió a justificar la intervención norteamericana al igual que lo hiciera McKinley.³⁴ Se refirió al conflicto en los siguientes términos: “En la Isla de Cuba una poderosa fuerza gobernó -si escasamente puede ser así considerada- extraña a la isla, se apoderó forzosamente de una pequeña porción de ella, y se dedicó sin éxito a tratar de sujetar al resto. En persecución de este objetivo, algunas medidas fueron adoptadas las cuales inflingieron inmensa miseria y muerte sobre grandes sectores de la población. Tal sufrimiento se derivó de la guerra, pero debe de ser establecido como un principio de guerra civilizado que el sufrimiento innecesario sea condenado y se ha hecho notorio ante la evidencia militar, que España no pudo doblegar la isla y restablecer la normalidad con lo cual ocasionó un terrible sufrimiento”. Terminó su discurso mencionando las peticiones de ayuda de los cubanos para que Estados Unidos interviniera en la guerra “Cuba es como Lázaro a las puertas del rico”.³⁵

En *The Relations of the United States to their new dependencies* nos presenta a los Estados Unidos como el país civilizador, benefactor que con la posesión de nuevos territorios ha iniciado el proceso de trasposición de su propia identidad, así como sus características políticas y raciales al país que se civiliza.³⁶ En este escrito autonombra a los Estados Unidos como el encargado de cuidar por los países desválidos: “Nuestras nuevas posesiones son todavía razas menores (Childhood races) ellas son solamente objeto de nuestro cuidado y protección”.³⁷

En síntesis, el análisis del pensamiento de Mahan nos sirve de termómetro para conocer la intensidad de la fiebre expansionista de los 90's. Así como constatar la enorme importancia de Cuba en el proyecto de nación estadounidense.

Las muestras aquí presentadas nos permiten reafirmar algo que no es nuevo dentro de la diplomacia norteamericana, del pasado y presente siglo, su obsesión por Cuba. Sin embargo a diferencia de periodos anteriores, en esta década del 90 se agregan otros matices muy *sui generis*. Se mezclan los intereses económicos-industriales-financieros y la geopolítica internacional.

³⁴ Mahan, A. T. “The Peace Conference and the Moral Aspect of War”, en: *Lessons of the war...*, p. 227.

³⁵ *Idem*.

³⁶ Mahan, A.T. *The Relations of the United States to their New Dependencies...*, p. 16.

³⁷ *Idem*.

Se entrelaza la preocupación por obtener un gran crecimiento sustentado en el desarrollo de una armada terrestre y marítima. Todo esto en pos de cumplir con el imperativo de dominar el Pacífico, el Caribe y poseer la Isla.

Para concluir consideramos que entorno al fenómeno del 98 norteamericano y su relación con Cuba, todavía falta mucho por estudiar en el terreno de la ideología, cultura, sociedad; amén de profundizar más en la relación existente entre los grupos económicos dominantes y las esferas políticas de la nación, elementos todos que permitieron, influyeron y alentaron de alguna manera la puesta en práctica de un proyecto anexionista de Nación.

LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA DE 1898 EN LA CARICATURA DE *EL HIJO DEL AHUIZOTE*

Margarita Espinosa Blas

El Hijo del Ahuizote fue una publicación semanal que circuló entre 1885 y 1903.¹ Se caracterizó por su acerbada censura al régimen de Porfirio Díaz. Si bien es cierto que no fue el único periódico de oposición, sí fue el que se mostró como uno de los más férreos críticos del sistema político mexicano. Los estudiosos del periodismo mexicano han subrayado que la particularidad de este semanario estribó en que fue una de las pocas publicaciones de línea humorística, hecho que le ganó un público especial al que le atraía la chispa jocosa proporcionada por el artículo gráfico. Por lo tanto, el uso del dibujo atrapaba la atención del lector y lo ponía al tanto del ambiente político del país.

La eficacia de la caricatura radica en su fácil comprensión. En ese sentido, *El Hijo del Ahuizote* censuraba las acciones políticas del régimen, ridiculizándolas al máximo. “Las caricaturas del Porfirismo satirizaron principalmente las constantes violaciones a la constitución, la reelección

¹ Fue fundada por Vicente Sotres, Florencio Castro y Daniel Cabrera “Figaro”. Sus principales caricaturistas fueron Daniel Cabrera, “figaro” y Jesús Martínez Carrión. A finales de 1902 se encargaron del semanario los hermanos Flores Magón. En: *Exposición de Caricatura. Humor y Política. 1821-1994*. Catálogo. México, Hemeroteca Nacional, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, p. 39.

indefinida, la miseria del pueblo y la religión”.² Desde el mismo lema del periódico se enfatizaba su carácter festivo y reaccionario al afirmar: “semanario feroz, aunque de nobles instintos, político y sin subvención como su padre, y como su padre, matrero y calaverón (no tiene madre)”. No es de extrañar que se ganara la enemistad del gobierno y sus editores sufrieran de persecución y encarcelamiento.

Aunque la propuesta principal del texto gráfico del semanario fue la cuestión política nacional, también en sus páginas abordó problemas de índole internacional. En 1898 -año del enfrentamiento bélico entre Estados Unidos y España que se desarrolló en el Caribe y en el Pacífico- el periódico le concedió una especial atención. Durante este año, la guerra fue el tema central de la caricatura. Sin embargo, en la imagen no sólo se reflejaron los sucesos militares, sino que se trataron también las luchas ideológicas que despertó el conflicto entre las distintas posturas mexicanas.

A través del artículo gráfico se puede hacer un análisis de la percepción que tuvo *El Hijo del Ahuizote* respecto al fenómeno.³ Mas que reconstruir las acciones del enfrentamiento se hará una valoración del matiz que se le dio en la ilustración, y por ende se deducirá la postura de la publicación hacia el suceso internacional de 1898.

¿Qué pasó entre Estados Unidos y España?

A finales del siglo XIX la Corona española tenía en su poder algunos territorios coloniales, en el Caribe Cuba y Puerto Rico, mientras que en el Pacífico controlaba el vasto archipiélago filipino y las islas Marianas.

En febrero de 1895 empezó en suelo cubano una guerra independentista liderada en un principio por José Martí y posteriormente por Máximo Gómez y otros insurgentes. Durante tres años, la disputa fue entre la colonia Cuba y su metrópoli: España. La política del gobierno español se inclinó a defender por cualquier método militar o diplomático, la posesión de su territorio colonial. Estados Unidos durante ese lapso, buscó soluciones diplomáticas e

² Escamilla Gil, Guadalupe. “*El Hijo del Ahuizote: semanario feroz, padre de más de cuatro*”, en: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, julio-septiembre 1984, p. 118.

³ Existen trabajos historiográficos que retoman el impacto del 98 en el ámbito mexicano desde la perspectiva de la prensa, sin embargo, no se ha usado la caricatura para tal fin.

incluso intentó comprar la isla, pero siempre se enfrentó a una rotunda negativa de la monarquía española.

A fines de 1897, la guerra llegó a una etapa difícil. España tenía graves problemas económicos y políticos que le impedían seguir financiando la guerra y el ejército independentista, con organizadas tácticas, se apoderaba de importantes plazas. La última tentativa del gobierno español consistió en otorgar la autonomía a la isla, sin embargo, la solución no satisfizo ni a insurrectos ni a los núcleos de españoles residentes en Cuba. No obstante, al instaurarse el régimen autónomo, el mandatario norteamericano William McKinley subrayó que si éste no funcionaba “la exigencia de una posterior y distinta acción de parte de los Estados Unidos quedará en pie y se hará efectiva en su oportunidad”.⁴

La esperada oportunidad se presentó cuando el buque norteamericano Maine que se encontraba de “visita” en aguas cubanas, explotó. Estados Unidos precipitó la intervención. En el mes de abril de 1898 se aprobó la Resolución Conjunta que autorizaba la intervención militar. En tal documento se sentaron las bases en que se apoyó la intervención. Primeramente se adujo un sentido humanitario; seguido de la necesidad de proteger las vidas y propiedades de los estadounidenses que radicaban en Cuba; aunado a los graves trastornos que sufría el comercio, y la amenaza a la paz y seguridad regional que representaba la guerra en la isla. Así como contribuir a la constitución de un gobierno estable en la misma.⁵

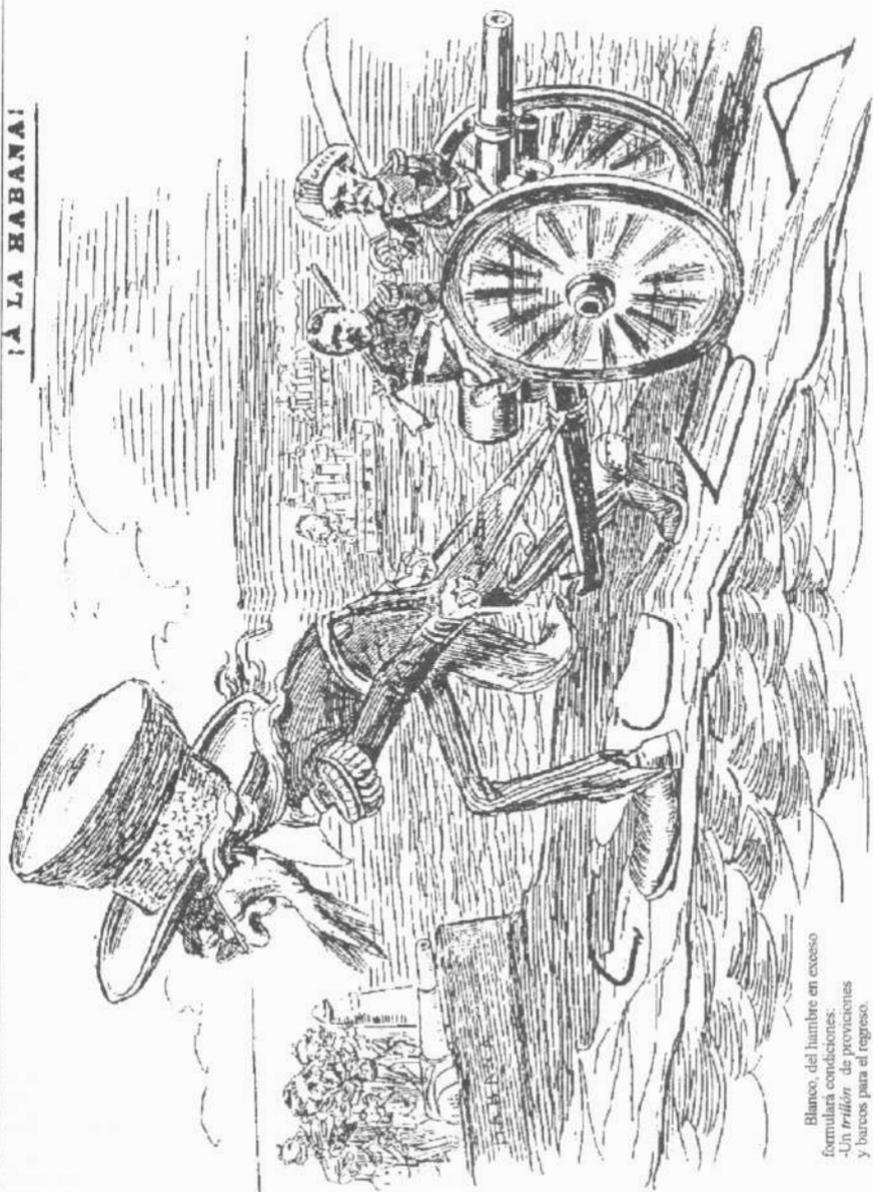
A fines del mes se rompieron las relaciones diplomáticas y empezó el estado de guerra. El ejército cubano se alió con el estadounidense con la promesa de que una vez derrotados los españoles, el gobierno quedaría en manos de los isleños. Los Estados Unidos aprovecharon la coyuntura y extendieron la guerra hasta Filipinas, otro territorio español.⁶ Las principales batallas fueron marítimas. La superioridad de la escuadra norteamericana se

⁴ Guerra y Sánchez, Ramiro. *La expansión territorial de los Estados Unidos. A expensas de España y de los países hispanoamericanos*. Cuba, Editorial Ciencias Sociales, 1964, p. 337.

⁵ “McKinley: Declaración de guerra a España (11 de abril de 1898)”. *EUA Documentos de su historia política*. México, Instituto José María Luis Mora, 1988, tomo II, pp. 325-332.

⁶ En agosto de 1896, empezó una guerra separatista en Filipinas al mando de Emilio Aguinaldo, tal movimiento pretendía terminar con el dominio de España en el archipiélago. En 1897, el gobernador militar Primo de Rivera y el jefe insurrecto Aguinaldo, firmaron el Pacto de Biac-Nabato, donde se estableció que se concederían algunas reformas a cambio de que se fueran los rebeldes. Como tal acuerdo no se cumplió, el ejército filipino se unió con el norteamericano, con la garantía de éste último, de conceder la independencia.

¡A LA HABANA!



Blanco, del hambre en exceso
formulara condiciones:
-Un trillón de provisiones
y barcos para el regreso.

hizo evidente, en agosto terminaron los combates militares y comenzaron los arreglos de la paz. En diciembre se firmó el Tratado de París que estableció el traspaso de Cuba y Puerto Rico, en el Caribe, y Filipinas y Guam en el Pacífico, a dominio de los Estados Unidos.

El conflicto internacional atrajo la atención del mundo. Para los poderes europeos, la intervención y consolidación como potencia de los Estados Unidos significaba la entrada de un competidor poderoso en el juego de poder político y económico mundial. Para Latinoamérica afianzaba el sentimiento antinorteamericano y mostraba nítidamente los móviles expansionistas que tenía la política exterior del país del norte. A pesar de que los gobiernos americanos se declararon neutrales, la sociedad tomó partido en la contienda.

En el caso de México, pese a la neutralidad adoptada, se desataron agudas querrelas entre los simpatizantes de la independencia de Cuba y los que demandaban la perpetuación de España en la isla. Aunque algunos estudiosos del tema han insistido en afirmar que durante ese periodo existía en México un espíritu panhispanista que se reflejó en los periódicos al criticar la política expansiva de los Estados Unidos y defender a España, creemos que esta afirmación no se puede aplicar a *El Hijo del Ahuizote* que en su discurso, se mostró si no pro imperialista, sí favorable a la intervención norteamericana como medio de desterrar al colonialismo español de América.

Hay dos aspectos que se rescatan en el texto gráfico del semanario mexicano. Uno tiene que ver con la situación de los países beligerantes en su carácter militar y diplomático en el que se señalaron de forma cronológica los principales sucesos y el otro aborda los problemas que suscitó entre los órganos periodísticos mexicanos, éste se caracterizó por una mordaz crítica a los periódicos que abogaron por la causa española.⁷

Enrique Baltar Rodríguez. "El ocaso de la dominación española en Filipinas", en: Oscar Loyola Vega (Coordinador). *Cuba: La revolución de 1895 y el fin del imperio colonial español*. Alborada Latinoamericana N° 7, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995, pp. 195-232.

⁷ Durante el año del 98 el semanario publicó un total de 82 caricaturas. Las caricaturas que se presentan son parte de una selección. En el periódico hay noticias que indican que algunos artículos gráficos fueron reproducidos por *The Review of Reviews*, una revista de Nueva York.

¿Cómo se interpretó la guerra?

La primera caricatura hizo alusión a una mascarada, propia de la época de carnaval. En ella se presentaron dos situaciones que se pueden calificar de un antes y después. Los Estados Unidos fueron representados por el Tío Sam⁸ y España como el aguerrido León. En la primera los dos portaban una máscara que llevaba el nombre de diplomacia, en ella se señalaban las acciones diplomáticas que se levantaron después de que se publicó en la prensa estadounidense una carta de Dupuy de Lôme, ministro español en Washington, donde criticaba la conducta del mandatario estadounidense. Estados Unidos exigió que se destituyera al diplomático -solicitud que fue prontamente efectuada por España-. En la segunda, la máscara que usaron llevaba por nombre guerra y se refirió al cambio de actitud de los dos gobiernos después de la explosión del buque norteamericano Maine.⁹

Una vez que se conoció en México la declaración de guerra y el rompimiento de relaciones entre España y los Estados Unidos, en los periódicos comenzaron las especulaciones sobre el posible vencedor. La gráfica del 1º de mayo criticó la conducta de los periodistas prohispanos quienes a través de sus columnas exhortaban a los españoles radicados en México a defender “el honor de la patria humillada” e inclusive hacían colectas para mandar ayuda económica y material al ejército español. En el lenguaje gráfico fue clásica la descripción del español como el famoso comerciante abarrotero. En la caricatura sobresalió Victoriano Agüeros director del diario *El Tiempo* junto a otros periodistas proespañoles.¹⁰

Las autoridades mexicanas para frenar los ataques y rencillas que se desataron en México, dieron la orden de que los gobernadores de las entidades publicaran circulares para obligar a asumir la neutralidad mexicana. Durante el año bélico, la neutralidad fue duramente cuestionada por el semanario.¹¹

El primer día del mes de mayo, sucedió el primer ataque militar, sin embargo, no ocurrió en el Caribe sino en el Pacífico. El almirante norteameri-

⁸ Tío o Uncle Sam, mote que se le aplicó a la política militar de los Estados Unidos, que se derivó de las iniciales U.S.A. (United States of America). A partir de 1812 se popularizó y se convirtió en símbolo. *Diccionario Larousse*. México, Ediciones Larousse, 1990, p. 1562.

⁹ “Carnaval Yankee-Gachupin”. *El Hijo del Ahuizote*, 27 de febrero de 1898, pp. 132,133.

¹⁰ “Recluta y Vivandera”, “En la barricada”. *El Hijo del Ahuizote*, 1 de mayo de 1898, pp. 276,277.

¹¹ “¡Somos neutrales!”. *El Hijo del Ahuizote*, 8 de mayo de 1898, p. 297. “En la cuerda floja”. *El Hijo del Ahuizote*, 12 de junio de 1898, p. 372.

cano Dewey derrotó a la escuadra española que operaba en Manila. Así, se estableció otro punto combativo en Asia. Los directores de los periódicos mexicanos *El Tiempo*, *El Nacional*, *El Popular*, *El Correo Español* y *El Universal* después de conocer la derrota que sufrió la escuadra española en el Pacífico, no pudieron disimular su descontento.¹²

Sin embargo, la derrota no menguó los ánimos de los proespañoles que todavía confiaban en el poder del ejército peninsular, por lo que difundían la idea de que España daría la batalla y aplastaría a los norteamericanos, a tal grado que atacaría los puertos estadounidenses. Ante tales noticias se publicó una caricatura que escenificaba como sería el ataque a Nueva York. En este caso se subrayó en el semanario, que con lo único que podría atacar España sería con su implacable clericalismo representado por los frailes, pero estos, chocarían -según el semanario- con la Estatua de la Libertad que personificaba el ambiente de libertad que se gozaba en la república del norte.¹³

Al conflicto militar le sucedió la guerra de papel. Las agencias noticiosas proveedoras de los boletines informativos fueron principalmente norteamericanas, éstas anunciaban las bajas físicas de los ejércitos y lógicamente exageraban el poder de los estadounidenses. Sin embargo, las publicaciones daban a conocer lo que les interesaba. Los periódicos de la colonia norteamericana en México anunciaban un número mínimo de bajas y los españoles torcían la información alterándola también.¹⁴ La opinión de *El Hijo del Ahuizote* respecto a los informes telegráficos de la guerra se inclinó a defender la versión norteamericana.¹⁵

La situación política y económica de España se agudizó. Por un lado, un sector de la población se negaba a seguir aportando hombres e impuestos para la guerra, por otro, las facciones políticas reclamaban acciones radicales para solucionarla. También las potencias europeas se mostraban reacias a concederle préstamos; la Iglesia era la única institución que tenía posibilidades de financiarla. En la gráfica se presentó a Sagasta, jefe de Estado español en la encrucijada de nacionalizar los bienes del clero.¹⁶ La Iglesia católica fue la institución que legitimó la política oficial y se erigió como el principal instrumento ideológico con que contó el Estado especialmente durante la

¹² "Procesión de desagavios". *El Hijo del Ahuizote*, 15 de mayo de 1898, página última.

¹³ "Probable bombardeo de Nueva York". *El Hijo del Ahuizote*, 15 de mayo de 1898, pp. 312,313.

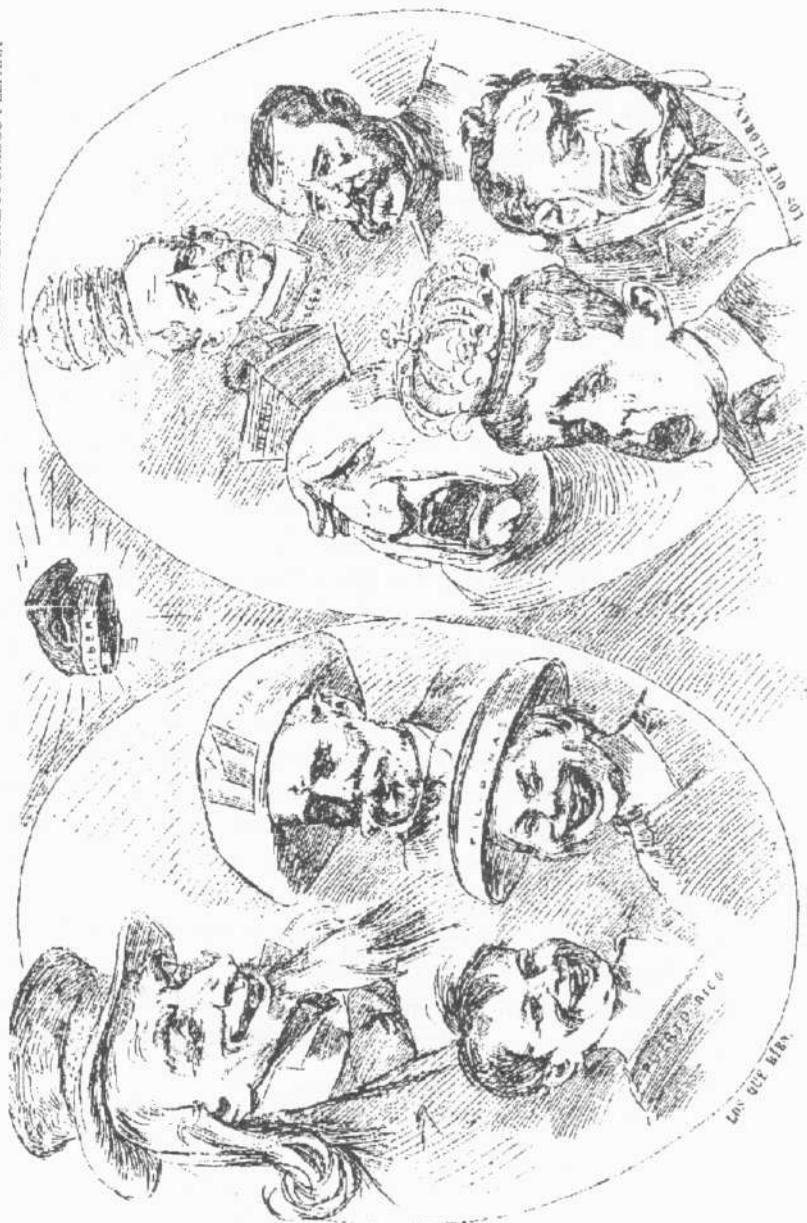
¹⁴ "Los informes de la guerra". *El Hijo del Ahuizote*, 22 de mayo de 1898, pp. 328,329.

¹⁵ "Lo de Manila". *El Hijo del Ahuizote*, 29 de mayo de 1898, pp. 348,349.

¹⁶ "Sagasta en lo imposible". *El Hijo del Ahuizote*, 29 de mayo de 1898, pp. 344,345.

EFFECTOS DE TRATADO DE PAZ

ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y ESPAÑA



guerra contra Estados Unidos.¹⁷ Ello sería un motivo constante de la crítica de *El Hijo del Ahuizote*.¹⁸

En una gráfica se exhibió al Tío Samuel con una canasta de provisiones y un fusil, las provisiones para los reconcentrados y el fusil para los españoles;¹⁹ en ella se narraron los efectos que causó entre la población cubana, la táctica de la reconcentración impuesta por el general Valeriano Weyler en 1896. En esa época, se ordenó que toda la población civil se aglomerara en centros dispuestos por los españoles, con ello se buscaba quitarles apoyo a los insurrectos; la medida provocó una hambruna terrible que perduró hasta 1898.

Para el mes de junio la escuadra norteamericana tenía prácticamente inmovilizada la escuadra naval de España y amenazaba con empezar el ataque terrestre y tomar las plazas. La gráfica expuso cabalmente esta situación, El Tío Sam con un pie en Filipinas y otro en Cuba anunciaba que gracias a su superioridad militar, podría invadir también la península si se lo proponía.²⁰

En el mes de julio, las tropas cubanas y norteamericanas empezaron el bombardeo de la ciudad de Santiago de Cuba; Toral, jefe español de la zona se negaba a aceptar la rendición de esa plaza; finalmente la entregó el 14 de julio. Los periodistas mexicanos que defendían la causa española, se lamentaron de la situación y a través de las páginas de sus periódicos expresaron su enfado.²¹

Después de la rendición de Santiago de Cuba, los ejércitos aliados tuvieron el camino libre para tomar los sitios españoles. En esta caricatura titulada “¡A La Habana!” se reprodujeron a los principales militares de ambos ejércitos. En una carreta Tío Samuel conducía a Shafter, jefe de la escuadra norteamericana, junto con Calixto García, estratega militar cubano; en el otro extremo, el general Blanco esperaba resignado la toma de la capital cubana.²²

Sojuzgado el territorio cubano, las tropas estadounidenses se dirigieron hacia Puerto Rico y lograron la entrega de la ciudad por el capitán general Macías. En el texto se ilustró al jefe español rendido y al general estadounidense Miles, exigiendo la capitulación. El pequeño texto que acompañó la caricatura,

¹⁷ Serrano, Carlos. *Final del imperio. España 1895-1898*. España, Siglo XXI Editores, 1984, pp. 64,65.

¹⁸ “A bordo del conflicto”. *El Hijo del Ahuizote*, 15 de mayo de 1898, primera plana.

¹⁹ “Pan y Palo”. *El Hijo del Ahuizote*, 12 de junio de 1898.

²⁰ “El barrio de Tío Samuel”. *El Hijo del Ahuizote*, 12 de junio de 1898, pp. 376,377.

²¹ “El llanto sobre Santiago”. *El Hijo del Ahuizote*, 10 de julio de 1898, p. 437.

²² “¡A La Habana!”. *El Hijo del Ahuizote*, 24 de julio de 1898, pp. 472,473.

AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS.

Dos golpes de muerte al Ave Negra de España



MÉXICO --1810.

ESTADOS UNIDOS-1898.

hizo referencia a los generales Cervera, quien perdió su escuadra en el mar, Toral, que entregó Santiago de Cuba y Montojo, derrotado en Filipinas.²³ Para los meses de junio y agosto España comenzó a hacer gestiones para la rendición. A través del embajador francés en Washington Jules Cambon, procuró negociar la suspensión de hostilidades como preliminar de las negociaciones definitivas.

A principios de agosto se suspendieron los enfrentamientos y se acordó nombrar las comisiones para las gestiones y preliminares del Tratado de París. En México se agudizaron los pleitos periodísticos. Unos pedían la continuación de la guerra, otros la aceptación de la paz. Este enfrentamiento lo reflejó muy bien el semanario en la ilustración de agosto donde publicó a partidarios y enemigos. Por un lado, estaban los combatientes periodistas españoles, quienes vieron beneficios económicos en la guerra, pues sus belicosas columnas eran leídas con avidez; por otro lado, los gobernadores. Por el estado de Veracruz Teodoro Dehesa, por el de México José Vicente Villada, y por el de Guerrero Antonio Mercenario. Aunque hemos rastreado datos no se han encontrado indicios que demuestren alguna relación de estos políticos con la guerra.²⁴

Estados Unidos impuso sus condiciones de paz que incluían la cesión de Cuba y Puerto Rico, pero mostraba serias reservas respecto a las Filipinas. Las tropas insurrectas del archipiélago asiático se desvincularon de las tropas estadounidenses. El ejército filipino entró en franco choque con los norteamericanos, al exigir que se reconociera la república filipina. El artículo gráfico interpretó fielmente las negociaciones que hacían los dos gobiernos y las indecisiones de Estados Unidos respecto al territorio asiático.²⁵ La anexión de Filipinas encontró oposición en el Senado, donde se argumentaron razones estratégicas y prejuicios raciales, pero también alegatos antiimperialistas que hicieron énfasis en que la anexión violaba los preceptos norteamericanos.²⁶

El 12 de agosto se firmó en Washington el Protocolo de Paz, en él se estableció claramente la posición en que quedaban las Filipinas al subrayar en su artículo tercero: “Los Estados Unidos ocuparán y conservarán la

²³ “Otro en la picota”. *El Hijo del Ahuizote*, 24 de julio de 1898, p. 476.

²⁴ “Ante la paz”. *El Hijo del Ahuizote*, 7 de agosto de 1898, p. 500.

²⁵ “Negociando la paz”. *El Hijo del Ahuizote*, 7 de agosto de 1898, pp. 504,505.

²⁶ Céspedes del Castillo, Guillermo. *América Hispánica. (1492-1898)*. (Historia de España). España, Labor, 1988, tomo VI, p. 483.

NEGOCIANDO LA PAZ.



SAGASTA - Regalaremos á usted Filipinas con sus cestos de ricas frutas.
Tío SAMUEL - Mí no querer viborero que pertenece al Papa. Yo ganarme
Puerto Rico y fumarme *habanos*.

ciudad, la bahía y el puerto de Manila, en espera de la conclusión de un Tratado de Paz, que deberá determinar la intervención, la disposición y el gobierno de Filipinas”.²⁷ No obstante que el documento establecía el cese de hostilidades, al siguiente día, los norteamericanos tomaron la ciudad de Manila. En la gráfica respectiva se observaba a dos políticos españoles, Sagasta y Almodovar, que veían cómo el Tío Sam se llevaba bajo el brazo a Cuba y Puerto Rico, frente a su impotencia.²⁸ Asimismo, se representó al Tío Sam vestido de torero dedicándole a la “libertad” y la “democracia” su última faena: la toma de Filipinas.²⁹

En ese mismo número, *El Hijo del Ahuizote* festejó el cese de las hostilidades, cuando presentó una escena de fiesta donde Estados Unidos bailaba al son de la Doctrina Monroe con “Cuba libre”, les servía de escenografía la fortaleza del Morro donde ondeaban dos pabellones: el de las barras y las estrellas y el de la estrella solitaria.³⁰ Más adelante, la publicación señaló que Cuba estaba enferma y que la única solución había sido la intervención norteamericana para desinfectarla del colonialismo español.³¹

El semanario dibujó acertadamente la situación internacional después de la guerra. Las potencias se encontraban enfrascadas queriendo conquistar territorios en Asia, mientras que Estados Unidos demarcaba su influencia en América y el Pacífico, el Tío Sam fue representado como el “gallo” más poderoso en América y el mundo.³²

El rápido triunfo militar de los Estados Unidos, demostró a Europa el peligro del emergente imperialismo. Así lo testificó la opinión de *El Hijo del Ahuizote*, en esta caricatura, expuso una Europa decrepita, sorprendida y alarmada frente a la victoria estadounidense; en contraparte el *Tío Samuel* acompañado de la estatua de la libertad se regocijaba con su triunfo.³³ El texto vislumbró que la victoria era tan sólo un relámpago en el destino norteamericano.³⁴

²⁷ Arango Martínez, Felipe. *Cronología crítica de la guerra hispanocubanoamericana*. Cuba, Editorial Ciencias Sociales, 1960, p. 187.

²⁸ “Peor era nada”. *El Hijo del Ahuizote*, 21 de agosto de 1898, primera plana.

²⁹ “El descabello”. *El Hijo del Ahuizote*, 28 de agosto de 1898, primera plana.

³⁰ “Danza triunfal”. *El Hijo del Ahuizote*, 21 de agosto de 1898, pp. 536, 537.

³¹ “Cuba enferma”. *El Hijo del Ahuizote*, 16 de octubre de 1898, pp. 664, 665.

³² “Gallera de paz internacional”. *El Hijo del Ahuizote*, 11 de septiembre de 1898, pp. 584, 585.

³³ “Europa alarmada y América en triunfo”. *El Hijo del Ahuizote*, 31 de julio de 1898, primera plana.

³⁴ “Ante el mundo y sobre el mundo”. *El Hijo del Ahuizote*, 31 de julio de 1898, p. 493.

Con motivo del aniversario de la independencia mexicana, apareció una singular caricatura, donde se comparó al movimiento de independencia de México con la guerra del 98; en ella se vislumbró que el semanario daba validez a la intervención de Estados Unidos como medio de desterrar para siempre la presencia española de América.

Según la opinión de la publicación, la guerra de 1898 era parte de un proceso de liberación continental que había empezado en México en 1810 y había concluido con la guerra patrocinada por los Estados Unidos, incluso se hizo una comparación entre Miguel Hidalgo y el Tío Sam. Deducimos que aún después de la firma del protocolo de paz, el periódico todavía apoyaba la idea de que las acciones de los Estados Unidos eran desinteresadas y que una vez derrotada España entregarían el gobierno a los cubanos.³⁵

Asimismo, el semanario aconsejaba a los filipinos que la mejor opción la ofrecían los Estados Unidos, por brindar una constitución liberal, una verdadera democracia, por respetar los derechos del hombre y una verdadera ciudadanía. Seguir dependiendo de España significaba atarse al despotismo.³⁶ Vale subrayar que Estados Unidos no pidió la opinión a los pueblos de los territorios conquistados al implantar un nuevo colonialismo. En el caso de las Filipinas, por ejemplo, para someter al territorio los Estados Unidos utilizaron técnicas de contrainsurgencia, como campos de concentración, devastaciones sistemáticas de pueblos, tortura de prisioneros, etc., los mismos que sirvieron de pretexto para declarar la guerra a España.³⁷

A partir de octubre, empezaron en París las discusiones para el Tratado de Paz; el ejército cubano fue ignorado, tanto en el protocolo de paz como en las reuniones del tratado, con ello se derribaban las cláusulas de la Resolución Conjunta que habían permitido la intervención y la alianza de los ejércitos.

En las discusiones no había confusión respecto a las islas de Cuba y Puerto Rico que pasaban automáticamente como parte del botín de guerra, sin embargo, no era así para las Filipinas donde el ejército insurrecto oponía resistencia y buscaba una independencia plena. No obstante, los estrategas norteamericanos acordaron que las islas podrían convertirse en trampolín para extender su influencia en Asia; así que propusieron a España la "compra" de las islas asiáticas que incluía Filipinas y Guam. El gobierno

³⁵ "América para los americanos". *El Hijo del Ahuizote*, 18 de septiembre de 1898, pp. 601,602.

³⁶ "¡Mejor yankees!". *El Hijo del Ahuizote*, 2 de octubre de 1898, pp. 632,633.

³⁷ Céspedes del Castillo, Guillermo. *Op. Cit.* p. 483.

español aceptó la suma de 20,000 millones de dólares por esos territorios. Las caricaturas hicieron alusión a las negociaciones de “compra-venta”.³⁸

El documento que puso fin a la guerra entre Estados Unidos y España fue el Tratado de París, se firmó el 10 de diciembre al ser ratificado por el senado norteamericano y por la monarquía española. Así, Estados Unidos se encumbró como gran potencia a costa del despojo de los territorios españoles y de la independencia de Cuba. En 1899 se impuso en Cuba un gobierno de línea militar representado por el general Wood. En 1902 se instauró la República Cubana bajo los designios de los Estados Unidos que aseguraron su dominio mediante la Enmienda Platt que subrayaba que el país intervendría siempre que lo considerase necesario.

También, en 1902 terminó la resistencia filipina, fue cuarenta y cinco años después cuando se les otorgó la independencia. En el caso de Puerto Rico, los grupos que favorecían la anexión, actuaron confabulados con los estrategas norteamericanos para lograr la unión a los Estados Unidos. De tal manera, quedó bajo el *estatus* de colonia. Después del “desastre”, España todavía conservó algunas colonias en el Pacífico, las que puso en subasta al mejor postor. En 1899, Alemania adquirió las islas de Palaos, Carolinas y Marianas (con excepción de Guam) y Estados Unidos, en 1900, compró las islas Sibatú y Cagayán.³⁹

Después de que se publicó el Tratado de París, en *El Hijo del Ahuizote*, aparecieron las últimas caricaturas relativas al conflicto, aún en éstas, celebró la intromisión de los Estados Unidos. Para el semanario el único país derrotado era España, y pintó a cubanos, puertorriqueños y filipinos alegres por su “liberación”.⁴⁰ El 18 de diciembre en un homenaje a Calixto García, mediante un poema de Fernando Celada expresó: “¡Viva Cuba independiente”.⁴¹

En el número que abrió el año de 1899, el periódico dibujó al continente americano iluminado por la luz de la libertad, “libertad” ganada gracias al expansionismo norteamericano.⁴² Estados Unidos gracias a la “fabulosa

³⁸ “La venta de Filipinas”. *El Hijo del Ahuizote*, 6 de noviembre de 1898, primera página; “El cuchillo y la ración”. *El Hijo del Ahuizote*, 27 de noviembre de 1898, primera página; “Regateos en el mercado”. *El Hijo del Ahuizote*, 11 de diciembre de 1898, primera página.

³⁹ Céspedes del Castillo, Guillermo. *Op. Cit.* p. 484.

⁴⁰ “Efectos del Tratado de Paz”. *El Hijo del Ahuizote*, 11 de diciembre de 1898, pp. 792,793.

⁴¹ “Calixto García”. *El Hijo del Ahuizote*, 18 de diciembre de 1898, primera plana.

⁴² “Año viejo y año nuevo”. *El Hijo del Ahuizote*, 1 de enero de 1899.

guerrita” entró en el juego de poder internacional y satisfizo sus necesidades expansionistas al asegurarse bases navales en zonas altamente estratégicas.

Consideramos que las caricaturas alusivas a la guerra entre Estados Unidos y España, muestran una particular interpretación de un grupo de intelectuales mexicanos que conformaban el sector opositor al gobierno de Díaz. Creemos que parte del discurso de *El Hijo del Ahuizote* derivó de su espíritu hispanóphobo y que eso le impidió analizar objetivamente las consecuencias que traería la intervención norteamericana, no sólo para las antiguas colonias españolas, sino para toda Latinoamérica.

El discurso gráfico del semanario mostró por lo tanto dos temas centrales. Por un lado, abundaron las escenas donde se criticó mordazmente la actividad que desplegaron los núcleos de españoles que residían en México. Por el otro, continuamente se ensalzaron las “virtudes” de las instituciones y el gobierno de Estados Unidos comparándolas con los “defectos” de la anquilosada administración colonialista de España.

ARCHIVOS Y DOCUMENTOS

UN DOCUMENTO INÉDITO PARA LA HISTORIA DE LA CIENCIA EN MÉXICO: LA OBSERVACIÓN DEL ECLIPSE DE LUNA DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1584

Ma. Luisa Rodríguez-Sala

Antecedentes

La política indiana que se plasmó en la reestructuración del Consejo de Indias, buscó su afianzamiento a través del nombramiento de don Juan de Ovando como presidente del organismo. En su ejercicio promovió la realización del contenido en las *Ordenanzas*, entre las que figuraba la creación del cargo de cronista y cosmógrafo del Consejo. Correspondió a Juan López de Velasco asumir por primera vez las funciones inherentes al mismo, bajo la vigilancia firme y exigente de Ovando.

No fue sencilla la tarea que recayó en López de Velasco, quien, en pocas palabras debería encargarse de escribir, en un corto tiempo, como cronista, la *Historia general y particular de Indias* y su *Historia Natural y Moral*. Fue su papel de cosmógrafo, la parte de su doble cargo, al que Velasco dio mayor relevancia o cuando menos una aportación mucho mayor, por lo demás es la

labor que aquí interesa destacar, ya que de ella derivan sus *Instrucciones para la observación de los eclipses de luna*.

Las *Instrucciones*, tanto para las *Relaciones Geográficas* como para la *Observación de los Eclipses*, fueron formuladas simultáneamente durante los años de 1571 a 1577 en que aparece la primera edición de las que corresponden a la observación astronómica. Estas *Instrucciones* buscan proporcionar elementos empíricos para una correcta observación del acontecimiento lunar, inclusive proporcionan los lineamientos precisos para la confección del instrumento que se emplearía para la observación. En este sentido López de Velasco y sus seguidores se ubican en la vertiente de una ciencia aplicada que buscaba contribuir a la solución de problemas específicos, en este caso la determinación de longitudes y latitudes de las poblaciones indianas. El Consejo Real de las Indias las hacía imprimir y enviar “a los gobernadores que están en las Indias y les mandó hiciesen las diligencias que están en las instrucciones con mucho cuidado. Lo cual todo se cumplió y se hicieron las observaciones por los más diestros que en cada lugar había y se enviaron al consejo de Indias”¹

Es así que sabemos que el primer eclipse que se observó de acuerdo al pliego instructivo, tuvo lugar el 26 de septiembre de 1577. En la Nueva España fue seguido el acontecimiento lunar en la Ciudad de los Angeles y en el puerto de San Juan de Ulúa, en la península fue observado en Toledo, no se sabe por quien, en Madrid por Juan López de Velasco, en Sevilla por Rodrigo Zamorano y en Valladolid por el doctor Sobrino. El del siguiente año, 1578, ocurrió un 15 de septiembre y fue observado en la Nueva España en Puebla y en España en Toledo por Juan López de Velasco.² De acuerdo a nuestra propia investigación podemos asentar que el observador de los dos acontecimientos astronómicos en territorio novohispano, fue el cosmógrafo real, Francisco Domínguez de Ocampo, como tenemos comprobado en el trabajo que sobre este personaje de la historia de la ciencia novohispana hemos concluido.³

Existen documentadas dos ediciones más de las *Instrucciones*, las de los años de 1581 y 1584, de esta última versión disponemos de una reproducción

¹ Pérez Pastor, Cristóbal. *Bibliografía Madrileña, Siglo XVI*. Madrid, Tipografía de los Huérfanos, MDCCCXCI, tomo II, p. 63.

² *Ibid.*, tomo II, p. 63.

³ Publicada en: *Ciencia*. Revista de la Academia de la Investigación Científica, N° 46, 1995, pp. 463-475.

en México,⁴ procedente de los papeles que don Francisco del Paso y Troncoso localizó en Simancas y cuyas copias, según el editor Rea, se encontraban en esa fecha en “el Museo”, seguramente se refería al de Antropología e Historia. De acuerdo a ese documento⁵ sabemos que durante el mismo año se produjo un segundo eclipse de luna, se establece en esta edición de las *Instrucciones*: “El segundo eclipse será en España a diez y siete de Noviembre, sábado a las once de la noche, y en las Indias el mismo día donde el año estuviere corregido, antes del anochecer, y así no se verá en ellas sino el fin, como a las ocho de la noche, en las islas del Norte provincia de Honduras, y de Nueva España”.⁶

Es precisamente esta observación y su interesante descripción la que ha sido localizada por nosotros en el Archivo General de Indias,⁷ inédita hasta la fecha y que ahora damos a conocer en una versión resumida de un trabajo mayor.

La misión científica de Jaime Juan

Fue encomendada por Felipe II a un cosmógrafo valenciano, Jaime Juan. Su viaje comprendió una tarea mucho más amplia que quedó claramente descrita en las *Instrucciones* específicas que para su viaje le fueron entregadas y que responden a la política que imperaba en el Consejo de Indias. Las encontramos incluidas en otro legajo en AGI.⁸ Su lectura y análisis dan cuenta de lo estructurado y formalizado que estaba este tipo de actividades, las que, partiendo de una iniciativa de la corona, tenían como objetivo allegarse conocimientos acerca de una región o un suceso o serie de ellos específicos a esa parte de las posesiones ultramarinas de España.

Este primer documento facilita varios datos, en primer lugar podemos

⁴ Publicada por la “Biblioteca de Historiadores Mexicanos” a cargo de su editor Vargas Rea, México, 1953.

⁵ Proporcionado gentilmente por el Dr. Jesús Galindo Trejo del Instituto de Astronomía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

⁶ *Instrucción para la observación de los eclipses de luna*. México, Biblioteca de Historiadores Mexicanos, Editor Vargas Rea, 1953, pp. 8-9.

⁷ Archivo General de Indias (AGI), Patronato, 183, N. 1, R. 13 y actualmente en Mapas y Planos, México, 34.

⁸ AGI, Indiferente, 740, N. 103.

saber que el personaje era natural de Valencia y que poseía formación astronómica y matemática. El monarca le otorgó nombramiento de cosmógrafo y como tal un salario anual de 400 ducados que se le deberían pagar por los oficiales de la Real Hacienda en la Nueva España y en Filipinas. La duración de su cometido científico fue establecida en ocho años desde el día de su salida de la corte hasta su vuelta a la misma. Igualmente se le proporcionó sus *Instrucciones* específicas, en las cuales quedó claro que su trabajo estaría referido a materias de su conocimiento y que su fin se debía relacionar con la conveniencia al servicio real y al bien público, de nuevo la preocupación de la corona por los aspectos pragmáticos del conocimiento. De este cosmógrafo se expresa el rey en estos términos: “hombre experto en Mathematicas y calculaciones de Astronomia y que sabrá hacer muy bien las observaciones que se le mandaren y ordenaren tocantes a las descripciones de las tierras, provincias y lugares e islas según su longitud y latitud”.⁹

Jaime Juan en compañía de un criado salió de España hacia mayo o junio de 1583 con destino a la Nueva España; partió en la nave capitaneada por Gabriel de Ribera, quien debería conducirlo, primero a tierras mexicanas y después a las Filipinas.¹⁰ Llevaba consigo sus *Instrucciones* particulares y, sin duda, las correspondientes a la Observación del eclipse, seguramente las impresas para el acontecimiento anterior el de 1581 y copia manuscrita de las de 1584, ya que las correspondientes al acontecimiento que debería observar en la capital novohispana, fueron impresas meses más adelante.

El documento original e inédito es un magnífico y claro ejemplo de la vinculación científico-técnica entre la metrópoli y sus posesiones ultramarinas. A través de él, no sólo conocemos verbalmente la descripción de la observación, contamos, además, con los dibujos correspondientes al uso de instrumentos y las especificaciones para su emplazamiento con los nombres de los personajes que participaron en dicha observación y consecuente descripción científico-técnica. Para la observación del eclipse lunar Jaime Juan contó con la colaboración principal de dos personajes asentados en la Nueva España, el cosmógrafo-geógrafo con nombramiento real, Francisco Domínguez de Ocampo y el artillero real, Cristóbal Gudiel. Hubo un tercer personaje mencionado también en el documento original como participante en este acontecimiento astronómico, el doctor Pedro Farfán. Sin embargo, un detenido

⁹ AGI, Indiferente, 740, N. 103.

¹⁰ AGI, Indiferente, 740, N. 103.

análisis de varias fuentes, incluido el propio manuscrito, nos llevan a concluir que, muy probablemente, fue incluido en el documento, en primer lugar como reconocimiento a su posición y, en segundo, debido a su colaboración al permitir que el acto se realizara en el techo, azotea o terrado de las casas reales, en donde posiblemente tenía su residencia y en donde, sin duda, fue testigo, como lo fue el arzobispo, de la observación realizada fundamentalmente por el encargado de la misma, el valenciano Jaime Juan y los novohispanos Domínguez y Gudiel.

Las aportaciones más destacadas de la observación astronómica

El manuscrito consta de un total de doce piezas inscritas en el mismo número de folios, las primeras ocho son dibujos ilustrativos en los cuales se insertan, en breves líneas, las instrucciones que se siguieron para la observación del suceso. Las cuatro últimas corresponden a la formulación de resultados de la observación redactadas, casi en su totalidad, en latín por el cosmógrafo Jaime Juan. Después de una muy difícil transcripción de las piezas que tuve que realizar a partir de las diapositivas proporcionadas por el AGI, la colaboración de un amigo sacerdote para la traducción del latín y las consultas y comentarios con colegas astrónomos, destaco para esta presentación, las aportaciones fundamentales del documento aún inédito.

1. En primer lugar la interacción entre el valenciano y los españoles-novohispanos, Francisco Domínguez de Ocampo y Cristóbal Gudiel. A los dos los consideramos como figuras importantes en el proceso de inicio de una ciencia nacional, quienes, si bien de origen, deben ser considerados como miembros de la sociedad novohispana, ya que no sólo realizaron la mayor parte de su actividad en ese contexto, también permanecieron en él el resto de su vida. Domínguez fue miembro de la primera expedición científica en la Nueva España, la que encabezara el médico-naturista, Francisco Hernández, al regreso de éste a España, el geógrafo-cosmógrafo Domínguez permaneció en la Nueva España hasta el año de su muerte en 1600. El armero Gudiel llegó en 1564 como criado del virrey Gastón de Peralta y también permaneció en tierras mexicanas.

Ambos formaron parte de la sociedad, pero no tan sólo eso, sino ya como miembros de ella, continuaron a lo largo de sus vidas proporcionando aportes al conocimiento teórico-práctico de su realidad. Domínguez, a través de sus trabajos geográficos, astronómicos y metalúrgicos y Gudiel como técnico experto en la elaboración de la pólvora y de las armas necesarias para la conservación del dominio español en estas tierras. Sus aportaciones en sus respectivos saberes y técnicas sentaron las bases del inicio del proceso de ampliación y difusión de conocimientos en esos campos de la ciencia y la técnica novohispanas.

2. Tanto los dibujos iniciales como el documento completo que produjo Jaime Juan sugieren y requieren dos diferentes lecturas, la estrictamente científica y la contextual. En el primer caso su aportación es fundamental y refleja la preparación especializada y actualizada del personaje, que justifica, tanto en el trazo e interpretación de las figuras, como en el contenido del documento final.

El autor fundamenta, en la última parte del manuscrito, la importancia de la representación gráfica. Al respecto escribe que la demostración para encontrar la longitud, muchas veces ya confirmada por la experiencia, no debe responder sólo a una observación a “ojos vista” o a una descripción mecánica, las cuales no tendrían confiabilidad ni certeza y es por ello que se requiere del conocimiento de los expertos, cuando llevan aparejada una gráfica para aclarar y confirmar su demostración, contra lo que poco o nada se podrá objetar. Desde luego que con ello, Jaime Juan da fundamento a la totalidad del documento, e inclusive, asume su papel protagónico en el mismo; él, como responsable de este acontecimiento científico, no sólo traza, también explica e interpreta la parte técnica necesaria para proceder a la observación, trabajo que correspondió y ejecutaron magníficamente sus colaboradores, como se aprecia en sus dibujos y explicaciones.

3. En la redacción latina de la interpretación científica de la observación, Jaime Juan, procede, en primer lugar al establecimiento de la *altitud de la ciudad con referencia al polo septentrional*. Este dato aparece mencionado por primera ocasión en sus dibujos relativos a la instalación del instrumento (piezas 5-1 y 5-2) y, a partir de la sombra proyectada por el estilo, Jaime Juan determinó, por la doctrina de triángulos esféricos y el empleo de la tabla de

senos, que la ciudad de México se encontraba en altitud septentrional de 19g. 13'.

En la historia de la geografía novohispana existe solamente una referencia anterior en que se consigna la longitud de la capital, si bien es interesante por la mención al empleo del mismo método astronómico de cálculo mediante la observación de los eclipses, el texto sólo asigna la longitud en tiempo, sin establecer la altura con respecto al polo. Me refiero a la cita de Orozco y Berra y que corresponde a la carta que el primer virrey, don Antonio de Mendoza, enviara con fecha 6 de octubre de 1541 al cronista Fernández de Oviedo. En ella establece: "por dons eclipses de luna que ha habido, desde que yo estoy en estas partes he verificado la longitud que hay hasta Toledo, é son ocho horas, é dos minutos é, treinta y cuatro segundos".¹¹ Esta referencia, además de su contenido histórico-geográfico resulta de interés, ya que refleja la participación personal del virrey, éste había tenido estrecha vinculación con el Real y Supremo Consejo de Indias y en él había estado en contacto con la corriente cosmográfica de la época, lo que le permitió, ser él mismo, el autor de esta primera determinación de coordenada geográfica citadina. Sin duda fue, como lo dice Orozco y Berra, la más exacta para su momento histórico, desde luego más que las establecidas en la metrópoli. Sin embargo, será la que calculen, cuatro décadas más tarde, Jaime Juan y sus colaboradores, mucho más acertada y cercana a la realidad.

Es a partir de esta información que afirmó que las coordenadas, producto de la observación del eclipse de 1584, pueden ser consideradas como el primer asentamiento escrito al respecto.

Por lo que se refiere a la determinación de la altitud en grados de la ciudad capital novohispana, es muy probable que anteriormente hubiera sido calculada por el cosmógrafo real, Francisco Domínguez, quien según su propio dicho y el de Hernández trabajó durante 1572 en el levantamiento de las longitudes y latitudes de las provincias más principales de la Nueva España¹² y, "además, realizó así en los negocios de España que fue verificar los eclipses lunares de 1577 y 78"¹³; sin embargo, no existe constancia escrita de que este

¹¹ Orozco y Berra, Manuel. *Apuntes para la historia de la geografía en México*. México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881, facsímil de la edición mexicana de 1881, prólogo de José Rogelio Álvarez, Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A.C. México, 1993, p. 150.

¹² Somolinos D'Ardois, Germán. "Vida y Obra de Francisco Hernández", en: *Obras Completas de Francisco Hernández*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, tomo I, p. 161.

¹³ Medina, José Toribio. *Biblioteca hispano-americana*. Santiago de Chile, 1900, tomo II, pp. 294-297 (la carta de Domínguez al rey).

cosmógrafo-geógrafo real haya determinado la altitud de la capital novohispana.

Las medidas establecidas por Jaime Juan, tanto en grados como en tiempo, son mucho más exactas que aquellas que fueron vigentes a lo largo del mismo siglo y que asentara el cronista Antonio de Herrera.¹⁴ El cronista, quien debió haber dispuesto de la más completa información, sin duda alguna no conoció el trabajo encabezado por Jaime Juan, ya que en la primera edición de su obra, 1601, asienta que México: “está en 19 Grados y media de altura, y 103 grados de longitud del meridiano de Toledo, de donde distará por línea recta, 1740 leguas, que son ocho horas de sol”. Para esa fecha el cosmógrafo valenciano y sus colaboradores novohispanos habían establecido una altitud de 19g. 13' una diferencia de meridianos entre México y Sevilla, en horas de: 7h. 2' 52" y en grados de 106g.48' 30".

El cálculo de esta altitud polar no difiere sustancialmente de la que menciona y maneja fray Diego Rodríguez varias décadas más adelante, este científico del XVII consigna una altitud en 19g.15'. La ciencia moderna establece que la ciudad de México, en su actual Centro Histórico (torre derecha de la Catedral) está situada a los 19g.25' 29" de latitud norte. Sin duda alguna que el cálculo de Jaime Juan y colegas no corresponde estrictamente al actual; sin embargo, la medida por él establecida tampoco es tan alejada de la realidad, ya que correspondería en la actualidad, a la de la población de Mixquic en el suroriente del Valle de México (19g.13' 28") y queda muy aproximada a la de Xochimilco (19g.15' 44").¹⁵ Si consideramos las circunstancias relativas a la educación y precisión de instrumentos con los que se contaba en la época frente a los avances científico-técnicos actuales, el cálculo de Jaime Juan y colegas resulta bastante aceptable.

4. En sus proposiciones segunda y tercera establece la hora en que terminó el eclipse de luna, para ello utiliza dos procedimientos de cálculo diferentes, el primero referido a la inclinación de la altitud equinoccial de la luna y el segundo mediante el cálculo por las estrellas fijas, en el caso, la que corresponde al hombro derecho de Orión, sin duda la estrella Betelgeuse o

¹⁴ Herrera, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme de el mar océano*. Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía, 1944, tomo I, capítulo IX, p. 83.

¹⁵ *Anuario del Observatorio Astronómico Nacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

¹⁶ Información proporcionada por el Dr. Jesús Galindo Trejo del Instituto de Astronomía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Alfa Ori.¹⁶ A partir del primero, calculó el término del eclipse en el sitio de observación a las 7h.20' 20" y, mediante las estrellas fijas, en 7h.22'8". Conocida la hora de terminación del mismo fenómeno en Sevilla, lo que sucedió, según Jaime Juan a las 14h.30'¹⁷ de acuerdo al cálculo de la longitud de aquel lugar, la diferencia de meridianos entre las dos ciudades quedó establecido en 7h.2' 52". La comparación con cálculos posteriores es la siguiente: fray Diego Rodríguez estableció, en 1638, las diferencias entre varias ciudades europeas: Frankfurth y México fue de 7h.40', Venecia y México, 7h.25', y Goeza en Dinamarca y México, 6h.45'; Joaquín Velázquez de León fijó, en 1762, una diferencia de meridianos entre París y México de 6h.47'; y Francisco Díaz Covarrubias, en 1881,¹⁸ proporcionó esa diferencia en 6h 45'. En la actualidad las diferencias astronómicas reales de meridianos, expresadas en horas, entre México y París y entre la capital mexicana y la ciudad de Sevilla es de: 6h.12' 36", si bien las convenciones locales e internacionales han establecido, hoy en día, una diferencia mayor.

5. En relación con el punto anterior, Jaime Juan prosigue su cálculo de diferencias entre las dos ciudades en su proposición séptima y última, pero ahora con base en la trigonometría. En ella realiza una interesante demostración de esta materia incluido un bello trazo de triángulos esferales a partir de los cuales busca establecer la diferencia de meridianos entre las dos urbes, la mexicana y la andaluza.

¹⁷ Aclaro que el tiempo anotado por Jaime Juan no debe interpretarse en el sentido actual que correspondería a las dos de la tarde, para su época las 14 horas con 30 minutos está determinada a partir de las 12 de la noche, siendo así que la una de la madrugada actual, se computa como las 13 horas y, consecuentemente, muestra dos de la madrugada, para el siglo XVI eran las catorce horas.

¹⁸ Datos tomados de Elías Trabulse, "Un científico mexicano del siglo XVII, fray Diego Rodríguez y su obra", en: *Historia Mexicana*, volumen XXVI, N° 1, julio-septiembre 1974, p. 63.

RESEÑAS

MORELOS: EN LOS CAMINOS DE LA HISTORIA Y LA LITERATURA

José Herrera Peña, *Maestro y Discípulo*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1995, 286 pp.

Este libro hubiera sido una obra perdida, de no ser porque las circunstancias permitieron que después de varios años de haber sido escrito, José Herrera Peña, su autor, lo encontrara hace poco tiempo al buscar otros papeles.

Herrera Peña empezó a redactar el manuscrito en Morelia, en 1965. Siguió el curso de fuentes documentales primarias y otras obras conocidas sobre el ilustre hijo de Valladolid. El bicentenario del natalicio de Morelos llevó al autor a la idea de escribir una trilogía, la primera se ocuparía de la relación entre Hidalgo y Morelos, entre el maestro y el discípulo, que convivieron en los espacios educativos de la antigua Valladolid. El segundo tomo sería sobre la vida política y militar, la gloria y el apogeo de su carrera. La captura de Morelos su enjuiciamiento y sacrificio final, constituirían el material histórico concebido por Herrera Peña para el volumen que completaría la aspirada trilogía.

Tal fue el proyecto original de Herrera Peña. Sin embargo, con el tiempo, primero vio la luz la parte final de la vida de Morelos, cuando el abogado nicolaita pudo dar a la prensa, en 1985, *Morelos ante sus jueces*, bajo el sello

de Editorial Porrúa, con prólogo de Miguel Acosta Romero, en el que describe lo que ocurrió en los tribunales coloniales.

Con este libro, *Maestro y Discípulo*, editado por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, José Herrera Peña está cristalizando su juvenil idea de lograr la trilogía en torno al insurgente Morelos, discípulo del maestro Hidalgo.

Sobre *Maestro y Discípulo*, su lectura llama poderosamente la atención en varios sentidos. José Herrera Peña logra una fuerza narrativa sin adoptar de manera franca un género histórico o literario. La obra, que tiene numerosas referencias documentales en el propio discurso narrativo, carece de aparato crítico. En su oportunidad, el propio autor, en Morelia, públicamente informó que el manuscrito se extravió a lo largo de muchas mudanzas habidas en los treinta años, desde que en 1965 surgió la idea de escribir el libro, hasta hace dos años en que luego de que lo tenía concluido, lo abandonó y el tiempo lo puso de nueva cuenta en sus manos, leyéndolo con el entusiasmo de quien lee la obra de otro. En el aspecto literario, no corresponde a la forma tradicional de la novela histórica, a pesar de ello la ficción está presente. *Maestro y Discípulo* es el producto de una acuciosa investigación en la que se entrecruzan los caminos de la historia y la literatura. La historia, la de Morelos, la de Hidalgo, la de la Insurgencia y en general del cuadro histórico de la Nueva España de manera central durante el periodo de formación de Morelos. La literaria, fondeada por el recurso de plantear muchas interrogaciones.

Cuando el historiador intenta descubrir el rasgo de una intención política o afectiva y no tiene al alcance el sustento documental, con soltura lanza una pregunta que en sí misma encierre la visión propia del autor. Las preguntas que de tanto en tanto encontramos en la obra de Herrera Peña impulsan la narración y más que pretender plantear dudas, buscan la complicidad del lector, porque al final de cuentas Herrera Peña al seguir una narración en tercera persona no pretende transitar solo por los caminos del maestro y el discípulo. Desde la escritura ya se invoca la ayuda del lector para penetrar en el amplio, muy vasto escenario que desarrolla el autor.

No obstante esos logros narrativos, difíciles, si se toma en cuenta el deliberado rechazo a seguir los patrones académicos de la historia en donde cada afirmación ha de tener su propio sustento documental, que lo corrobore, que lo demuestre, que lo pruebe, que lo haga fehaciente y verosímil o, con el otro camino, el de la literatura en donde el escritor encuentra una mayor

libertad con sujeción puntual a los hechos admitidos por los estudiosos de los acontecimientos que literariamente cobran forma con el aliento personal que el escrito aporta en una novela histórica.

Herrera Peña se negó, una vez redescubierto el manuscrito, a reelaborarlo, lo dejó intocado. En ello, sacrificó algunos aspectos que merecían un nuevo tratamiento, en aras de presentar la obra de juventud, con la frescura y el entusiasmo de aquella época.

Herrera Peña se caracteriza por estar bien dotado para la polémica. Para mi gusto, cayó en una trampa de estilo. Al plantear temas para la polémica, hace frecuentes referencias a los trabajos de reconocidos investigadores históricos y con ello impide que el lector se hunda en los hechos de la vida de Morelos, plantándolo en el presente, provocando una lejanía narrativa que bien merecía resolverse para estar más cerca de los personajes.

Con todo, Herrera Peña nos deja la certidumbre de que su trilogía felizmente la ha de completar. La intensidad de su fuerza narrativa no es la de los hombres a quienes conquista el reposo. Bienvenida esta obra, *Maestro y Discípulo*. Estamos seguros, que más pronto que tarde, Herrera Peña también dará a la prensa el tomo faltante de su anunciada trilogía, la vida política y militar, la gloria y el apogeo de la carrera de Morelos.

Finalmente, *Maestro y Discípulo*, siendo una obra de homenaje a dos de las figuras más trascendentales de la Revolución de Independencia, no incurrir en los excesos ni en la exaltación cívica gratuita que los petrifique. Hidalgo y Morelos en esta obra cobran vida en sus grandezas y debilidades. Mucho honra Herrera Peña a los maestros del antiguo Colegio de San Nicolás que aún en nuestro tiempo nos legan sus enseñanzas.

Jorge Orozco Flores

MORELOS: UNA NUEVA VISIÓN DE SU VIDA ACADÉMICA Y REVOLUCIONARIA

José Herrera Peña, *Maestro y Discipulo*, Morelia,
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo,
1995, 286 pp.

Desde hace ya algunos años, los estudios históricos sobre la Revolución de Independencia de México han sido abordados por los interesados en el tema de muy distinta manera, aunque bien podrían identificarse tres grandes campos historiográficos hacia los que los historiadores han enfocado su labor. Buena parte de las investigaciones están relacionadas con las grandes personalidades de la insurgencia y se han publicado, además de los estudios, una gran cantidad de documentos inéditos o poco conocidos acerca de su vida y su obra: Hidalgo, Rayón, Morelos y Victoria, entre otros, son los que más llaman la atención de los historiadores, tanto nacionales como extranjeros. Otro bloque de obras están perfiladas más bien al estudio de las instituciones gubernativas independientes que surgieron al fragor de la batalla, como son: La Junta de Zitácuaro, el Congreso de Chilpancingo, el Constituyente de Apatzingán, la Junta Subalterna, etc., y sobre las cuales han escrito historiadores y juristas de notable prestigio. En el tercer campo, novedoso en sus temas y planteamientos, así como por la metodología y las fuentes de información utilizadas, los autores tratan de profundizar en las raíces y razones que

motivaron a los mexicanos a tomar partido en la lucha; nos presentan a los grupos de poder y a las sociedades secretas; son temas de su preocupación: la economía insurgente, las fuentes de ingresos, la extracción social de los grupos rebeldes y el comportamiento de las élites regionales durante la guerra. También les interesa conocer la participación de los diputados americanos en las Cortes de Cádiz (1810-1814 y 1820-1822), la influencia de la Constitución gaditana de 1812 en América, y las circunstancias internacionales bajo las que se consuma la independencia de las antiguas posesiones españolas.

Sobre el sacerdote y caudillo insurgente José María Morelos se ha escrito mucho hasta la fecha. De su vida y obra se ocuparon autores del siglo XIX como Carlos Ma. de Bustamante, Lucas Alamán y Julio Zárate; así como también escritores del siglo XX, destacando entre ellos: Enrique Arreguín, Alfonso Teja Zabre, Antonio Arriaga, José R. Benitez, Ernesto Lemoine, Carlos Herrejón Peredo, Wilbert H. Timmons, Virginia Guedea, Teresa Martínez Peñalosa y el Lic. José Herrera Peña, autor de la obra que reseñamos a continuación.

Maestro y Discípulo es un ensayo de interpretación que ofrece una nueva perspectiva sobre José María Morelos; distinta a la que presentan -en palabras del autor- los doctores Ernesto Lemoine y Carlos Herrejón en sus obras históricas y con los que no está del todo de acuerdo.

La obra está encaminada a crear una polémica en torno a lo que opinan y afirman otros historiadores sobre la vida prerrevolucionaria de Morelos y esto es lo que le da al texto un carácter singular.

Para lograr su objetivo el autor se hundió en las fuentes primarias: “cartas, informes, solicitudes, expedientes, actas, acuerdos, resoluciones, sentencias, reglamentos, programas de estudio, libros, folletos, cuadros estadísticos e incluso periódicos de la época”. Esto le permitió estructurar su obra en dos partes: la primera con XVI capítulos, trata desde los antecedentes de parentesco de la familia de Morelos, hasta su graduación de Bachiller en Artes en la Universidad de México; y la segunda con XXII capítulos, tocan la formación eclesiástica de Morelos, sus actividades como cura de Carácuaro hasta que sale comisionado a insurreccionar “La tierra caliente del sud” por órdenes del Capitán General de la Nación Americana, Miguel Hidalgo y Costilla, su maestro.

Con base en las declaraciones inquisitorias del propio Morelos, el autor desmenuza el todo en las partes; precisa, detalla, aclara, inquiere, pondera,

crítica y relata la vida del prócer vallisoletano y la circunstancia política, social, económica, ideológica y religiosa en que se vió envuelto.

La obra del Lic. Herrera Peña, nos presenta a un Morelos influenciado notablemente por la filosofía positiva, inteligente, activo y protagonista en el mundillo intelectual y académico de Valladolid en el siglo XVIII.

De entre las tesis que plantea el autor en su libro, hay dos que interesa resaltar y que seguramente desatarán la polémica entre los investigadores: la primera está relacionada con la pretendida idea del Lic. Herrera Peña de que el Colegio de San Nicolás era en 1787 un Colegio Jesuítico de *facto*, debido a la influencia indirecta que ejercieron los padres de la Compañía en el entonces joven estudiante Miguel Hidalgo, quien, siendo ya rector, promovió reformas “en los sistemas de enseñanza, ajustándolos con discreción a los modelos de los grandes jesuitas desterrados”.

La segunda, maneja la idea de que Morelos fue un “magnífico estudiante” y contradice lo dicho por historiadores de ayer y de hoy que generalmente lo califican de “mal estudiante” dado el sistema de enseñanza que se practicaba en ese entonces.

Fuera de estas consideraciones que el propio lector tendrá oportunidad de conocer y discernir con mayor detalle, considero que una crítica historiográfica sobre Morelos y el mundo académico de Valladolid antes de 1810 hubiera sido muy saludable para los que nos interesamos en el tema; de esta manera el autor hubiera podido precisar las limitaciones de las obras de los autores que comenta y los alcances y nuevas aportaciones históricas de su propia obra para evitar repeticiones. No sabemos, por ejemplo, si utilizó *La Cuna ideológica de la Independencia* de Agustín García Alcaraz; *Michoacán en el Siglo de las Luces* de Germán Cardozo Galúe; *La vida académica en Valladolid de Michoacán en la segunda mitad del siglo XVIII* de Juvenal Jaramillo Magaña, o el libro sobre José Pérez Calama. *Un clérigo ilustrado en la antigua Valladolid de Michoacán*, del mismo autor o *La Oligarquía y el poder político en Valladolid de Michoacán 1785-1810*, de Carlos Juárez Nieto, obras que son pilares para conocer el tiempo ilustrado que vivió José María Morelos y todos los problemas de índole política, social y económica que hubo en ese tiempo y que contribuyeron a moldear la personalidad y el carácter del héroe vallisoletano.

Por otro lado, desconozco si el libro del Lic. Herrera Peña fue publicado tal y como se nos presenta hoy día, o si a propósito se suprimieron las citas

a pie de página para darle agilidad a la lectura. Esto desde luego es importante señalarlo. Es casi seguro que a más de una docena de lectores les gustaría conocer la referencia precisa que utilizó el autor para sostener determinada afirmación sobre el tema y fundamentarla adecuadamente.

Otra de las dudas que surgen es ¿por qué no se incluyó al final del texto la lista de fuentes bibliográficas y documentales usadas por el autor para escribir su libro? Considero que de haberse hecho así, el lector podría valorar los testimonios informativos y apreciar a su vez la interpretación que de ellos hizo el autor.

De cualquier manera *Maestro y Discípulo* del Lic. José Herrera Peña, editado por nuestra Casa de Estudios en 1995; y su anterior obra *Morelos ante sus jueces*, patrocinada por la Editorial Porrúa, pasan a formar parte de la historiografía sobre el prócer José María Morelos. Felicitamos al maestro José Herrera Peña por esta obra, así como también a la Editorial Universitaria por apoyar la publicación del libro, conmemorando así el 230 aniversario del natalicio de uno de los hijos más ilustres de esta ciudad.

Moisés Guzmán Pérez

PORFIRIATO Y REVOLUCIÓN EN MICHOACÁN. TESTIMONIOS DE UNA ÉPOCA

Alvaro Ochoa Serrano, *Repertorio Michoacano 1889-1926*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1995, 384 pp. ils.

El presente no es un libro como cualquier otro, no es realmente una investigación que tenga por objeto el análisis de un fenómeno histórico, tampoco es una novela o algo que se le parezca. El *Repertorio Michoacano*, más que un diccionario es un conjunto amplio de testimonios, un cúmulo de actores sociales y políticos involucrados de alguna forma en los acontecimientos históricos locales que incluyen más de tres décadas, que van del año 1889 al de 1926, es decir, un espacio que abarca veintidós años del Porfiriato en Michoacán y el desarrollo del conflicto revolucionario, hasta el año en que inició el enfrentamiento directo entre el Estado mexicano presidido por Plutarco Elías Calles, y la Iglesia católica a través del movimiento cristero, en el cual Michoacán fue un partícipe destacado.

Antecedentes de alguna manera a la edición de este libro tres publicaciones: el *Diccionario histórico, biográfico, geográfico, estadístico, zoológico, botánico y mineralógico de Michoacán*, redactado por entregas entre los años 1905 y 1915 por don Mariano de Jesús Torres; el *Diccionario michoacano de historia y geografía*, realizado por don Jesús Romero Flores

en 1960 (2ª edición en 1972); y el apartado dedicado a Michoacán en el tomo IV del *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, patrocinado en 1991 por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM) y elaborado por Alvaro Ochoa Serrano, el cual viene a ser la versión preliminar del *Repertorio Michoacano*. Sin embargo, el autor actualizó con mucho la información proporcionada por sus predecesores y rebasa de lejos la versión del diccionario del INEHRM. Alvaro Ochoa aprovechó así, su larga experiencia que como investigador ha logrado para edificar una magna obra que representa una consulta obligada por los académicos y gente común interesados en indagar sobre el pasado inmediato de su estado. De esa forma, el autor incorporó al *Repertorio* un gran volumen de información inédita utilizando preferentemente documentos de archivo así como periódicos y publicaciones originales que clarifican las acciones realizadas por los personajes más relevantes de la época.

El libro, con una sobria y uniforme presentación que es propia de las publicaciones de El Colegio de Michoacán, está integrado por más de dos mil fichas de información y más de trescientas fotos e ilustraciones, la mayoría poco conocidas, que realzan notablemente la calidad del texto y en las que podemos apreciar por igual a distinguidos políticos, intelectuales, propietarios, clérigos y revolucionarios, instituciones, legislaturas, agrupaciones, así como una gran variedad de publicaciones a manera de portadas de periódicos, revistas y boletines. En definitiva, el elemento iconográfico dota de gran originalidad al *Repertorio* y ahí también resalta la gran capacidad del autor para averiguar y dar cuenta de testimonios y referencias alusivas, un mérito que le caracteriza. Sin embargo, esa laboriosidad de nada serviría de no tenerse un amplio conocimiento del periodo en cuestión, motivo por el cual Alvaro Ochoa complementó sin mayores problemas los datos sobre ilustres personajes de la historia de Michoacán, de paso revelando la trascendencia de otros menos conocidos pero igual de importantes.

El trabajo de Alvaro Ochoa no es casual o repentino puesto que como historiador desde hace varios años ha incursionado en temáticas de cuestiones agrarias, en especial sobre *Los agraristas de Atacheo* y el líder campesino Miguel de la Trinidad Regalado; también sobre el “Tigre de Godino” José Inés Chávez García, el temible rebelde michoacano; sin olvidar varios estudios más sobre Francisco J. Múgica, el descontento social durante el Porfiriato, el desarrollo de la revolución en Michoacán en su fase temprana,

etc. Esta importante obra académica contribuyó definitivamente a la estructuración de la presente obra como fruto ulterior de sus investigaciones anteriores. El *Repertorio* está redactado en forma amena y en él no privan los tecnicismos disciplinarios que lo hagan selecto de una élite intelectual en especial, por el contrario, como el mismo autor lo afirma, el *Repertorio Michoacano* está hecho para estudiantes, gente curiosa y público en general, de necesaria referencia además para todos aquellos que se interesen en conocer los protagonistas de los movimientos políticos y sociales de la entidad en la época en que se sientan las bases del Michoacán “moderno”.

Otro aspecto que merece destacarse es la cercana colaboración con el autor del también historiador Martín Sánchez Rodríguez, quien ha realizado notables investigaciones sobre la historia política de Michoacán, particularmente sobre la obra y la personalidad del general Francisco J. Múgica, ideólogo constitucionalista cuya actuación resulta significativa en el ámbito local durante la Revolución Mexicana. El apoyo de Martín Sánchez debió ser de gran valor para la edición del *Repertorio*.

Por otra parte, y a manera de simples observaciones quisiera señalar algunos detalles que saltan a la vista del lector. Me llamó la atención el que las fuentes y la bibliografía utilizadas figuraran al inicio del libro cuando, por cuestiones prácticas, bien pudieran colocarse al final, por supuesto que esto también es cuestión de gustos, no así respecto a la información que se proporciona acerca de numerosos personajes e instituciones y que a menudo es escueta, perdiéndose coherencia en la lectura a causa de la frecuencia de abreviaturas; ahí mismo estoy seguro que en una futura edición habrá de consignarse la información sobre varias agrupaciones cuyas actividades resultan importantes en el escenario local, este es el caso del Banco de Michoacán fundado en 1897, del Club José María Morelos y Pavón, club político estructurado en Morelia en 1917 para sostener la candidatura del Ing. Pascual Ortiz Rubio al gobierno estatal, y la Casa del Obrero Mundial, institución establecida en Morelia en 1914.

En otro sentido, extraño al margen de sus nombres las fotografías de importantes personajes como el Lic. Jacinto Pallares, el pintor Félix Parra, Manuel A. Mercado, hermano de don Aristeo y subsecretario de Gobernación, los diputados Miguel Mesa y Felipe Rivera, el Dr. Miguel Silva, el líder campesino Primo Tapia, etc. No obstante, éstas no son grandes limitantes y sólo se refieren a pormenores que juzgué prudente señalar. De hecho, un

trabajo mayúsculo como éste no está exento de someras dificultades que no demeritan el enorme esfuerzo del autor y la gran calidad de la obra en términos generales.

En lo relativo a la introducción, en su peculiar redacción “gonzaliana”, Alvaro Ochoa nos habla rigientemente en dos partes de los actos y los actores en el contexto michoacano del Porfiriato y la revolución, no obstante la claridad de la lectura al final me costó trabajo concluir cuál es el tipo de revolución que vislumbra Alvaro Ochoa en Michoacán, en otras palabras cabe interrogar ¿qué fue la revolución en Michoacán? Una pregunta tan simple de formular sabemos por experiencia que no es fácil de resolver y quizás el autor no tuvo la intención de hacerlo con el propósito de invitar a lograrlo uno mismo. En Michoacán, actualmente existe una ortodoxia académica que basándose en los testimonios escritos de panegiristas revolucionarios, militares y políticos, actores directos del fenómeno histórico, conciben todavía al suceso de la revolución como un movimiento de masas campesinas en demanda casi siempre de tierras y de justicia social. Estudios más recientes contraponen interpretaciones y establecen más bien una revolución de carácter político expresada en las luchas por el poder. Como quiera, es inobjetable ahora -en su 87º aniversario- la afirmación de que fue un acontecimiento sumamente heterogéneo y más complejo de lo que tradicionalmente se creía; de ésta forma, los líderes revolucionarios que menciona el *Repertorio* no son campesinos analfabetas que actúan por impulsos o venganzas, sino campesinos letrados, propietarios pequeños y medianos y hasta varios hacendados, profesionistas de la ciudad e incluso exprefectos o subprefectos porfiristas como los casos de Carlos Allen, Salvador Escalante y Ladislao Rivera, todos ellos con principios y ambiciones de diversa índole.

En este sentido creo que la información que contiene el *Repertorio Michoacano* podrá abrir nuevas expectativas que ayuden a explicar con mayor veracidad los móviles del descontento social en el campo y la ciudad en vísperas de la revolución, así como para realizar un seguimiento de la actuación de los líderes revolucionarios en el transcurso de los acontecimientos nacionales y locales.

Debemos profundizar en la expresión de las distintas formas de organización social y a su vez la incidencia de valores y comportamientos. Ahora sabemos que no existen conceptos homogéneos y universales capaces por sí mismos de

brindar soluciones teórico-analíticas, la realidad a menudo rebasa las nociones generales y las manifestaciones son complejas con frecuencia para ser abordadas a distancia desde un escritorio. Así pues, en las circunstancias en que se produjo la revolución no era difícil que los propietarios rurales, clanes familiares y políticos liberales, la mayoría con relaciones comunes y compromisos de clientela, asumieran el liderazgo del movimiento. El malestar campesino no giraba tan sólo en torno al problema agrario y la falta de tierras sino que -además- su protesta tenía por fundamento agravios de índole política e incluso de carácter étnico y que sus lealtades colectivas y formas de movilización no eran de clase, sino antes que nada, inspiradas por un liderazgo caudillista y patronal con quien existían tradicionales vínculos de dominio y reciprocidad, aun cuando el líder o patrón no compartieran en última instancia las mismas aspiraciones. En la situación regional veremos actuar por igual a revolucionarios con afanes políticos; sacerdotes “zapatistas” o simpatizantes de Chávez García; empresarios que financian la rebelión; bandoleros abigeos; comerciantes extranjeros que lucran con el tráfico de armas; revolucionarios de origen campesino que son a la vez represores de comunidades campesinas, etc.

En estas circunstancias los actores sociales no operan aisladamente, por su condición social mantienen nexos de grupo y afinidades políticas partidistas, además de conformar amplias redes familiares de parentesco. En todo ello debemos indagar para adquirir una imagen más integral de los procesos históricos. Asimismo, es factible el manejo de criterios sociológicos que partan a propósito de los factores sociales, políticos y económicos, esto es, actividades laborales, origen social, filiaciones políticas, pertenencia a gremios o clubes sociales, etc. En suma, se trata de romper atavismos teóricos y visiones oficialistas y apologistas en donde subsisten por norma los principios personales y morales como si fuesen colectivos, generalizando con frecuencia las particularidades y estableciendo parámetros ideológicos muy relativos, tales como campesinos “revolucionarios”, católicos “reaccionarios”, regimenes “burgueses” o políticos “conservadores”, mismos que subestiman la existencia de compromisos, de intereses sectarios, ambiciones de poder, coaliciones de grupo, en fin, formas tradicionales de cultura política. De ahí que se manifiestan comunidades campesinas reacias al cambio a las reformas promovidas por el Estado, o bien que se observa la frecuencia con que los ejércitos y facciones cambian su filiación revolucionaria indistintamente,

hasta las proclamas políticas que contradicen un pasado reaccionario.

Inconsistente resulta entonces la aplicación de categorías abstractas tales como la "clase obrera", sobre todo cuando la información del *Repertorio* y otras fuentes de archivo nos muestran la diversidad de actuación de cooperativas, sindicatos, Casa del Obrero Mundial, pero también de sociedades mutualistas y círculos de obreros católicos. Para caracterizar analíticamente las expresiones de la sociedad en transición a un nuevo orden revolucionario creo deberíamos tomar en cuenta elementos de clientelas políticas, normas cívicas y de convivencia, en términos de legitimidad y consenso civiles, en formas de dominio formal e informal. Ciertamente que la política constituye el medio de explicación, sin embargo -tal como advierte François Xavier Guerra -la política no es solamente el juego de las élites y los grupos en el poder, o una mera substitución de regímenes, sino el conjunto de relaciones que establecen los actores sociales, expone de tal suerte las relaciones de alianzas y de oposición, de liderazgo, autoridad y de subordinación. Estas relaciones no se eslabonan mecánicamente sino que son la expresión de culturas políticas, responden a ciertos valores cívicos y morales que experimentan los distintos grupos sociales.

Estas y otras reflexiones bien provoca el *Repertorio Michoacano*, una obra que viene a reforzar la labor explicativa de nuevos investigadores menos comprometidos y más dispuestos a rebasar los límites del mito revolucionario. Sin duda, quienes se interesen en la línea de los estudios biográficos, la historia política y social o el papel desempeñado por propietarios rurales y empresarios locales y extranjeros, encontrarán en este libro una importante fuente de consulta, preferentemente para las personas ávidas del conocimiento acerca de los orígenes de las luchas sociales, de los actores políticos que contribuyeron a modelar nuestras instituciones y nuestras propias raíces.

Eduardo N. Mijangos

UN AÑO DE ACTIVIDADES ININTERRUMPIDAS

Desde su creación, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana ha buscado expandir su campo de actividades, con miras a fortalecer su proyecto institucional y formación de sus cuadros, así como también con el afán de ofrecer opciones que acerquen al conocimiento de la labor histórica no sólo a los especialistas, sino también al público en general.

El cumplimiento de tales objetivos nos ha permitido estrechar vínculos con diversos centros de investigación, tanto nacionales como internacionales, fomentando un provechoso intercambio académico. Así, en el primer semestre de este año nuestra institución contó con la visita de destacados investigadores, como el doctor Josef Opatrny, director de Estudios Iberoamericanos de la Universidad Carolina de Praga, quien impartió una serie de tres conferencias cuya temática giró en torno a las relaciones entre Europa Central y Oriental e Iberoamérica; y los estudios iberoamericanos desde la perspectiva de los centroeuropeos. Asimismo, el doctor Opatrny sostuvo varias reuniones académicas de carácter interno con los miembros del Departamento de Historia de América de nuestro Instituto, en las cuales brindó asesorías personales a becarios tesisistas.

El Instituto tuvo la oportunidad de participar y coorganizar la presentación en Morelia de dos libros escritos por colegas extranjeros. El primero de ellos, *Voces en el exilio: mujeres españolas en México*, de la historiadora hispana Pilar Domínguez Pratts, fue dado a conocer a principios de enero en el Museo Regional Michoacano, con los comentarios de las maestras María Teresa

Cortés y Silvia Figueroa Zamudio, y de la doctora Consuelo Naranjo Orovio, del Consejo Superior de la Investigación Científica de Madrid. Por su parte, la novela histórica *El prócer no habla desnudo*, escrita por el doctor Angel Israel Rivera de la Universidad de Puerto Rico, fue presentada dos meses después por los maestros José Napoleón Guzmán Avila, Gerardo Sánchez Díaz y el licenciado Francisco Javier Larios por parte de la Universidad Michoacana; y por el doctor Héctor Ríos Maury y el maestro Juan David Cupeles, de la Universidad de Puerto Rico.

La labor editorial es otra actividad de suma importancia para el Instituto de Investigaciones Históricas, pues la publicación es la culminación del proceso de investigación en que todos sus miembros se ven inmersos. De acuerdo a las diversas líneas temáticas que se estudian al interior de los tres departamentos que lo conforman -Departamento de Historia de Michoacán, Departamento de Historia de México y Departamento de Estudios Latinoamericanos-, se han establecido seis colecciones bibliográficas.

En el presente año se dieron a conocer públicamente dos obras que habían salido a la luz en diciembre de 1995: *En defensa de mi patria y de mi persona... Benedicto López y su lucha por la Independencia*, del maestro Moisés Guzmán Pérez, libro que inauguró la Colección el Hombre y su tiempo, y que fue presentado en abril por los destacados doctores en historia Ernesto de la Torre Villar y Carlos Herrejón Peredo. En el mismo mes se llevó a cabo también la presentación del cuarto número de la Colección de Estudios de Historia Mexicana titulado *Las utopías del Balsas. Historias de una propuesta regional de comunicación interoceánica*, de José Alfredo Uribe Salas y Eduardo Miranda Arrieta, con los comentarios del doctor Carlos Illades Aguiar de la Universidad Autónoma Metropolitana y del maestro Martín Pérez Acevedo por parte de nuestra Universidad.

Asimismo, dentro del programa del V Congreso Mexicano de la Ciencia y la Tecnología celebrado en Morelia, se presentó *Las contribuciones michoacanas a la ciencia del siglo XIX*, producto de la autoría conjunta de Gerardo Sánchez Díaz y Eduardo Nomeli Mijangos Díaz. El trabajo editorial de 1996 en el Instituto se cerró con dos publicaciones más: En la Colección Latinoamericanos apareció *Eugenio Ma. de Hostos: Utopía y Federación*, escrita por Ma. Dolores González-Ripoll Navarro, investigadora del Consejo Superior de Investigación Científica de Madrid; mientras que con el número 14 de la Colección Historia Nuestra salió *Desamortización y Nacionalización*

de bienes civiles y eclesiásticos 1856-1876, de Lisette Griselda Rivera Reynaldos.

Otra actividad que a últimas fechas se ha reforzado en nuestro centro académico es la impartición de conferencias por parte de destacados colegas. En el renglón de conferencias, el doctor Salvador Bernabéu de la Universidad Autónoma de Zacatecas impartió la denominada “Tiempos reformistas, espacios septentrionales: la frontera norte de la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII” en el auditorio del Instituto, para lo cual se hizo una invitación abierta al público en general.

Por otro lado, se ha establecido como una provechosa costumbre, invitar a los colegas investigadores que vienen a Morelia con diversos fines académicos, a sostener pláticas informales con los miembros de nuestro Instituto, en las cuales se dan a conocer los proyectos de investigación, se intercambian experiencias, información, métodos de trabajo, etc. Dentro de esta dinámica tuvimos la fortuna de contar con la presencia de los doctores Ernesto de la Torre Villar, Carlos Illades Aguiar, Salvador Bernabéu y Nils Castro Herrera, este último embajador de la República de Panamá en México.

En abril y mayo, en unión con la escuela de Historia de la Universidad Michoacana, se ofreció un diplomado en Historia de los Estados Unidos y América Latina, siglos XIX y XX bajo la responsabilidad de la maestra María del Rosario Rodríguez Díaz, encargada del Departamento de Estudios Latinoamericanos. El Diplomado comprendió seis módulos, con las temáticas: Estados Unidos-México, primera mitad del siglo XIX; Estados Unidos-Centroamérica 1867-1885. El caso de Guatemala; Estados Unidos-Centroamérica 1885-1915. El caso de Nicaragua; Estados Unidos-América Latina 1885-1901; El proyecto hegemónico norteamericano. El panamericanismo; Estados Unidos-México. Una perspectiva contemporánea; mismos que fueron impartidos respectivamente por reconocidos especialistas: Ana Rosa Suárez Argüello, del Instituto Mora; Mónica Toussaint, Coordinadora de Estudios Latinoamericanos de la UNAM; Angel Gutiérrez y Ma. del Rosario Rodríguez, de nuestro Instituto; Salvador Morales del Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo y Eduardo Margain, de la Universidad Autónoma de Guadalajara.

La colaboración con otras instituciones en el presente año, se manifestó en una exposición fotográfica de códices y lienzos de Michoacán, que se montó en el Centro Cultural Suchipilli y fue inaugurada por el Dr. Benedict Warren,

además de contar con una charla ofrecida por el doctor Carlos Paredes Martínez, miembro del CIESAS e investigador huésped de nuestro Instituto.

La formación y consolidación de nuevos cuadros de historiadores es un aspecto en el que el Instituto ha puesto énfasis desde su fundación. Por ello se instituyó el ofrecimiento de becas tesis a egresados y estudiantes de la Escuela de Historia de nuestra Universidad, mismos que asumen el compromiso de incorporarse a alguno de los departamentos y terminar un trabajo de investigación que les permita obtener su título de licenciatura. En 1996, 2 becarias tesis y una auxiliar de investigación obtuvieron el grado correspondiente.

El 14 de junio, Flor Urbina Barrera presentó el trabajo *Panamá. Identidad e independencia 1863-1903* mismo que fue asesorado por el maestro Angel Gutiérrez; fungieron como sinodales el doctor Nils Castro Herrera y los maestros Angel Gutiérrez, Raúl Martínez y Osvaldo Arias Escobedo. Dos meses después, Margarita Espinosa Blas puso a consideración de la doctora Laura Muñoz del Instituto Mora y de los maestros Osvaldo Arias, Angel Gutiérrez y de su asesora Rosario Rodríguez, la tesis titulada *El proceso independentista cubano desde la perspectiva de El Nacional y El hijo del Ahuizote 1895-1898*. En noviembre le correspondió a Claudia González Gómez, del Departamento de Historia de Michoacán, optar por el título con *La intervención de bienes en Morelia durante la revolución constitucionalista 1914-1917*. En esta ocasión los sinodales fueron los maestros Verónica Oikión Solano, Alonso Torres, José Napoleón Guzmán, Gerardo Sánchez Díaz, éste último asesor del trabajo, y el licenciado Eduardo Mijangos Díaz.

Otra práctica que se efectúa regularmente en nuestro centro de investigación es el Seminario de Ideas, foro permanente donde cada uno de los miembros, desde investigadores titulares hasta becarios tesis, de los tres departamentos presentan a consideración sus trabajos de investigación. De acuerdo al grado de avance respectivo, en el Seminario se discuten desde proyectos de inicio, hasta estudios que se hayan en fase terminal. Las opiniones, sugerencias y críticas vertidas en estas reuniones académicas resultan de sumo provecho para todos los participantes e indudablemente repercuten en beneficio de los trabajos generados.

Otro Seminario, que ha venido funcionando con regularidad desde hace ya varios años, es el de Historia Colonial de Michoacán, cátedra patrimonial SEP-CONACYT a cargo del doctor Carlos Paredes Martínez. En el presente

año el Seminario se enfocó primordialmente a estudiar la arquitectura civil y religiosa en Michoacán; sobre todo relativa a Valladolid y las poblaciones purépechas. Este último aspecto como parte de un proyecto colectivo coordinado por el doctor Paredes, que verá resultados concretos el año entrante.

También, como ya es costumbre, nuestro Instituto organizó un magno evento que congregó a un buen número de científicos mexicanos y extranjeros, esta vez en el marco del V Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de Tecnología, realizado del 25 al 29 de agosto, junto con el primer Simposio Internacional México-España, bajo el tema: Los científicos del exilio español en México; en esta ocasión se discutieron más de un centenar de trabajos. Sin duda, uno de los aspectos más sobresalientes fue la sesión homenaje en honor al Dr. Jerzy Rzedowski; destacado científico que tanto ha hecho por la botánica mexicana.

En 1997, el Instituto de Investigaciones Históricas cumplirá su décimo aniversario, ocasión propicia para reforzar sus miras, objetivos y compromisos, así como para adquirir otros nuevos que nos permitan consolidarnos como una institución comprometida con su labor y que refuerce nuestra presencia en el ámbito local y nacional; y porque no, también en el internacional.

Lisette Griselda Rivera Reynaldos

NOTAS NECROLÓGICAS

Roberto Moreno de los Arcos

In Memoriam

Fue el sábado 3 de agosto de 1996 cuando me enteré de la infausta noticia de que nuestro querido amigo y maestro en el posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Roberto Moreno de los Arcos, había dejado de existir a causa de la hepatitis, el jueves 1º de agosto anterior. De nuevo volví a experimentar esa sensación de angustia y desconsuelo al saber que se iba de este mundo un gran conocedor de la historia novohispana y mexicana.

De ascendencia michoacana, pues su padre era originario de Tepalcatepec, Michoacán, Roberto Moreno nació en la ciudad de México, D.F., el 15 de noviembre de 1943. Realizó sus estudios de licenciatura, maestría y doctorado en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México, contándose entre sus maestros a distinguidos historiadores y juristas mexicanos y extranjeros, como José Miranda, Silvio Zavala, Ernesto de la Torre, Rubén Bonifaz Nuño, José Ignacio Mantecón, Agustín Millares Carlo y Edmundo O'Gorman, entre otros, a quienes guardó un particular afecto y respeto.

Si bien el maestro Moreno de los Arcos fue un apasionado de las culturas del México precortesiano, ya en el desempeño de su profesión tuvo un especial interés por la historia colonial novohispana y más aún del periodo llamado La Ilustración, el cual conocía de manera erudita y cuyos cursos impartió por

muchos años a los alumnos de la licenciatura y el posgrado en la UNAM. De la atracción por esos temas derivó su gusto por la historia de la ciencia en México y cada vez fue mayor su necesidad de conocer la vida y obra de científicos mexicanos como Carlos de Singüenza y Góngora, José Antonio Alzate, Joaquín y Manuel Velázquez de León, José Ignacio Bartolache, Antonio León y Gama, Juan Benito Díaz de Gamarra, Felipe de Zúñiga y Ontiveros y Manuel Antonio Valdéz personajes de los que hablaba con gran soltura y precisión en sus cátedras.

Además de ser profesor, investigador y director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, durante muchos años perteneció al Instituto de Investigaciones Bibliográficas donde realizó estudios aportativos a la historia de la imprenta, la cultura, la filosofía y la ciencia en nuestro país durante los siglos XVI al XIX. En palabras del mismo Moreno, se dedicó en un tiempo a publicar obras raras y apuntes bibliográficos “que todos usan y nadie agradece”; pero tenía razón al afirmar que “esto no es un defecto de la bibliografía, puesto que en los hallazgos felices otorga a quien la cultiva los mínimos instantes de mínimo placer que conforman lo único real en la vida”.

Respecto de sus publicaciones, podemos referir las siguientes: *Joaquín Velázquez de León y sus trabajos científicos sobre el Valle de México, 1773-1775* (1977), *Un caso de censura de libros en el siglo XVIII novohispano: Jorge Mas Theóphoro* (1978), *Ensayos de Bibliografía Mexicana. Autores, Libros, Imprenta, Bibliotecas* (1986) y *Ensayos de la Ciencia y la Tecnología en México* (1986). A partir de 1980 inició la edición de Obras de José Antonio Alzate proyectada en 10 volúmenes. También publicó artículos en el Boletín de la Biblioteca Nacional, en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* y en la *Revista de Historia de América*, así como estudios introductorios a varios volúmenes de la Biblioteca del Estudiante Universitario. Fue miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde 1979 y de la Academia de la Lengua desde 1981.

La relación académica que el maestro Moreno de los Arcos llegó a tener con los investigadores de nuestra Universidad Michoacana fue en realidad breve, pero provechosa para los que tuvimos el privilegio de ser sus alumnos en el curso monográfico sobre La Ilustración, impartido los martes de cada semana en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

De hecho el primer acercamiento formal del maestro Moreno con los “historiadores de la Universidad Nicolaita”, como él nos llamaba, fue aquel

20 de mayo de 1994 en que después de participar como sinodal en un examen de grado en la Universidad Iberoamericana en la ciudad de México, llegó en punto de las seis de la tarde a la Biblioteca Pública Universitaria de Morelia, para hacer la presentación de mi Libro *La Junta de Zitácuaro 1811-1813*, junto con el Dr. Ernesto de la Torre Villar, el Mtro. Angel Gutiérrez y el Mtro. José Napoléon Guzmán Avila. De ahí en adelante la relación continuó.

Meses después, en agosto del mismo año, fue invitado por el ayuntamiento de Zitácuaro, Michoacán, para dictar una conferencia sobre la Suprema Junta Nacional Americana, misma que tituló “Los fundamentos ideológicos de la Junta de Zitácuaro” y que expuso de manera magistral en la sala de sesiones del Honorable Cabildo. Como se me encomendó atender personalmente al Mtro. Moreno de los Arcos, al terminar su exposición nos fuimos a cenar. Antes de llegar al restaurant entramos al bar y pedimos algo de beber; ahí platicamos de varias cosas de interés, para todos los que escuchábamos atentos las vivencias personales del Mtro., así como tips informativos útiles para la formación del historiador. Cuando íbamos a retirarnos del lugar le dije al Mtro. Moreno que la cuenta estaba cubierta por el ayuntamiento y entonces él me contestó: “sepa usted que cuando se asiste a un Congreso o a una Conferencia hay dos cosas que no le pueden pagar los que lo inviten: la bebida y las llamadas telefónicas de larga distancia”, y en seguida pagó su cuenta.

En los primeros meses de 1996 fui a visitarlo nuevamente al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Recién había salido de una operación en la garganta y hablaba con cierta dificultad. Platicamos acerca de un magno proyecto editorial que él tenía contemplado para conmemorar el Bicentenario de la Independencia de México y de una nueva edición de *Los Procesos de Hidalgo* de don Antonio Pompa y Pompa. En esa ocasión, el Mtro. Moreno se echó a cuestras dos compromisos: escribir una presentación para una *Bibliohemerografía Zitacuarensis* que saldría a finales de ese año; y visitarnos nuevamente en Morelia para la presentación del libro *Miguel Hidalgo y el Gobierno Insurgente en Valladolid*, que sería editado en el mes de mayo de 1996 por la Universidad Michoacana.

Lamentablemente no le alcanzó la vida. Al momento en que dejó de existir el Mtro. Moreno de los Arcos contaba con 53 años de edad. Tenía bajo su responsabilidad la Biblioteca del Estudiante Universitario y no alcanzó a ver publicado el *Índice de las Gacetas de Literatura de México* de José Antonio

Alzate y Ramirez, el cual se terminó de imprimir un mes después de su fallecimiento bajo el patrocinio del Instituto Mora.

Mtro. Roberto Moreno de los Arcos, estoy seguro que todos los que fuimos sus alumnos o que tuvimos la oportunidad de convivir un momento con usted, lo recordaremos siempre, como ejemplo de enseñanza y aprendizaje perpetuo.

Moisés Guzmán Pérez

Heriberto Moreno. In memoriam.
(Guaracha, Mich; hoy Emiliano Zapata, 1933-1996)

Corría el mes de abril de 1989, cuando yo era una estudiante que recientemente había egresado de la licenciatura en historia, redactaba una tesis para obtener el grado y tuve la oportunidad de entrar a El Colegio de Michoacán en calidad de ayudante de investigación. En ese tiempo, conocí al maestro Heriberto Moreno García, él era coordinador del Centro de Estudios Históricos de la misma institución.

Por las tardes de aquella calurosa primavera, había un momento en que coincidíamos en el jardín del Colegio, para respirar un poco de aire fresco. Mientras bajaba el sol, hablabamos de Zamora en las distintas estaciones y cómo aprender a vivir en ella. Entre charlas informales vi en él un catedrático admirable e incansable investigador; recuerdo haber escuchado algunas anécdotas de cuando era profesor en la Universidad Iberoamericana y por supuesto, otras del Centro de Estudios Históricos, con una conversación amena también escuché los pormenores de sus entrevistas en la ciénega de Chapala y sus andanzas en la ciudad de Guadalajara, una de sus predilectas.

Otra forma de acercarme a él era a través de sus publicaciones; entre ellas los estudios biográficos de *Juan Bautista Pomar* (1978) y de *Hernando Alvarado Tezozomoc* (1978); tenía los artículos de “El caso de la hacienda de Buena Vista y Cumuato vs la comunidad de indígenas de Pajacuarán” (1980) y “La situación maicera de Michoacán en el siglo XIX” (1982). Con estos escritos el maestro maduró algunas ideas sobre la historia regional y

cobraron un particular interés las haciendas y los hacendados. En la década de los ochentas vieron la luz sus libros sobre estos temas, recordemos: *Guaracha tiempos viejos, tiempos nuevos* (1980), *Jalisco, esta tierra* (1982), *Los agustinos, aquellos misioneros hacendados* (1983) que fue una historia de la provincia de San Nicolás escrita por fray Diego Basalenque, con introducción, selección y notas del maestro Heriberto. En 1986, publicó *Gaspar de Jovellanos, Manuel Abad y Queipo, Antonio de San Miguel y otros en favor del campo*. En 1988 combinó los estudios regionales con el análisis del paisaje y escribió *Geografía y paisaje de la Ciénega de Chapala*; precisamente en 1989 cuando lo conocí estaba en la imprenta *Haciendas de tierra y agua*, un libro indispensable en la historiografía michoacana.

Ya en los noventas era un gran conocedor de la historia de la ciénega de Chapala y reflejó su gusto por la región en *Chapala, el lago*, en este libro nos sorprendió la belleza de la fotografía de Eduardo del Conde y la creatividad del maestro para contar una historia de no contarse.

También participó en obras de gran envergadura como *El territorio mexicano* (1982), *La historia de Jalisco* y *Michoacán desde afuera. Visto por algunos de sus ilustres visitantes extranjeros, siglos XVI al XX* (1995). Esta es sólo parte de su obra porque también escribió varios artículos en las publicaciones periódicas de El Colegio de Michoacán: *Relaciones y Estudios Michoacanos*. Y escuchamos de él conferencias muy amenas, como “Esta era una marquesa que vino a Michoacán” y “De cómo el Burro de Oro se convirtió en hacendado” que se conservan grabadas en la Biblioteca “Luis González y González”.

Sin embargo, la obra de Heriberto -como todos le llamábamos por insistencia de él- no se reduce a sus publicaciones; como catedrático dio muchos frutos en la formación de estudiantes. En 1991 inicié mis estudios de maestría en el mismo Colegio y lo vi en su faceta de profesor, en ese entonces él fungía como secretario de dicha institución y aunque sus actividades se multiplicaron, nunca faltó a una de sus clases. En el aula era de carácter amable y risueño con sus alumnos y de un rigor inquebrantable que no permitía el descuido, ni le flaqueza por parte de los estudiantes.

En sus seminarios no sólo aprendimos algunos enfoques de la historia regional, entre una combinación excepcional de clases con las salidas al campo nos introducimos en algo que él llamaba memoria para vivir; en otras palabras, la historia oral, la entrevista y otros recursos para el historiador del

pasado inmediato. En una ocasión fuimos a la ciénega de Chapala y pudimos ver la libertad con la que se movía en esas tierras, los cascos de las haciendas eran su lugar predilecto en aquella región.

Como profesor, nos despertó el interés lo mismo por la historia regional que por la literatura histórica de Francia, Rusia y Alemania, precisemos, Baudelaire, Dostoievski, Tolstoi y Goethe eran un eco cuando platicábamos del mundo moderno; por ello siempre lo vimos como un hombre contemporáneo y universal. Recuerdo que en una de aquellas tardes zamoranas de charlas en el jardín, yo preparaba un trabajo para uno de los seminarios que tomaba y no podía organizar una serie de ideas que tenía en mente; al platicarle esto me dijo: sal de tus libros de historia y ve un poco a la poesía, a la literatura y la música, esas son las mejores fuentes de inspiración. Desde aquel día, si Clío se ausenta por unos momentos, recurro a este consejo y casi siempre logro mejores resultados.

Durante los dos años que fue mi profesor (1991-1993) cada día lo conocí un poco más; sus grandes molestias eran la ineptitud y la ignorancia; sus gustos la literatura, el cine y la música que para compartirlos con sus amigos bien ameritaba de vez en cuando una copa de buen tequila.

Hoy caigo en la cuenta de que una de mis dudas siempre fue su edad, tenía una inquietud casi infantil por disfrutar del mundo, sobre todo del moderno; parecía un adolescente cuando se trataba de escuchar un nuevo disco que había adquirido o un programa de computadora que nos pudiera resolver el problema de las fichas; iba por la vida como un joven dinámico y amiguelo, pero en cuanto al trabajo parecía un adulto de madurez extraordinaria.

En una ocasión en que tuve un “accidente cibernético”, había estado trabajando por tres semanas en la transcripción de un documento del siglo XVI, con una paleografía bastante complicada y uno de esos apagones zamoranos propició que perdiera esta información. Él desde lejos se percató de mi frustración, se acercó y me dijo- no te preocupes, lo recuperaremos. Dos horas con asesoría técnica especializada y nada. Nos quedamos tristes, y con su típico empeño volvió al monitor; nunca supimos ¿cómo fue? pero recuperamos las 137 fichas perdidas. Nos pusimos a dar brincos como niños frente a la sorpresa de la secretaria que lo veía como un hombre muy serio.

Fueron muchos momentos gratos compartidos, también tristezas, como el día que murió Esperanza su esposa, una mujer amable e inteligente. En otros, las tristezas fueron más y me alentó a no decaer. En realidad siempre lo sentí

muy cerca, estuvo al tanto de cada uno de los proyectos que participé en El Colegio de Michoacán y de cada escrito que realicé para los seminarios cuando era estudiante. En otras ocasiones me ayudó a encontrar información y las tardes de plática se convirtieron en asesorías para reconstruir planos o mapas y hechos históricos.

Y así como me impulsó a terminar el proyecto de 1989 que era mi tesis de licenciatura, también me dio ánimos para culminar la tesis que inicié en la maestría, siempre conté con su apoyo incondicional. En 1996 terminé el primer borrador y él supo la noticia inmediatamente después que mi director, fue en el mes de octubre y yo estaba feliz de este acontecimiento. Pero simultáneamente recibí una triste noticia, Heriberto había enfermado; por primera vez lo vi cansado y confundido, sin embargo no decayeron sus ganas de vivir.

En ese mismo mes, El Colegio de Michoacán en un acto de reconocimiento a su trayectoria académica, lo distinguió como "profesor emérito", fue un gran honor para mi asistir a este evento. También por primera vez en siete años, al vernos apenas hablamos, me preguntó por mi proyecto y me dijo: realiza el examen, quiero estar presente. Al despedirnos nos abrazamos y también por primera vez no dijimos nada y tampoco pudimos contener las lágrimas; sabíamos que era el último encuentro.

La mañana del 8 de noviembre de ese mismo año, el maestro Heriberto murió víctima del cáncer. Ahora, en la distancia de aquella fatal noticia, no puedo más que recordar sus mejores momentos y hablar de él implica un verdadero esfuerzo, porque no estaba acostumbrado al protocolo y tal vez es un protocolo decirle adiós ante el "gremio de historiadores". Pero cómo no recordar a ese gran historiador y amigo. Es inolvidable su sentido de justicia, de amistad y de trabajo; fue una persona fabulosa, un maestro respetable y un buen padre de familia.

Como historiador tenemos su obra y como amigo el más grato recuerdo de esa combinación entre sabiduría y compañerismo.

Hoy cuando siento que Clío me abandona tengo presentes sus consejos, pero no es lo mismo. Aún te extrañamos Heriberto.

J. Patricia Pérez Munguía

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

El trabajo editorial de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo tiene uno de sus principales pilares desde 1987 en el Instituto de Investigaciones Históricas, dependencia que siempre se ha preocupado por la reconstrucción e interpretación del pasado histórico de México. Dicho objetivo se remonta a 1979 año en que se fundó el Departamento de Historia, este organismo dio inicio a la publicación de varios estudios sobre la historia del Estado de Michoacán, cuyos autores fueron jóvenes nicolaitas recién egresados de la Escuela de Historia de la misma Universidad.

La finalidad del entonces Departamento fue promover la investigación histórica, especialmente en temas relacionados con la historia económica y social de Michoacán en el siglo XIX; este propósito tuvo sus primeros resultados con la publicación de la colección *Historia Nuestra* y un boletín informativo: *Tzintzun*.

En los umbrales de su primera década de vida, el Instituto ha rebasado los objetivos que se trazara su antecesor y ha ampliado sus alcances y logros, así lo denotan los tres departamentos que lo conforman: Historia de México, Historia de Michoacán e Historia de América Latina y el Caribe, con una planta académica de dieciocho investigadores, dos ayudantes de investigación, cinco becarios tesistas y cinco ayudantes de investigador.

Este grupo de historiadores ha reforzado el trabajo editorial de la Universidad Michoacana y en casi diez años ha sostenido una revista de estudios históricos, más de diecisiete libros de diferente temática y seis colecciones con

objetivos diversos; así, el peso decisivo de Historia Nuestra han sido las tesis de licenciatura y maestría de algunos de los integrantes del Instituto, además de proyectos independientes enfocados todos a temas michoacanos. Alborada Latinoamericana, que hasta el momento ha divulgado principalmente temas del Caribe, en breve ampliará el área de estudio a otras regiones de América. En lo que hace a Estudios de Historia Mexicana, se pretende abarcar buena parte del territorio mexicano a través de textos especializados acerca de tópicos específicos de regiones y períodos históricos. El objetivo de Nuestras Raíces, es rescatar y poner en manos de los estudiosos textos inéditos o impresos de difícil consulta. La serie de Latinoamericanos, se encarga de breves biografías de personajes destacados del continente americano; por el contrario, El Hombre y su Tiempo, incursiona en la biografía colectiva de personalidades de la historia de México. A este enlistado se suma Encuentros,¹ en ella se publicarán los resultados obtenidos en los diversos foros académicos y de discusión que ha organizado el Instituto de Investigaciones Históricas durante los últimos años y los que están por venir.

A unos meses de su primera década de vida, el Instituto ha iniciado una revisión editorial para hacer un balance de la producción existente y lo que falta por hacer; esperamos que en el segundo semestre del próximo año nuestras publicaciones puedan ser consultadas y adquiridas por internet desde cual-quier parte del mundo. 1997 será fundamental para reforzar los estudios de carácter histórico que se realizan en nuestra Máxima Casa de Estudios, tenemos plena confianza que la presente labor servirá de motivación para las generaciones venideras, responsables de ampliar los horizontes que la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo trazó desde sus inicios.

María Guadalupe Chávez Carbajal

¹ Están en prensa: *El rostro colectivo de la nación mexicana*, coordinado por María Guadalupe Chávez Carbajal, y *Lingüística y etnohistoria purépecha. Homenaje al Dr. Benedict Warren*.

Historia Nuestra

1. Gloria Carreño Alvarado
EL COLEGIO DE SANTA ROSA MARÍA DE VALLADOLID, 1743-1810, Morelia, 1979, 208 pp. (agotado).
2. Gerardo Sánchez Díaz
EL SUROESTE DE MICHOACÁN. ESTRUCTURA ECONÓMICO SOCIAL 1821-1851. Morelia, 1979, 143 pp. (agotado).
3. José Napoleón Guzmán Avila
MICHOACÁN Y LA INVERSIÓN EXTRANJERA 1880-1911. Morelia, 1982, 230 pp. (agotado).
4. María Teresa Cortés Zavala
EL PROBLEMA AGRARIO EN LA NOVELA MICHOACANA 1900-1940. Morelia, 1983, 183 pp.
5. José Alfredo Uribe Salas
LA INDUSTRIA TEXTIL EN MICHOACÁN, 1840-1910. Morelia, 1983, 212 pp. (agotado) ISBN 968-519-004-6.
6. Angel Gutiérrez, José Napoleón Guzmán A. y Gerardo Sánchez D.
LA CUESTIÓN AGRARIA: REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN MICHOACÁN (TRES ENSAYOS). Morelia, 1984, 71 pp. (agotado).
7. María del Rosario Rodríguez Díaz
EL SUROESTE DE MICHOACÁN Y EL PROBLEMA EDUCATIVO 1917-1940. Morelia, 1984, 157 pp.
8. Gerardo Sánchez Díaz
EL SUROESTE DE MICHOACÁN: ECONOMÍA Y SOCIEDAD 1852-1910. 1988, 367 pp. (agotado).
9. Angel Gutiérrez
LÁZARO CÁRDENAS Y CUBA. Morelia, 1989, 164 pp. (agotado).
10. Moisés Guzmán Pérez
LA JUNTA DE ZITÁCUARO 1811-1813. HACIA LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA INSURGENCIA. Morelia, 1994, 201 pp. (agotado) ISBN 968-7376-02-3.

11. Gerardo Sánchez Díaz y Ramón Alonso Pérez Escutia
CARÁCUARO DE MORELOS. HISTORIA DE UN PUEBLO DE LA TIERRA CALIENTE.
Morelia, 1994, 196 pp. ISBN 968-7376-07-4.

12. Martín Pérez Acevedo
EMPRESARIOS Y EMPRESAS EN MORELIA. 1860-1910. Morelia, 1994, 259 pp. ISBN
968-7469-01-3.

13. María Guadalupe Chávez Carbajal
PROPIETARIOS Y ESCLAVOS NEGROS EN VALLADOLID DE MICHOACÁN (1600-
1650). Morelia, 1994, 155 pp. ISBN 968-7469-05-6.

14. Lisette Griselda Rivera Reynaldos
DESAMORTIZACIÓN Y NACIONALIZACIÓN DE LOS BIENES DE LA IGLESIA EN
MORELIA, 1856-1876. Morelia, 1996, 210 pp. ISBN 968-7502-03-7.

Alborada Latinoamericana

1. CUBA EN LA PRIMERA REUNIÓN IBEROAMERICANA. Morelia, 1991, 60 pp.

2. María Teresa Cortés Zavala (coordinadora)
ALBIZU CAMPOS Y LA NACIÓN PUERTORRIQUEÑA. Morelia, coedición con Ediciones
y Distribuciones Estentor, 1992, 139 pp. ISBN 968-6597-00-X.

3. Francisco Pérez Guzmán
LA AVENTURA DE COLÓN EN CUBA. Morelia, 1993, 150 pp.

4. Angel Gutiérrez (coordinador)
¡AY NICARAGUA, NICARAGÜITA! Morelia, coedición con Morevallado Editores,
1993, 125 pp.

5. César García del Pino
VIKINGOS, ESPAÑOLES, GENOVESES, FRANCESES Y HOLANDESES.
Morelia, 1994, 126 pp. ISBN 968-7469-00-5.

6. Osvaldo Arias Escobedo
BREVE DICCIONARIO DEL MOVIMIENTO OBRERO Y POPULAR LATI-
NOAMERICANO. SIGLO XX. Morelia, 1994, 261 pp. ISBN 968-7469-03-X.

7. Oscar Loyola Vega
CUBA: LA REVOLUCIÓN DE 1895 Y EL FIN DEL IMPERIO COLONIAL
ESPAÑOL. Morelia, 1995, 246 pp. ISBN 968-7469-09-9.

Latinoamericanos

1. Angel Gutiérrez

LÁZARO CÁRDENAS (1895-1970). Morelia, 1994, 54 pp. ISBN 968-7376-10-4.

2. Rogelio Javier Escamilla Torres

MARIANO MATAMOROS. SEGUNDO DE MORELOS. Morelia, 1994, 54 pp. ISBN 968-7469-07-2.

3. Francisca López Civeira

JOSÉ MARTÍ (1853-1895). Morelia, 1995, 76 pp. ISBN 968-7469-10-2.

4. Ma. Dolores González-Ripoll

EUGENIO M^a DE HOSTOS. UTOPIA Y FEDERACIÓN. Morelia, 1996, 96 pp. ISBN 968-7502-09-6.

• • •

Estudios de Historia Mexicana

1. Eduardo Miranda Arrieta

ECONOMÍA Y COMUNICACIONES EN EL ESTADO DE GUERRERO, 1877-1910. Morelia, 1994, 198 pp. ISBN 968-7376-11-2.

2. José Alfredo Uribe Salas (coordinador)

RECUENTO HISTÓRICO BIBLIOGRÁFICO DE LA MINERÍA EN LA REGIÓN CENTRAL DE MÉXICO. Morelia, 1994, 271 pp. ISBN 968-7469-02-1.

3. Natalio Vázquez Pallares

EN DEFENSA DE NUESTRO PETRÓLEO. Morelia, 1994, 137 pp. ISBN 968-7469-04-8.

4. José Alfredo Uribe Salas y Eduardo Miranda Arrieta

LAS UTOPIAS DEL BALSAS. HISTORIA DE UNA PROPUESTA REGIONAL DE COMUNICACIÓN INTEROCEÁNICA. Morelia, 1995, 381 pp. ISBN 968-7469-18-8.

Nuestras Raíces

I. José Guadalupe Romero

NOTICIAS ESTADÍSTICAS DEL PARTIDO DE COALCOMÁN 1863. Introducción y notas de Gerardo Sánchez Díaz. Morelia, 1993, 54 pp. ISBN 968-7376-01-5.

El Hombre y su Tiempo

I. Moisés Guzmán Pérez

EN DEFENSA DE MI PATRIA Y DE MI PERSONA... BENEDICTO LÓPEZ Y SU LUCHA POR LA INDEPENDENCIA. Morelia, 1995, 363 pp. ISBN 968-7469-14-5.

Centenario

Angel Gutiérrez Martínez

CUBA EN EL PENSAMIENTO DE LÁZARO CÁRDENAS. Morelia, 1995, 196 pp. ISBN 968-7469-11-0.

María Teresa Cortés Zavala

LÁZARO CÁRDENAS Y SU PROYECTO CULTURAL EN MICHOACÁN. Morelia, 1995, 256 pp. ISBN 968-7469-12-9.

Otras publicaciones

LA REVOLUCIÓN EN MICHOACÁN, 1900-1926. Morelia, 1987, 156 pp. (agotado).

Gerardo Sánchez Díaz y Silvia María Concepción

ICONOGRAFÍA DEL COLEGIO DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO. Morelia, 1990, 257 pp. (agotado).

Gerardo Sánchez Díaz, *et al.*

CIENCIA Y TECNOLOGÍA EN MICHOACÁN. Morelia, 1990, 440 pp. (agotado).

Gerardo Sánchez Díaz, *et al.*

PUEBLOS, VILLAS Y CIUDADES DE MICHOACÁN EN EL PORFIRIATO. Morelia, 1991, 241 pp. (agotado) ISBN 968-6597-13-1.

HOMENAJE PÓSTUMO AL DR. ELI DE GORTARI. Morelia, 1991, 64 pp. (agotado).

PRESENCIA UNIVERSITARIA: CCXXXIX ANIVERSARIO DEL NATALICIO DEL PADRE DE LA PATRIA. Morelia, coedición con el periódico La Voz de Michoacán, 1992, 102 pp. (agotado).

Angel Gutiérrez

MICHOACÁN (ESBOZO HISTÓRICO). Morelia, Coedición con el Sistema Estatal para el Desarrollo Integral de la Familia, Michoacán, 1992 (reeditado dos veces), 151 pp. ISBN 968-6597-02-6

Silvia Figueroa Zamudio (coordinadora)

PRESENCIA UNIVERSITARIA. SELECCIÓN DE TEXTOS. Morelia, coedición con el periódico La Voz de Michoacán, 1992 (agotado), 604 pp.

Silvia Figueroa Zamudio

LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES EN LA UNIVERSIDAD MICHOACANA. Morelia, 1993, 538 pp.

José Alfredo Uribe Salas

MORELIA. LOS PASOS A LA MODERNIDAD. Morelia, 1993, 176 pp. ISBN 968-7376-00-7.

Carlos Paredes Martínez (editor)

Y POR MÍ VISTO... MANDAMIENTOS, ORDENANZAS, LICENCIAS Y OTRAS DISPOSICIONES VIRREINALES SOBRE MICHOACÁN EN EL SIGLO XVI. México, coedición con el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994, 549 pp. ISBN 968-496-249-5

Silvia Figueroa Zamudio (coordinación general y textos)

UNIVERSIDAD MICHOACANA. EN LA ALBORADA DE UN NUEVO SIGLO. Morelia, 1995, 133 pp. ISBN 968-7502-00-2.

Brigitte Boehm de Lameiras, Gerardo Sánchez Díaz y Heriberto Moreno García (coordinadores)

MICHOACÁN DESDE AFUERA. VISTO POR ALGUNOS DE SUS ILUSTRES VISITANTES EXTRANJEROS. SIGLOS XVI AL XX. Zamora, coedición con El Colegio de Michoacán y el Gobierno del Estado, 1995, 472 pp. ISBN 968-6959-37-8.

Gerardo Sánchez Díaz y Eduardo Nomelí Mijangos Díaz

LAS CONTRIBUCIONES MICHOACANAS A LA CIENCIA MEXICANA DEL SIGLO XIX. Morelia, coedición con Morevallado Editores, 1996, 396 pp. ISBN 968-7502-02-9.

Alvaro Ochoa (edición, introducción y notas)

CRESCENCIO GARCÍA. MEDICINA, HISTORIA Y PAISAJES. Morelia, coedición con el Colegio de Michoacán y Morevallado Editores, 1996, 320 pp. ISBN 968-6959-41-1.

Luis González, Carlos Blanco, *et al.*

MICHOACÁN A LA MESA. Zamora, coedición con El Colegio de Michoacán y Gobierno del Estado, 1996, 408 pp. ISBN 968-6959-56-4.